

ÍNDICE DE LA 2ª SERIE

SEGUNDA SERIE	1	El confesor	27
Los cuatro puntos cardinales	1	El predicador.....	27
Observaciones y apreciaciones íntimas	3	La letra del Padre	30
El Profesor.....	5	La primera carta del Padre	31
Hablando de zapatos.....	7	Extraña lógica característica	31
El busto de Cristo docente.....	9	Escenario y bastidor.....	32
Influencia sobre el pueblo	9	"La venturosa silueta de su rico pensamiento" ..	32
La pobre habitación del Padre en el "Arca de Noé" 11		El Padre d'Alzon en casa de la sabihonda	33
El dormitorio	12	Sabios consejos de un Padre	34
Los deslumbramientos de la mitra.....	13	Recreos literarios	34
El Padre d'Alzon y el Oriente	14	El ojo del piloto	35
Una casulla con dibujos "leguminosos"	15	Controversia familiar	37
Transiciones y transformaciones	16	Salidas y gracias	38
El Padre atraca a un viajero.....	18	Un padre orgulloso de sus hijos.....	39
Lo que pudo ser - Lo que prefirió.....	19	Adioses a un misionero.....	40
Audaz, pero franco	21	Escudo protector	41
Retrato de un fundador.....	22	Ambiciosos sin cabeza.....	42
Réplica pronta y acerada	22	Nuestro Padre según el espíritu.....	42
Discurso de circunstancia.....	23	Aristocracia religiosa	43
Lamennais, Ventura, d'Alzon	23	Florilegio de apreciaciones sobre el P. d'Alzon ..	44
Los primeros asuncionistas en el juego de petanca	24	Primera piedra de la capilla.....	47
Danza, esgrima, borrachera	25	NOTA	48

SEGUNDA SERIE

Encabezando la Segunda Serie, en el número 194 de Souvenirs, del 21 de noviembre de 1894, encontramos la nota siguiente del señor Galeran:

El autor de las *Anécdotas* escribía tras la publicación de la *Primera Serie*: "Ahora esperaré, antes de retomar la pluma, el parecer de quienes deben decirme con total franqueza si he de continuar garrapateando nuevas *Anécdotas*". Esta nota es del 19 de agosto de 1894. El Padre Picard, tras haberse tomado su tiempo y madurado sus observaciones, escribía el 26 de octubre siguiente:

"Mi querido amigo, hubiera debido: 1º darte las gracias por las *Anécdotas* tan interesantes y tan asuncionistas que has enviado sobre nuestro querido y venerado Padre d'Alzon. Han sido muy gratas para todos los religiosos y yo las he leído con gran alegría. Hubiera debido: 2º darte las gracias por la amable insinuación que cerraba la última *Anécdota*, y pedirte inmediatamente que continuaras tu obra. Lo que no hice inmediatamente, lo hago hoy y te ruego con toda insistencia que nos envíes lo antes posible la nueva serie.

¡Qué memoria la tuya y qué orden para ayudar a tu memoria! Te envidio las notas tomadas día a día. Me hacen revivir la vida tan agradable de alumno de la Asunción. Ya que posees tal tesoro, comunícalo a los hijos del Padre d'Alzon...".

Con una carta semejante, que le acredita semioficialmente ante los Agustinos de la Asunción, el autor no duda en comenzar una segunda serie de *Anécdotas*; pero antes quiere repetir esta declaración: escribe exclusivamente para los Agustinos de la Asunción.

H.-D. G.

Los cuatro puntos cardinales

En 1850, al final del año escolar, cuatro alumnos del colegio de la Asunción, de los cuales tres muy distinguidos, se encontraban casualmente reunidos en la habitación del Padre d'Alzon. Esta habitación se encontraba encima del recibidor. Todavía existe.

Cuando salían, el Padre d'Alzon los retuvo de repente en la antecámara. Tomándolos de la mano, colocó a los cuatro jóvenes en forma de cruz, de dos en dos, de manera que quedaran uno frente a otro. François Picard quedó al Norte; Anatole de Cabrières, ya alumno en Issy y vestido con su primera sotana, al Sur; Paul de Pèlerin al Oeste; Henri Galeran al Este. He aquí los cuatro puntos cardinales. Entonces el Padre, con solemne emoción trazó un signo de cruz yendo de un pecho al otro; de Sur a Norte y luego de Este a Oeste. Sonrió diciendo esta sencilla palabra:

- Resulta extraño ¿no?

El pensamiento del Padre -se lo explicó por cierto más tarde a H.G.- era el siguiente: Anatole y François quieren seguirme; Henri y Paul van a tomar otro camino. Estos cuatro hijos van a partir, de dos en dos, para vocaciones diferentes, con toda probabilidad.

En aquella ocasión memorable me enteré por primera vez de la determinación de François Picard. Eramos muy cercanos pero no había hablado de ello con nadie si no es, no me cabe duda, con Paul de Pèlerin, su fiel confidente.

He aquí la situación actual de los cuatro puntos cardinales; es muy curiosa teniendo en cuenta lo que acabo de decir: al Norte, el Padre Picard, Superior general de los Agustinos de la Asunción, sucesor del Padre d'Alzon; al Sur, Su Excelencia Monseñor de Cabrières, obispo de Montpellier; al Oeste, el señor de Pèlerin, ex magistrado íntegro y severo, alma de numerosas obras de celo apostólico y de caridad, no puede fijarse en ningún punto determinado; su caminar grave y solemne parece incesante, sin reposo, siempre en la dirección de algún bien por hacer; al Este, en Jerusalén, el Reverendo Padre Galeran (es su único título), misionero apostólico, escarba en el tiempo pasado de la Asunción para enseñar a los jóvenes y recordarles a los antiguos los detalles íntimos de la hermosa vida de un hombre a quien veneran como Padre y fundador. El Padre d'Alzon le dijo un día:

- Deberías ir a Oriente; terminarás yendo.

Pese a lo cual partió a Inglaterra, por deseo de Pío IX. Pero helo aquí en Oriente, y allí es donde encuentra en sus notas de 1850 lo que escribe desde Jerusalén en 1894.

Volvamos atrás para relatar un hecho interesante que nos mostrará a "los cuatro puntos cardinales" reunidos alrededor de un festín. Los Agustinos de la Asunción se enterarán aquí de la primera llamada a la vida religiosa de su Superior general.

Era una tarde de verano, mucho antes del encuentro fortuito en la habitación del Padre; los cuatro alumnos mencionados se encontraban sentados a la mesa, en Saint Gervasy, en la casa paterna de François Picard. Me acuerdo como si todavía estuviera allí; la escena está viva ante mis ojos; me imagino a los personajes animados por el fuego de su juventud, como hace más de cuarenta años. Entonces estábamos lozanos, ágiles, despreocupados; nuestros cabellos aún negros, nuestra tez si no sonrosada al menos resplandeciente de buena salud. ¿Qué queda de todo aquello?

Vayamos a los hechos. Con un apetito aguzado por una larga caminata, comíamos estofado de conejo, tan succulento, tan sazonado, tan delicioso, que nada de él quedó en la amplia fuente. En nuestros platos nada sino los huesos más limpios que el marfil pulido. Todo esto se parece más que nada a un recuerdo de glotonería; pasemos, pues, raudos y lleguemos al punto.

Durante la comida, después del conejo, Anatole y Henri, ya iniciados en los planes del Padre d'Alzon en lo tocante a su futura Congregación, conversaban en voz baja sobre ciertas intimidades. Paul pensaba muy serio en algo; ¿en qué? Nada dice. Pero François, tranquilo y pausado, parece muy intrigado, aunque no lo demuestra, por ciertas palabras que de labios de Anatole y de Henri llegan a sus oídos. Pronto captó el hilo y comprendió de qué se hablaba. Para él era la revelación de proyectos que ignoraba completamente. Sin mostrar sorpresa alguna, sin preguntar nada a sus amigos, guardó en su corazón cuanto había escuchado; pero desde aquel momento su atención quedó orientada hacia la vida religiosa. Sin precipitación, con la calma que le caracteriza, maduró su resolución; luego, un buen día, vino a ofrecer su entrega al Padre d'Alzon. Sabemos lo que sigue. Muchos ignoran sin embargo lo que el Padre Pernet -a quien apelo como testigo- sabe muy bien, a saber que tras el discurso del alumno François Picard en un día de Inocentes, discurso memorable por su claridad, sentido común y lógica, el Padre d'Alzon, maravillado, exclamó señalando al orador:

- ¡Será mi sucesor!

Sin entrar en largas consideraciones, la vocación de François Picard fue una rica indemnización para el Padre tras la defección de los dos primeros elegidos. Digo defección, pero esta palabra hay que suavizarla y explicarla. El obispo de Montpellier y el misionero apostólico nunca se alejaron de su Padre, de aquel sacerdote venerable cuya mano ha dejado en sus almas una marca tan profunda; de aquel guía, de aquel amigo, a quien han amado y cuyas obras admiran

con aquel afecto que sobrevive a la muerte, y no pierde, sino acrecienta su fuerza y su amplitud del otro lado de la tumba, ¡por la gracia de Dios!

Pese a la diversidad de sus vocaciones, Anatole, François, Paul y Henri, colocados por el Padre en los cuatro extremos de la cruz, conservaron siempre su lugar en el corazón generoso de aquel hombre ilustre que les amaba como a sus hijos. Han seguido fieles a sus enseñanzas; su memoria es bálsamo que perfuma y fortalece sus almas; su espíritu es el fuego concentrado que les impulsa y les lleva por camino seguro.

El último y más pequeño de ellos es quien escribe esto, para la edificación de los más jóvenes de la familia asuncionista. Los viejos se sentirán reverdecer con el recuerdo de los tiempos pasados y el Padre Picard acaba de escribir: *Estos recuerdos me hacen revivir la vida tan agradable de alumno de la Asunción.*

Observaciones y apreciaciones íntimas

El poder del arte es limitado. El artista que se esfuerza por reproducir los rasgos de un hombre no puede, pese a su genio y a sus recursos, expresar de una vez sino una única actitud, en una circunstancia concreta. Se esfuerza por captar a su modelo, precisamente en una pose que le resulte la más habitual y ventajosa: lo idealiza, lo engrandece, le confiere aquella nitidez de líneas, aquel esplendor de colorido, aquel maravilloso acabado de los detalles, que hacen exclamar a los admiradores de la obra maestra: "¡vive, respira, sólo la falta hablar!". Pese a todo, el *Tomás Moro* de Hans Holbein; el *Richelieu* de Philippe de Champagne; el *Bossuet* de Rigaud, con toda su perfección artística, sólo representan una pose, una actitud, una expresión; nunca lograrían dar a conocer a estos grandes hombres si no supiéramos por otros cauces los detalles de sus vidas; carecen de movilidad.

Ni la pintura, ni el mármol, ni la fotografía darán a conocer al Padre d'Alzon. Al tomar la pluma para describir alguno de sus rasgos hay que retornar al pasado. Hay que tener al Padre delante: se mueve, mira, habla; la escena que uno quiere describir está viva ante los ojos: démonos prisa en captarla sin inmovilizarla. Se trata sólo de un anecdotario, ya lo sé; pero el retrato magistral que nos promete el Padre Emmanuel, terminará la obra.¹

Sin embargo, al lado de ese trabajo literario finamente elaborado, las humildes *Anécdotas* tendrán su utilidad y completarán el todo aportando las actitudes familiares de la vida íntima, al lado de las poses majestuosas de las grandes circunstancias. Las *Anécdotas*, nos hacen ver al Padre en casa; la obra del Padre Emmanuel, en su gloriosa marcha al exterior.

He aquí una larga perorata, querido lector, ¿no es cierto? ¿Y para qué? Para justificar la audacia de lo que voy a escribir ahora sobre algunas particularidades del Padre, cosas que los historiadores siempre dejan de lado cuando escriben la vida de un hombre; cosas sin embargo que siempre nos encanta encontrar cuando leemos una biografía interesante.

Escuchad, pues:

El Padre, al revestirse para celebrar misa, echaba la estola hacia atrás, dejando por delante justo lo necesario para sujetarla con el cingulo.

Sus genuflexiones eran amplias, en sentido que echaba el pie derecho hacia atrás tan lejos que a menudo quedaba fuera del peldaño, a menos que el peldaño fuera de dimensiones excepcionales.

Tenía la costumbre de tomar al cáliz por la copa durante el ofertorio, e incluso durante la consagración.

Juntaba las manos bien arriba en el pecho, casi junto al cuello.

Leía distintamente y con rapidez. Para responder el *Suscipiat* había que estar atento, pues el *Orate fratres* lo terminaba en un santiamén.

En el evangelio de san Juan, al final de la misa, siempre me resultó imposible seguirle. He oído a muchos otros la misma apreciación.

Sus movimientos eran solemnes y dignos, nada precipitados. Su rostro expresaba los rasgos de una fe viva, de una piedad tierna y sincera.

Los signos de cruz sobre las especies sagradas eran trazados con precisión y solemnidad. Era un placer ver su hermosa mano blanca trazarlos sobre el cáliz, sobre la Hostia y sobre el pueblo, en la bendición final. Todos sus gestos tenían un aire de grandeza que impresionaba.

¹ El señor Galerán escribía esto a fines de 1894. El Padre Emmanuel (Bally) ya había publicado dos volúmenes de *Notes et Documents*, que debían servir según su proyecto para escribir más tarde una biografía del Padre d'Alzon. A este proyecto alude el señor Galerán. Esta esperanza no ha sido cumplida aún. Por una serie de circunstancias el Padre Emmanuel sólo llegó a escribir cuatro volúmenes y medio de *Notes et Documents*, que no pasan de 1850.

Conocía muy bien las rúbricas y las observaba cuidadosamente; el canónigo Reboul, del Capítulo de Nimes, afirmaba:

- En la diócesis sólo hay dos que conocen las rúbricas: el señor d'Alzon y yo.

Un día -ya era yo sacerdote para entonces- me preguntó el Padre:

- ¿Celebra bien la misa el Padre Hippolyte?

- Sí, con mucha piedad.

- No quiero decir eso. Es un sacerdote nuevo y lo que pregunto es si realiza bien las ceremonias observando las rúbricas.

- No está todavía muy fuerte en ceremonias y ciertas rúbricas dejan que desear.

- Está bien, escríbeme tus observaciones y dámelas por escrito. Le haré las recomendaciones pertinentes.

- Pero, Padre, ¿no le va a decir que tales observaciones proceden de mí?

- ¡Mira éste! Y ¿por qué no se lo voy a decir si lo estimo conveniente? ¿Tienes miedo que te encarcele por ello? Te vuelven los miedos de antaño.

Cuando el Padre era Vicario general, se ponía bajo la esclavina sólo un sencillo roquete de tela, mientras los demás señores canónigos se adornaban con puntillas de vistosos y "leguminosos" bordados. Era la expresión del Padre que decía riendo:

- Estos bordados, tras haber reproducido todas las flores de los jardines, han terminado por agotar la colección; ahora reproducen hortalizas.

Durante su famoso curso de comentario de las Cartas de san Pablo, en la misa de los domingos, hablaba sentado desde el altar, con el misal abierto sobre las rodillas. Dicho misal, de pequeñas dimensiones, procedía de Roma, de la imprenta de la Propaganda. Llegó en el momento en que estaba en Nimes Monseñor Vérolles, Vicario apostólico en Manchuria, gran amigo del Padre Hippolyte. El Padre quiso que el santo prelado misionero lo estrenara en la catedral. Estaba yo presente en la misa con otros alumnos. Antes de abandonar el altar, el obispo consagró un cáliz para la Asunción; todavía está allí.

Volvamos a nuestro tema. Como el Padre predicaba sus comentarios sentado y con la casulla puesta, le habían hecho según sus indicaciones un sillón sin brazos, con respaldo muy bajo y asiento forrado de terciopelo rojo. Este sillón seguía siendo el del celebrante todavía en 1891. No sin emoción me senté en él cuando celebré la misa en el undécimo aniversario del Padre. Los recuerdos del pasado invadieron entonces mi espíritu; ¡estar allí en aquella capilla, frente a aquel altar donde tantas veces le había ayudado a misa!

El Padre empleaba habitualmente la mano izquierda. Basta observar cualquier fotografía suya para darse cuenta de que tiene la raya del pelo a la derecha, como los que se peinan con la izquierda.

Se afeitaba varias veces por semana. Conservó hasta su muerte la costumbre de dejarse las patillas largas¹; era la costumbre de los sacerdotes en la época en que se ordenó. Recordemos que el Padre Alexis imitaba a su Padre, en esto como en lo demás.

Su cabello negro caía en bucles sobre el cuello. Lo llevó corto a partir del momento en que se puso el capuchón. Caminaba recto, cabeza alta, un poco inclinada hacia atrás. Oí una vez a un habitante de Nimes decir, al verle pasar:

- El señor d'Alzon lleva la cabeza como si fuera el Santísimo.

Quería decir, como si fuera la Custodia.

Caminaba rápido; su paso era corto y precipitado. El busto tomaba un ligero movimiento de derecha a izquierda no carente de gracia.

Era tenido por buen jinete; ésta era su reputación en los alrededores del castillo de Lavagnac.

Era excelente nadador y buceador. De esto podemos testificar nosotros los antiguos, pues le vimos tanto en las agitadas olas del mar, como en las impetuosas aguas del Ródano y en las más tranquilas del Gardón. Sin mencionar al fangoso Vistre, en el que se bañó más de una vez, pero bastante lejos de Nimes.

¹ No hay que imaginarse que llevara mechones de barba a medio carrillo, como era la moda entre magistrados y almirantes de aquel tiempo. Se trata sencillamente de una especie de patilla que prolongaba el cuero cabelludo desde la sien hasta media oreja. Era la moda después de la Restauración, como se ve en los retratos de entonces.

Era ágil corriendo. Me viene a la memoria un día de verano, durante el paseo de la noche, cuando le vino la idea de ponerse a la cabeza de sus divisiones y de correr hasta el "Mas Boulbon" para darle una sorpresa a Monseñor Cart, obispo de Nimes, que estaba veraneando allí, cuando saliera del comedor. En efecto, el santo obispo, al oírnos llegar, exclamó:

- ¡Ah, ésa es la Asunción!

Exactamente lo que hubiera dicho hoy de los Agustinos de la Asunción, luego de cualquiera de sus peregrinaciones, si hubiera vivido para conocer la Asunción de 1894: ¡Ésa es la Asunción!

Los lectores de estas *Anécdotas* no han de olvidar que soy uno de los antiguos y que he sido testigo de las transiciones. Quiero decir con esto que habiendo vivido con el señor Vicario general d'Alzon y luego con el Padre d'Alzon, monje, me resulta fácil establecer contrastes entre estas dos mitades de una grande y hermosa vida. Pocos son los que pueden hacerlo todavía.

Continuemos hurgando en esta mina, que se torna más rica y más abundante a medida que progresamos.

En el momento del orden del día, cuando el Padre llegaba al nombre de un alumno que merecía una severa reprimenda, hacía una pausa y dejaba la hoja de observaciones sobre la mesa. Levantando los ojos y frotándose las manos envolviéndolas una con otra, guardaba un momento de silencio. Eran los signos precursores del estallido de una bomba. Ahora bien, un día, el Padre Corail, jesuita, que nos había predicado el retiro, asistía a la sesión. Comprendió rápido, por los ademanes del Padre, que algo iba a caer sobre alguien. Levantó la voz para decir:

- Por hoy, concédame la gracia de dejar pasar sin reprimenda los nombres señalados con mala nota. Por esta vez, *Requiescant in pace* (que descansen en paz).

El Padre sonrió inclinándose gentilmente; en efecto no hubo reprimenda. Pero hubo algo equivalente a la venganza, si me puedo expresar así, pues cada vez que aparecía el nombre de un pobrecillo en la lista, el Padre lo leía en alta voz y añadía, mirando al Reverendo Padre Jesuita:

- ¡Ah! también éste ¡*Requiescat in pace!*

Esto me hace recordar que, por la época en que el Padre Corail estaba en la Asunción, una señora, cuyo hijo acababa de llegar del Japón, regaló al Padre un soberbio cofrecillo de sándalo finamente esculpido. ¿Qué hizo el Padre? Lo sé muy bien; metió en él su disciplina, su cilicio y sus cadenas de penitencia. Guardó la llave en el bolsillo. Cuento lo que he visto, tocado y oído. ¿Quién hubiera ido a buscar allí instrumentos de tortura?

Un rasgo más para terminar esta *Anécdota*, que está resultando un auténtico mosaico. Sólo he asistido una vez en mi vida a la comida de los antiguos alumnos. Ahora bien, sucedió que en 1857, mientras era yo vicario en la catedral de Montpellier, llegué a Nimes sin sospechar que era la víspera misma del banquete. Alguien creyó, naturalmente, que venía para la reunión fraterna. Me presentaron la lista y pagué mis veinte francos. Pero estaba decidido a regresarme muy de mañana, antes del banquete, para evitar la reunión. ¿Por qué? ¿Qué sé yo? El Padre me había dicho muy contento:

- Esta vez, por fin, te tenemos.

Mi respuesta fue evasiva y probablemente embarazosa, el hecho es que infundió sospechas al Padre, que me miró sin decir palabra. Creía haberme librado y, la mañana misma del día del gran banquete de los amigos, me dirigí a la estación para tomar el tren expreso. Pero... ¡Oh!, pero... en el momento en que me dirigía a la boletería, allí lo vi, bien plantado, al Padre d'Alzon riéndose maliciosamente:

- ¡Ah!, ¡helo aquí! Ya me parecía que tenías la maligna intención de jugarme una mala pasada. Vamos, querido amigo, no te suelto. Almorzamos dentro de algunas horas y los viejos amigos estarán encantados de volver a verte.

Me dejé conducir al colegio, humilde, sumiso y pasablemente avergonzado.

El Profesor

Hemos hablado en la *Primera Serie* del director del colegio de la Asunción. Tratemos ahora de bosquejar al profesor.

Durante el año escolar de 1848-1849, el Padre d'Alzon, emprendió la tarea de dar a los alumnos de la primera sección, todos los jueves, a las once horas, un curso de historia eclesiástica. Los que tuvieron la suerte de asistir a él han deplorado siempre que las múltiples e importantes ocupaciones hayan impedido a un profesor tan distinguido, tan interesante, cuya erudición tan vasta les maravillaba, continuar esta enseñanza, que sólo duró unos meses. Todos ganamos una cosa sin embargo: aprendimos la auténtica manera de estudiar la historia, elevándonos desde los detalles hasta aquellas visiones de conjunto, a aquellos resúmenes generales que muestran la acción de Dios manteniendo entre

sus manos las riendas de los acontecimientos humanos, sin abdicar jamás de su realeza suprema, siendo siempre el Señor, y al mismo tiempo respetando en el hombre, mientras está sometido al tiempo, la libertad que le ha dado.

He aquí el método del Padre; llegaba a clase con su cuaderno de notas, de formato in-4º, y un volumen de Alzog, nuestro manual. Las páginas de su cuaderno estaban divididas en dos; escribía el resumen de su lección en la derecha; en la izquierda insertaba las notas o escribía los pensamientos que le venían a menudo mientras hablaba.

Permítaseme decir que, durante estos cursos, el Padre se presentó por primera vez con la cabeza cubierta por un bonete negro de raso. Doy este detalle porque no lo he olvidado nunca, a causa de la neuralgia de que sufría entonces. Pese a esa desventurada neuralgia nunca abandonó sus clases. Tenía una voluntad de acero bien templado, es cosa sabida.

Sentado en la cátedra del estudio, comenzaba dando el resultado de las redacciones de los alumnos en la clase precedente. Sus observaciones caían a propósito; casi siempre sazonadas con finos comentarios encantadores.

Seguía la lección. Mientras el profesor hablaba tomábamos notas. Sin embargo, su enseñanza era tan clara, su dicción tan armoniosa y bien acentuada que la mayoría de los alumnos escribía directamente en su cuaderno, de modo que su redacción estaba hecha cuando la clase terminaba. Al Padre le gustaba eso, pero no se lo permitía a todos.

El tiempo restante se consagraba a las objeciones y a las preguntas. Entonces es cuando se apreciaba al profesor. Respondía a todo como si lo hubiera previsto todo. Nunca lo sorprendíamos desprevenido; era como una enciclopedia viviente en la cátedra. Le escuchábamos encantados y maravillados de su ciencia, pendientes de sus labios, de los que fluían tan hermosas palabras.

Los alumnos a veces presentaban objeciones por escrito que suscitaban la admiración del Padre. Eran auténticos modelos de redacción, de elocuencia y de poderosa dialéctica. He conservado algunas de ellas: las más notables son las de Edgar de Balincourt, de Numa Baragnon, de Anatole de Cabrières. El Padre las conservaba cuidadosamente; poseía una colección.

Conservo en mis recuerdos escritos algunas bellas consideraciones de nuestro ilustre profesor y conferencista. Ya que expresan las grandes líneas de su enseñanza indicando su método, las copio aquí, sin alterar una sola palabra. Estas palabras fueron pronunciadas en la apertura del curso:

"Dios es el Dueño único y absoluto. Hizo al hombre para él; hacia él retornan las oleadas de vida de las que él es la fuente y también el fin: *Pricipium et finis (Principio y fin)*.

Siempre ha tenido en la tierra un representante oficial: Adán en primer lugar, luego los patriarcas. Después de Moisés el oficio de representante se desdobra: el sumo sacerdote con el jefe del Estado, unidos bajo una misma ley, separados en sus funciones. Aparece Jesucristo, el Mesías. Une en su persona el sumo sacerdocio y la realeza. El sacerdocio nuevo le viene directamente de Dios, no por vía de generación; la realeza le es transmitida naturalmente por la sangre de su Madre virgen, de la estirpe de David; legalmente por José, el último de los patriarcas, hijo y heredero de David. José muere en el momento en que el Mesías inicia su misión pública. Éste se presenta, pues, como sacerdote y como el heredero legítimo de los derechos de David. Los judíos lo saben y nunca le niegan el título de Hijo de David, que pertenece al Salvador. "¡Jesús, hijo de David, exclama Bartimeo, el ciego de Jericó, ten piedad de mí!". Ninguna voz se levanta para protestar.

Después de la Ascensión, el sumo sacerdocio y la dignidad patriarcal y real pasan a Pedro, para ser transmitidos después de él a sus sucesores. No se puede negar este hecho: el Papa es el primer hombre del mundo, el auténtico *primogenitus*, por derecho propio. Es también sacerdote y jefe soberano de este inmenso imperio más vasto y más sólido que el imperio romano, es decir, de la gran Iglesia Católica. Además, su jurisdicción se extiende sobre todos los bautizados; e indirectamente, tiene a su cargo a los no bautizados, ya que ha sido establecido para hacer entrar a todos los hombres en el redil de Jesucristo. Estos últimos son, de acuerdo con Inocencio III, las *alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovile, et illas oportet me adducere...* (tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir) (Juan 10, 16).

Habéis notado en el Evangelio aquella palabra del Señor a sus discípulos: *Expedit vobis ut ego vadam?...(Os conviene que yo me vaya)* (Juan 16, 7). Mientras el Salvador estaba en la tierra, los apóstoles eran sus hijos, discípulos formando un grupito. Después de la Ascensión, sobre todo después de Pentecostés, se presentaron ante el mundo como herederos en posesión de su herencia, como otros tantos jefes bajo un jefe supremo. Lejos de continuar siendo un grupito, ampliaron el círculo, se repartieron el mundo y establecieron aquella sociedad universal que es la Iglesia Católica. San Agustín ha dicho: *Spiritus Sanctus in Pentecoste adveniens, ipsos ex discipulis fecit magistros eosque*

orbis doctores creavit (Cuando vino el Espíritu Santo en Pentecostés, hizo de los discípulos maestros y los constituyó doctores del universo).

Así es como los patriarcas sucedieron a los patriarcas, así es como José murió en el momento preciso para dejar aparecer a Jesús en la plenitud de sus derechos y en todo el majestuoso esplendor de su personalidad; así es como el Salvador desapareció para hacer de los apóstoles otros tantos príncipes.

Todas las generaciones humanas, agitadas por acontecimientos diversos, se suceden como las olas del océano, en torno a la roca inmovible sobre la que se asienta el representante de Dios, el auténtico monarca del mundo, el primogénito de la raza humana, por derecho de mayorazgo transmitido, el sucesor de san Pedro, el Vicario de Jesucristo.

Antes de la Encarnación todo confluía hacia el pueblo de Dios; después de la Encarnación, todo converge hacia la Iglesia. Una palabra lo resume todo: Jesucristo es el comienzo, la continuación y el final de la historia. Nunca tendremos la clave de los acontecimientos y de las revoluciones, ni la ciencia del gobierno; no caminaremos con pie firme, nos faltará previsión, caeremos de falta en falta, mientras no se adopte la única política cuerda y segura: estudiar la voluntad de Dios para inclinarse bajo su autoridad dirigiendo a los pueblos por este camino, el único que conduce a la felicidad y a la salvación".

He aquí mis notas, en las que nada he cambiado, ni siquiera para corregir lo que es mío, o alguna expresión poco precisa o una falta de nitidez de estilo. He querido presentar tal cual un ejercicio de un alumno del Padre d'Alzon, que escribía rápidamente mientras el maestro distinguido hablaba. Era en 1848; y en 1894 se me puede creer si digo que encuentro en estos viejos recuerdos, tanto tiempo silenciosos, un encanto que desearía comunicar a mis simpáticos lectores.

¡Qué de horas deliciosas transcurrían así! Entonces aprendimos a conocer y amar a esta Iglesia Católica que nos presentaban tan grande y tan bella. Allí tuvimos la feliz suerte de sondear y admirar la asombrosa variedad de los conocimientos del Padre. Su enseñanza era tan límpida, tan viva, tan atractiva, está tan clara en mi memoria, que me parece que reproduciría sin esfuerzo aquellas preciosas conferencias, puros fragmentos, desgraciadamente, de un vasto plan que nunca se completó.

¡He ahí al profesor! ¡Santo Dios!, ¡cuánto bien hizo este hombre a nuestras inteligencias y a nuestros corazones! ¡Bendita sea su memoria! Con gran gozo le rindo este homenaje sincero ante sus hijos más jóvenes.

Hablando de zapatos

Estamos en 1861, en el mes de junio. En un compartimento de primera clase del expreso que corre de Nimes a Montpellier, se encuentran solos el Padre d'Alzon y su alumno, el abate H.-D. G... Ya conocemos al abate; más vale para la fluidez del relato que se salga de sus iniciales.

El Padre, un tanto cansado, había apoyado los pies sobre la banqueta de en frente. Estaba calzado con aquella clase de zapatos que llevaba habitualmente, que llamaban descubiertos, sin hevillas; nunca las había llevado incluso antes de ser religioso. Pero, en lugar de adornos, el zapato del pie derecho tenía dos piezas bastante rústicamente cosidas, una a cada lado.

Miraba yo atentamente aquellos remiendos, cuando me dijo el Padre:

- Querido amigo, tu contemplación es un tanto larga y tu asombro bastante ridículo. ¿Qué tienes que decir? ¿En tu opinión el zapatero no ha hecho bien su trabajo? Si había dos agujeros, se necesitaban dos piezas ¿no?

- Tiene usted razón, Padre, se necesitaban dos piezas, sobre todo visto que los agujeros estaban bastante lejos el uno del otro.

Mientras tanto iba yo pensando:

- He ahí a dónde ha venido a parar el señor abate d'Alzon, Vicario general y canónigo, en otros tiempos tan cuidado en su presentación, aunque siempre fue sencillo.

Luego en voz alta:

- ¿Qué diría la señora vizcondesa d'Alzon, si viviera para ver lo que yo veo?

- ¡Oh!, amigo mío, estate tranquilo, mi pobre madre ya ha visto otras, incluso cuando su hijo era, como dirías tan bien, el señor abate d'Alzon, Vicario general y canónigo, cosa que sigue siendo, mal que te pese, aunque con un capuchón de más. Has de saber por otra parte que mi miseria era siempre de corta duración; mi excelente madre me enviaba regularmente ropa nueva.

- Ya lo sé, y sé también que en cuanto esa ropa nueva llegaba, la distribuía usted a los pobres.

- Eso a ti no te importa. ¿No podía yo hacer con lo mío lo que me diera la gana? ¿Va a ser tu ojo malo porque yo he querido ser bueno?

- ¡Dios me libre! Pero mi ojo ha visto y mi espíritu ha comprendido con cuánta liberalidad ha obrado, bajo el supuesto legítimo de que usted era dueño y señor de esos bienes para derrocharlos y perderlos, siempre en beneficio de los demás. Es lo que sigue haciendo y hará con toda probabilidad.

-Te agradezco, querido amigo, la observación y admiro el tono profético que empleas.

- Volvamos al punto de partida, Padre.

- ¿A Nimes?

- No, a los zapatos. ¡Me obsesionan esos dos remiendos!

- Si no es más que eso, dame los tuyos y toma los míos.

- No me atrevería a salir por Montpellier con unos zapatos como los suyos.

- Escucha, hijo mío, eres un orgulloso, y si no eres un orgulloso, es que eres vanidoso; y si no eres ni un orgulloso, ni un vanidoso, eres un coqueto. Créeme, podemos llevar zapatos remendados y sotanas raídas, siempre que los zapatos estén lustrados y la sotana bien cepillada y limpia. Al fin y al cabo soy un religioso, he abrazado la pobreza; ¿no debo predicar con el ejemplo a mis religiosos? Si vas a tener que hablar de mí cuando esté muerto, estarás más contento de poder decir: llevaba zapatos remendados, una sotana que mostraba la hilacha, un sombrero "consternado" (es su propia expresión), que de tener que decir que yo estaba muy preocupado por el cuidado de mi persona, de mis sotanas, de mis zapatos, de mi cabellera. Créeme, no olvides nunca lo que te digo: bajo el pretexto fútil de no contrariar a la sociedad, de presentarse de un modo decente y digno, nos dejamos llevar a cuidados superfluos e inútiles. Mis zapatos mal cosidos no impedirán a un solo pecador venir a confesarse, aunque parezcan escandalizarte a ti, a ti sacerdote que deberías tener ideas más sanas. ¿Te imaginas a Pedro y Pablo pasando por la peluquería, comprando una toga nueva y blanca como la nieve antes de presentarse ante Nerón o ante los jueces de Roma? Quiero imbuir en mis discípulos -y en ti también, si puedo conseguirlo- el espíritu de absoluto desapego; con hombres desprendidos de todo, se puede volver el mundo del revés, como lo hicieron los apóstoles.

El tren llegaba a la estación de Montpellier. Al bajar del vagón el Padre añadió:

- No seas difícil de contentar, querido amigo. Quizá llegue el día en que tengas que llevar zapatos más remendados que los míos; y remendados no por mano de un zapatero sino por tu propia mano. Entonces se verá un hermoso trabajo. Pensarás con envidia en los zapatos del Padre d'Alzon. No olvides este último consejo.

El Padre iba a la ciudad por algunos asuntos. Yo me fui a mi casa, repasando en mi espíritu, para conservarlas, aquellas palabras que había escuchado. Las últimas me impactaron hondamente.

No pretendo atribuir valor profético a estas últimas palabras. Sin embargo me volvieron a la memoria en la época en que, estando encargado como misionero en el distrito de Llanherne, en las Cornouailles inglesas, tenía que hacer grandes trayectos a pie para visitar a mis católicos diseminados en un vasto territorio entre la Mancha y el Atlántico. Más de una vez, tuve que remendar yo mismo mis zapatos, no pudiendo encontrar ni la sombra de un remendón. Y como no tenía a mano las herramientas apropiadas, hube de recurrir a una cuerda vulgar y corriente para hacer las costuras. No quedaba bonito, pero sí fuerte. En tales casos me acordaba de la escena que acabo de describir, me representaba los zapatos del Padre d'Alzon y me reía con ganas.

A este propósito quiero añadir aquí una nota que considero importante.

No creo que sean numerosos los lectores de estas *Anécdotas*, fuera de los antiguos de la vieja Asunción. Pero en fin, quienes tengan la paciencia de seguirme se darán cuenta del cuidado que pongo en evitar cuanto parezca milagroso. Sin embargo, he oído contar del Padre muchas cosas extraordinarias. Yo no lo he visto todo; no he tenido que constatar nada. Confieso francamente que no necesito milagros. San Ignacio de Loyola, el beato Juan Bautista de la Salle y otros, a quienes honramos con culto, no realizaron ni un solo milagro en vida.

Me basta haber visto en el Padre d'Alzon la práctica heroica y constante de las virtudes cardinales y de las demás virtudes anejas, coronadas en lo sobrenatural por las virtudes teologales. Esto lo he visto, lo he constatado, y estoy dispuesto a afirmarlo bajo juramento. Dios me libre de adelantarme en nada al juicio de la Iglesia. Puedo decir, sin embargo, que no aprovechamos lo suficiente del Padre d'Alzon en los casos en que su intervención podría manifestarse.

El busto de Cristo docente

En la sacristía del colegio de la Asunción en Nimes, se puede admirar, encima de un armario, un busto en escayola del divino Maestro. Al menos allí estaba en 1891.

Este busto es un vaciado de la magnífica estatua del Cristo docente que se admira en el tímpano central de la catedral de Amiens. Fue traído por el abate de Cabrières, al regresar de las fiestas de Arrás en honor de la beatificación de José Benito Labre, a las que había acompañado a su obispo, Monseñor Plantier. ¿Cómo llegó esta imagen a la Asunción? Lo ignoro, pero sé muy bien que el abate de Cabrières tenía costumbre de regalar sus tesoros tras haberlos disfrutado algún tiempo. El busto que está en la Asunción perteneció ciertamente a mi viejo amigo; el recordado Padre Alexis me lo confirmó en 1891, durante mi visita al colegio.

Un día, en el obispado de Nimes, me encontraba yo con el Padre d'Alzon, en el despacho del abate de Cabrières. El busto acababa de llegar; estaba allí sobre una mesa. Las reflexiones que hizo entonces el Padre me sorprendieron, y me di prisa, según mi antigua costumbre, a ponerlas por escrito. Helas aquí:

"¡Mira, amigo mío, he ahí al Verbo encarnado! Contempla la nobleza de esta imagen, a la vez divina y regia, pese a una cierta rigidez que el cincel del artista no ha sabido o querido evitar. ¿No te admira esa calma, esa dulzura?, ¿esa mirada tranquila, tan límpida, llena de vida, de suavidad y de amor? Uno se siente atraído por la influencia de un encanto irresistible, de una fascinación misteriosa y deliciosa a la vez.

Esta imagen de Cristo es soberbia, en su sitio, en el centro de la puerta principal de la antigua catedral. El Salvador está sentado, rodeado de apóstoles y de obispos que forman un semicírculo ante él. Parecen escucharlo con embeleso, mientras los ángeles descienden para admirarlo y adorarlo.

He aquí el hermoso tipo de ideal que desde la Encarnación sustituyó la grandeza material del arte griego, tan admirable de todos modos. Ya no hay término medio; si puedo servirme de una expresión de Pascal, el arte ya no puede ser sino "ángel o bestia". Es bestia cuando no es cristiano. Definitivamente, no se podrá superar la escultura antigua en lo que respecta a la perfección de la forma; se la sobrepasará si nos elevamos a la expresión sublime que Jesucristo ha dado a la naturaleza humana desde el momento en que asumiéndola, la ha moldeado de nuevo de un modo tan eminente a imagen de Dios.

Jesucristo y la Virgen Inmaculada, he ahí en adelante los tipos perfectos del ideal artístico; podrán aún esculpir cuerpos, torsos, trabajar el desnudo en gran variedad de posturas; no se logrará hacer nada de auténticamente hermoso si le falta la irradiación del rostro divino del "más bello de los hijos de los hombres". La pureza virginal y la dulzura son virtudes cristianas...".

No puedo olvidar la emoción que experimenté el día en que, tras veinticinco años de ausencia, en el momento de revestirme para la misa en la sacristía de la Asunción, mis ojos toparon con aquel busto mudo que despertó inmediatamente en mi alma los recuerdos de un lejano y encantador pasado. Era por el tiempo del undécimo aniversario de nuestro venerado Padre.

Influencia sobre el pueblo

La influencia del Padre d'Alzon sobre el pueblo era prodigiosa. ¿A qué se debía? ¿De dónde procedía su prestigio? ¿De su nombre? ¿De su fortuna? ¿De su hermosa prestancia o bien de su elocuencia? No; sin duda estos dones externos llaman la atención y pueden ser causa de una fuerte atracción, pero de ordinario sólo excitan la admiración, el respeto y aquel sentimiento de deferencia que se experimenta ante un hombre superior.

La influencia del Padre d'Alzon llegaba más lejos y calaba más hondo; reinaba en los corazones. El pueblo le quería porque se sentía querido por él; comprendía al pueblo al que se había entregado con todas las potencias de su alma grande. Entre los hombres era un auténtico jefe; sus deseos eran órdenes, sus palabras electrizaban a las multitudes; se le seguía con entusiasmo, con pasión, con delirio. ¿No es cierto que su recuerdo ejerce aún hoy una asombrosa fascinación?

Pero igualmente, ¡con qué tacto, con qué respeto sabía tratar al pueblo, con qué amor de su corazón grande en generosidad y profundo en desinterés! Hablaba a los más humildes con la cortesía de un gentilhomme, en un lenguaje sencillo, familiar y simpático.

Los más pobres sobre todo eran los destinatarios de sus atenciones más delicadas; porque a sus ojos la pobreza era una dignidad. Parecía conocer a todo el mundo; se mostraba a gusto con todos, todos se sentían felices de tratar con él y orgullosos de recibir una palabra suya. Se ocupaba ante todo de las almas; también velaba con ternura por las privaciones materiales y los sufrimientos corporales. Más de una vez se le vio cuidar a los enfermos con sus propias

manos y realizar tareas propias de una Hermana de la Caridad. He escuchado a algunos pobres contar, entre lágrimas de agradecimiento, cómo aquel sacerdote se había prestado como enfermero para lavar sus cuerpos y curar sus llagas.

¿Qué no ha hecho por el pueblo de Nimes? ¿Qué obras no ha creado para ayudar, aligerar y consolar a los desgraciados? Por eso los pobres han seguido siendo sus amigos fieles, incommovibles en su afecto, mientras que en las clases acomodadas, sin exceptuar al clero, ha habido hombres que se han opuesto a sus empresas, le han criticado en su celo y ridiculizado en sus actos, cuya pureza y grandeza no comprendían.

Los pobres le han comprendido siempre; tenía para con ellos las atenciones más tiernas y las más delicadas. He aquí un ejemplo:

Había en el colegio de la Asunción, y sigue habiendo, una Conferencia de San Vicente de Paúl. Los alumnos iban a visitar a los pobres a domicilio. Paul de Pèlerin estaba encargado con uno de sus camaradas de aquella parte de la ciudad de Nimes, poblada de tejedores, situada entre el camino de Uzès y el de Aviñón.

Allí vivía con su hija un anciano paralítico. Habitaban detrás de una casa destartada, al final de un patio lleno de barreduras y estiércol, en una especie de cueva sucia, húmeda, sin aire, una auténtica pocilga. El único mísero camastro lo ocupaba el lisiado, su hija dormía en el suelo sobre un montón de viejos andrajos y paja mohosa. ¡Era un espectáculo desolador! He visto a Paul de Pèlerin sacudir aquellos andrajos en el patio, le he visto lavar al paralítico y tender aquella cama repelente sólo de verla. He asistido en aquel cuchitril a una fiestecita, una comida familiar que había llevado mi digno amigo y que, sentado en una caja a guisa de silla, animaba a comer a padre e hija. Su alegría daba gusto verla; reían hasta las lágrimas: risas de gozo, lágrimas de agradecimiento.

¡He ahí cómo formaba a sus alumnos el Padre d'Alzon!

Se decidió buscar en algún sitio un alojamiento más apropiado cuyo alquiler sería abonado por la Conferencia y trasportar allí al enfermo. Finalmente se encontró una habitación en un segundo piso, cerca del colegio de la Asunción. ¿Pero cómo trasladar a un hombre paralítico de todos sus miembros? Se decidió alquilar un carretón y transportar en él al anciano, cubierto con una manta. Imposible pensar en un coche; los cocheros se negaban a hacer el servicio en cuanto se enteraban de qué se trataba. El Padre d'Alzon oyó hablar del proyecto de sus alumnos.

- ¡Cómo!, dijo, ¿un carretón? Ni hablar. Hay que tratar a los pobres con mucho más respeto. ¿Acaso no son los amigos de Jesucristo? Dejádme a mí, tengo una idea que resolverá el asunto.

Sin perder un minuto, fue a casa de la señora condesa de B... para pedirle que le prestara su silla de mano, de la que por otra parte nunca se servía. Le explicó lo que quería hacer y su petición fue atendida con la mejor gracia.

Fue de ver entonces al pobre paralítico, en un estado repelente, sentado en un asiento de terciopelo verde, en un carruaje dorado, tras cristales biselados. Las pinturas del exterior representaban genios alados, gordos como hortelanos, revoloteando y persiguiéndose por entre guirnaldas de flores. En las portezuelas se podían ver los escudos de nobleza realzados con la corona de conde.

Era tan rico y brillante que se tuvo por cosa prudente colocar al menos una alfombra sobre la silla para cubrir al menos una parte. El cortejo atravesó la ciudad de Nimes, escoltado por un grupo de alumnos de la Asunción.

¡Así es como trataba el Padre d'Alzon a los pobres de Jesucristo! Con este ejemplo que se juzgue lo demás.

Paul de Pèlerin, a quien yo evocaba esta escena con motivo de mi último paso por París, parecía no haber conservado más que un vago recuerdo. Lo comprendo, ha olvidado el hermoso papel que desempeñó en esta historia; no tomaba notas del bien que hacía; las he tomado yo en su lugar y no lo lamento en este momento.

Para captar correctamente el auténtico carácter del Padre, nunca hay que perder de vista que la única preocupación de su alma era el Reino de Jesucristo; veía a Dios en todo y en todas partes. Fundó el colegio de Nimes, reunió en él a los herederos de la aristocracia del Mediodía, no para rodearse, él noble, de la nobleza. Pero pensaba que formando para Dios, para la Iglesia y para la patria a los hijos de las clases superiores, prepararía para el porvenir influencias saludables para el bien del pueblo.

Sus esfuerzos no han carecido de éxitos. Sin embargo, su ambición no ha quedado satisfecha; hubiera deseado reclutar entre la aristocracia y las clases superiores, numerosas vocaciones para el sacerdocio y la vida religiosa. Las posiciones brillantes de muchos de sus antiguos alumnos le daban cierto orgullo pero no le deslumbraban. En la milicia del apostolado es donde hubiera deseado ver enrolarse a sus discípulos en gran número.

Este pensamiento sobrenatural le dominaba de tal forma que un día, hacia el final de su vida, abrió su alma ante el colegio reunido en la capilla. Quienes estaban presentes han contado que el Padre, en aquella circunstancia memorable, había alcanzado las cimas de la elocuencia del corazón. Los oyentes se vieron transportados por una emoción imposible de describir. Él mismo, emocionado, conmovía a las almas hasta en lo más profundo. He aquí algunos pasajes del notable discurso que un amigo tuvo a bien enviarme a Inglaterra.

"Después de tantos años transcurridos desde la fundación del colegio, después de tantos éxitos que han recompensado los esfuerzos de los profesores, en esta hora en que muchos de los antiguos alumnos ocupan en la sociedad puestos elevados y honorables, he de decir con desaliento en el alma, pese al bien ya alcanzado, que no he logrado, como eran mis deseos y mis planes, dar a la Iglesia las vocaciones que tenía la ambición de darle.

Diré, pues, con san Pablo y san Bernabé: "A vosotros es a quien el Verbo de Dios debía ser anunciado en primer lugar, pero ya que lo habéis rechazado... nos volvemos a los paganos" (Hechos 13, 46).

He resuelto volverme hacia las clases inferiores de acuerdo con la estimación del mundo, es decir a aquella juventud robusta, sencilla, entregada, enérgica; a aquellos hijos del pueblo cuya fe no retrocederá ante los sacrificios. Allí espero, con la gracia de Dios, encontrar los recursos que busco para entregar a la Iglesia de Jesucristo sacerdotes y religiosos según el corazón de Dios. Escucharán mi voz, comprenderán mi llamada, como está escrito: *Se alegrarán, glorificando la Palabra del Señor...*".

La voz del Padre d'Alzon fue oída; su llamada fue comprendida. Miremos a nuestro alrededor para constatar su éxito realmente milagroso.

Los Alumnados, florecientes con la bendición del cielo, envían cada año enjambres llenos de ardor que se dirigen a los Seminarios o a las distintas Órdenes religiosas. La magnífica Congregación de los Agustinos de la Asunción surge, casi en su totalidad, de los Alumnados. La fecundidad de estos establecimientos es asombrosa; la valía de los que de ellos proceden nos hace bendecir a Dios por haber inspirado a nuestro Padre el pensamiento de abrir estas fuentes inagotables de celo, de entrega y de fe, al tiempo que de inteligencia, de energía y de intrépida valentía. Tales son los rasgos de la auténtica nobleza. La sabia resolución del fundador queda confirmada por los hechos. ¿Cuántos alumnos del colegio de la Asunción, incluyendo al antiguo Clichy, todos unidos al Padre d'Alzon mediante un cariño sincero, le han seguido sin embargo hasta el final por el camino del heroísmo y del sacrificio, vistiendo el hábito religioso? ¿Una quincena?

Añadamos una veintena de sacerdotes diocesanos y tendremos el total de vocaciones sacerdotales entre 1845 y 1895, ¡en un período de cincuenta años! Pero he aquí las apretadas filas de los hijos más jóvenes de los Alumnados, muchos de los cuales no han conocido al Padre d'Alzon, que caminan con entusiasmo, como un valiente ejército bajo su gloriosa bandera, repitiendo su grito de guerra: *¡Adveniat Regnum Tuum!*

¿Qué razón tenía el Padre cuando escribe el 15 de octubre de 1875!: "¿Cómo dudar de la inspiración providencial de los Alumnados, cuando se piensa en sus oscuros comienzos y en su maravilloso desarrollo?".

La pobre habitación del Padre n el "Arca de Noé"

Había antiguamente en el colegio de la Asunción, en el cuerpo de edificio llamado el "Arca de Noé", una serie de habitaciones, en el primer piso, subiendo a derecha. Las ventanas daban al patio de los "mayores", menos la última que daba al patio de los "medianos".

La primera de tales habitaciones al entrar en el pasillo era la del Padre; la segunda la del señor Tissot, la tercera la del señor Víctor Cardenne y el señor Cusse habitaba en la última.

Durante las vacaciones de 1849 los tabiques fueron derribados para hacer un segundo dormitorio destinado a los de la primera sección. Sólo la historia de Jerusalén, ciudad que ha sido destruida y reconstruida dieciocho veces, puede dar una idea de los cambios experimentados por el "Arca de Noé" de la Asunción de Nimes. Las remodelaciones de Jerusalén parecen terminadas, las del pabellón central de nuestro colegio tendrán que aguantar tantos asedios como nuevos directores tenga, ayudados por su prefecto de disciplina. La tradición de los prefectos es ser los Nabucodonosor del "Arca de Noé". Nadie debería asombrarse si, mientras se escriben estas líneas, la pica, el martillo y el hacha se estuvieran aplicando a hacer una sala de estudio de lo que fue un comedor, o un comedor de lo que fue una clase. Es bastante curioso que los saqueos sólo hayan devastado el interior. El caparazón sigue siendo en 1895 lo que era en 1844; con la campana en el lado derecho del balcón y las persianas verdes en todas las aperturas.

Pero de lo que quería hablar es de la habitación del Padre d'Alzon. Sufría, como todo el mundo sabe, de violentos calambres estomacales, cuyos ataques, intermitentes, eran de duración y gravedad variables.

Tenía la costumbre de barrer él mismo su habitación y tender su cama. Sin embargo, cuando los ataques de su mal se tornaban demasiado dolorosos, me solía llamar para que le ayudara, o bien me mandaba la llave con el ruego de que le arreglara el cuarto. Era raro que permitiera a alguien entrar en aquel recinto.

He aquí la descripción de aquella auténtica celda de monje, de muros blanqueados a la cal.

Entrando, a la izquierda, estaba la cama, compuesta de dos bancos, tres tablas, un jergón de paja muy duro, una almohada rellena con paja trillada. Frente a la puerta, contra la pared, había una cortina de tela verde, con anillas de cobre que le permitían deslizarse sobre una barra de hierro, para esconder los hábitos colgados de unos ganchos. A la derecha, al fondo y frente a la cama había una mesa de madera blanca con un crucifijo, una estatuilla de la Virgen y una calavera. Luego había una cómoda con cajones y un velador como los de los dormitorios. Encima de la cómoda una pequeña biblioteca de tres estantes con varios libros de piedad, entre los que hay que señalar una Biblia, las *Confesiones* de san Agustín, el *Tratado del Sacrificio de la misa* del cardenal Bona, una hermosa *Imitación*, edición elzevir, y un cierto número de libros de Regla de diversas Órdenes religiosas.

Además había dos sillas ordinarias y un felpudo que le servía de pie de cama. No había sillón; no recuerdo haber visto nunca un sillón en el dormitorio del Padre.

Creo ser preciso en mi descripción, pues a menudo hice el inventario de aquella querida celda cuando me encontraba solo en ella. ¡Cuántas veces realicé "mi viaje alrededor de aquella habitación"!

Nadie se sorprenderá si añado que he visto muy de cerca los instrumentos de penitencia de nuestro Padre: su disciplina recién ensangrentada, sus brazaletes y cinturón de hierro, su cilicio de pelo de cabra, en forma de amplio escapulario, que iba de espalda a espalda y bajaba hasta por debajo de la cintura. Hablo de ello hoy sin escrúpulo; antaño estaba obligado al secreto más absoluto.

Había también otro cilicio de dimensiones más modestas, más fácil de disimular bajo el hábito durante el día.

Sucedía a veces que el Padre era incapaz de levantarse, debido a sus dolencias. En ese caso mandaba llamarme para que le ayudara a rezar el Breviario o para hacerle una lectura espiritual. Interrumpía a menudo tales lecturas para decirme:

- Vamos a ver, ¿comprendes bien lo que lees?
- Eso creo.
- Entonces, ¿cuándo lo vas a poner en práctica para hacerte un santo?

Un día -no lo he olvidado- la lectura estaba tomada de las *Confesiones* de san Agustín y el Padre me interrumpió de repente después de cierto pasaje y me dijo:

- ¡Hijo mío, qué lejos estás tú de eso!

Un tanto molesto por la aplicación, me permití replicarle:

- Padre... estoy leyendo para usted no para mí.

La respuesta fue fulminante:

- ¡Ah, ya te has picado! He dado en el clavo. Escucha, amigo mío; si llegas a ser sacerdote algún día, ¿vas a predicar para los demás sin aprovechar tú mismo tus enseñanzas? ¡Valiente apóstol vas a ser! ¿Tendrás la osadía de decir a tus oyentes: "Esto es para vosotros y no para mí"? Menudo predicador que estoy preparando para el mañana.

¡Cuántas veces a lo largo de mi ministerio me ha venido a la mente este reproche! No sé si habré subido al púlpito una sola vez sin pensar en ello.

El dormitorio

Me dan ganas de pasar de la habitación que acabo de describir, a nuestro dormitorio, que ocupó su emplazamiento a partir del inicio de curso de 1849-1850. En este dormitorio durmieron alumnos que han llegado a ser hombres ilustres. Allí se encontraban Anatole de Cabrières, Albert de Courtois, Octave de Camaret, Léon Conte, Edgard de Balincourt, Marcel Murjas, Numa Baragnon, Raymond Pansier, Henri Dassas y otros.

Se trata de una magnífica constelación de estrellas, de brillo y tamaño diverso: un obispo, un senador, un miembro de la Corte de Apelación, un cónsul general, dos párrocos decanos, un vicario distinguido, un coronel de artillería, un jefe de escuadrón de dragones, todos ellos hombres de fe y de piedad. ¿Suficientemente hermoso?

Que todas estas celebridades, las que aún viven, recuerden aquellas camitas del colegio, alineadas una al pie de la otra en tres filas a lo largo del dormitorio. ¿Cuántas veces habrán echado en falta aquellas noches tranquilas, aquel sueño apacible, aquel despertar sin inquietud en el "Arca de Noé"?

¿Habrán olvidado aquella camisa de dormir de color rosa que cada alumno debía enfundarse antes de acostarse? ¿Y la revista del señor Hippolyte, hoy venerable Padre Hippolyte, yendo de improviso de cama en cama para asegurarse de que lo rosa no ocultara lo blanco, es decir la camisa de noche a la ropa de día? Hoy habrán remplazado todo eso por

habitaciones, tal vez suntuosas, con camas anchas y muelles. El uniforme del colegio, el gorro galonado de oro y la túnica azul de Prusia, se ha trocado en mitra de oro y capa bordada, en toga de terciopelo y túnica roja, en esclavina bordada de armiño, en uniforme de brillantes charreteras, en casco resplandeciente. Y sin embargo, quienes llevan tan ricas vestiduras, signo de su rango y dignidad, se encaminan por la senda que muchos ya han recorrido, hacia hileras de camas en las que cada cual no tendrá sino un lecho bien estrecho y sólo llevará un traje muy sencillo y muy prosaico: ¡un ataúd y un sudario!

Ni campanas ni tambores les despertarán hasta el amanecer de aquel gran día en que la trompeta les llame a todos; y vendrán obispos, coroneles, sacerdotes, magistrados ante el soberano Juez, para rendir cuenta pública y solemne del modo como han desempeñado su papel sobre el escenario del mundo, poniendo en práctica las enseñanzas de aquel hombre eminente, aquel santo, cuyos discípulos hemos sido.

Los deslumbramientos de la mitra

Yo estaba presente, pero no diré ni dónde ni cuándo, y me guardaré muy bien de revelar el nombre del actor principal de la escena que voy a describir. Un joven sacerdote, virtuoso, con mucho talento, cuyo porvenir no podía ser sino brillante, pero no carente de cierta ambición, todavía ingenua, antes de llegar a su expansión, que es el cálculo y a la intriga, decía:

- Quisiera llegar a obispo para disfrutar durante toda la eternidad de la plenitud del sacerdocio.

Al escuchar esto, el Padre d'Alzon puso una expresión que habría que pintarla; había en ella algo de asombro, de estupefacción, y los signos de una lucha interior entre la indignación y la risa. Se quedó un momento silencioso, como un hombre que no sabe qué hacer ni qué decir. Reponiéndose de su sorpresa dijo:

- ¡Amigo mío, qué fina, sutil, elevada y al mismo tiempo qué profunda tu salida! ¿Te ha venido con toda naturalidad, sin esfuerzo? Yo hubiera necesitado mucho tiempo para encontrar algo así. Te confieso que por un momento me has dejado perplejo. ¡Qué ilusión óptica! Abre bien los ojos para ver; porque a fin de cuentas si hay "plenitud del sacerdocio" en el cielo, no es temerario decir que las habrá igualmente en el infierno. ¿Dónde has encontrado alguna palabra sagrada que pueda justificar esos deseos que expresas? ¿Será en el *bonum opus desiderat* (*desea una noble función*: 1 Timoteo 3, 1) de san Pablo? ¿Pero no te parece que san Juan da el verdadero sentido de esta palabra en el Apocalipsis cuando escribe: *opera enim illorum sequuntur illos*? (*porque sus obras los acompañan*: Apocalipsis 14, 13).

He ahí lo que hay que ambicionar para gozar de ello durante toda la eternidad. Creo que en el cielo la "plenitud de las buenas obras" aventaja a la "plenitud del sacerdocio". ¿No te parece? Y la práctica de la humildad forma parte, me parece, de la plenitud de las buenas obras. En cuanto a los lugares y a las dignidades del Reino de Jesucristo en la tierra, hay que dejarle libre disposición al Rey, y no forzar la mano de sus ministros, repartidores de tales cargos. Y esto so pena de no llegar más que a la exterioridad del episcopado, con un carácter sagrado usurpado o forzado, pesando sobre una mala conciencia. Conoces demasiado bien la Biblia para no haber notado esta palabra de un ilustrísimo obispo: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo...* (*Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios...*: Hebreos 5, 4). Los ambiciosos, tras haber llevado la mitra durante quince días y haberse contemplado en el espejo, se dan cuenta pronto de que un arzobispo es algo más que un obispo, y un cardenal más todavía. Entonces comienzan las inquietudes; intrigan, honradamente en lo posible; se engañan a sí mismos tratando de formarse la conciencia para adaptarse a la situación...; finalmente lo consiguen. Pero en el momento en que lo han alcanzado, no habiendo nada más que desear porque no hay nada más que obtener, el fuego de la ambición continúa ardiendo, recaen sobre sí mismos, se repliegan, dejan de ser felices, se hacen inconstantes, el humor se avinagra, y se vuelven insoportables para los demás. Y he aquí que la muerte se aproxima..., el Juez avanza para pedir severa cuenta..., y mitras y capelos de nada sirven si no hay obras..., porque no se habla ni de mitras ni de capelos en aquel texto del Espíritu Santo: *opera enim illorum sequuntur illos* (*porque sus obras los acompañan*). Llegaremos totalmente desnudos, con nuestras obras. Escucha, amigo mío, déjate conducir, estoy de acuerdo; pero no hagas nada por subir. Un obispo que había hecho a muchos obispos, Monseñor de Frayssinous, escribía al conde de Estourmel: "Por favor no les desee la mitra a sus amigos; sólo es una pirámide de espinas bien afiladas en la cabeza...". Reboul, nuestro poeta nimense escribe: "Una corona en la frente, es una espina en el corazón". Ten en cuenta que no hablo de ambiciosos del calibre de los Nestorios o los Focios.

He ahí al Padre d'Alzon fotografiado en uno de aquellos hermosos momentos suyos en que se revelaba el fondo de su alma. Aquel a quien se dirigió no llegó a ser obispo. Tampoco es el fotógrafo.

¿No tengo razón de contar estas cosas que pueden parecer confidenciales? Me creo asegurado por el hecho de que escribo exclusivamente para los *Souvenirs*. Diré incluso que si continúan siendo discretos, me animaré a revelarles cosas que ni siquiera sospechan.

He aquí un rasgo que me viene a la memoria al terminar esta *Anécdota*; viene como anillo al dedo.

Cuando fui nombrado canónigo honorario, hace muchos pero muchos años, escribí al Padre, que estaba en Valbonne, estas sencillas palabras: "Me han nombrado canónigo honorario". Respuesta a vuelta de correo: "Hazte un santo, será mucho más valioso para ti y mucho más ventajoso".

El Padre d'Alzon y el Oriente

Un poeta oriental escribía a un hombre ilustre de Occidente: "Ven..., tu sombra será grande bajo el sol de Oriente".

El Padre d'Alzon pasó por Oriente. Su sombra ha cubierto y fecundado aquella tierra de recuerdos inmortales; su influencia continúa allí mediante el apostolado de sus hijos; poco a poco los pueblos, suavemente empujados por la brisa del cielo, acuden a reposarse junto a la frescura que comunica paz y salvación.

¡Vino..., y su sombra crece cada vez más bajo el sol glorioso de Oriente!

Le pregunté al Padre al regreso del largo viaje:

- ¿Cómo ha podido consentir en visitar Constantinopla y Asia Menor sin llegar hasta Jerusalén?

- Estate tranquilo, querido amigo, algún día *llegaremos* hasta los Santos Lugares.

Esta fue su respuesta. Subrayo el *llegaremos* porque lo acentuó firmemente, seguramente con toda intención.

No he olvidado las palabras que el Padre pronunció con motivo de la distribución de premios en el colegio de la Asunción, presidida por Monseñor Plantier, el 1 de agosto de 1862. El Padre José Maubon las ha citado en su admirable discurso con ocasión del cincuentenario. Helas aquí, ya que conservan una actualidad impresionante:

"En Roma, escuché al Soberano Pontífice bendecir lo que él llamaba: *nuestras obras de Oriente y Occidente*. El sentimiento indecible que experimenté entonces debía ser sobrepasado sin embargo por el que sentí unas horas más tarde al verme citado para una audiencia personal que no hubiera osado solicitar del Soberano Pontífice, vista su sobrecarga de trabajo. El Papa tuvo a bien hablarme de Oriente. Lo que sucedió en los preciosos instantes que me fueron concedidos, no lo puedo repetir por respeto, lo comprenderán ustedes, pero salí con el derecho, diré más, con la misión de estudiar este asunto grave de la vuelta a la fe de las poblaciones orientales y de buscar con la ayuda de personas eminentes, los medios para conseguir la meta propuesta...".

Estas fueron las palabras del Padre d'Alzon. ¿Se puede pedir una declaración más franca, más clara, y al mismo tiempo más discreta?

Pues bien, ¿sabéis el efecto que estas palabras produjeron sobre todo en el clero? Unos decían: "¡Ya tenemos al Padre d'Alzon en marcha, llevado por su imaginación...!". Otros: "Ha tomado como una orden del Papa una palabra dicha sin intención formal". O aún: "¡Qué extravagancia pensar que va a conquistar el Oriente con los cuatro o cinco monjes que componen toda su Orden...!".

¿Eso es todo? No; los amigos se decían en voz baja: "¡Qué lástima, siempre se lanza en cosas extraordinarias! ¡Da pena verle malgastar así su tiempo y sus bienes!...".

No estoy repitiendo cosas que me han contado, sino lo que he escuchado yo mismo.

De 1862 pasemos a 1895 y contemplemos la gran sombra del Padre d'Alzon bajo el sol de Oriente, o mejor, bajo la bendición de dos Papas, Pío IX y León XIII. ¡Y cómo se ha extendido esta sombra! ¡Cómo es amplia y cubre un vasto espacio! ¡Cómo son numerosas las almas que vienen a buscar y encontrar la salvación en ella! ¡Oh, extravagancia, imaginación, locura a los ojos de los hombres, que ha probado en los hechos en qué medida el Espíritu de sabiduría guiaba a nuestro Padre!

Se habrá apreciado, sin duda, la prudente reserva que estas palabras indican: "Lo que sucedió en los preciosos instantes que me fueron concedidos, no lo puedo repetir por respeto, lo comprenderán ustedes...".

Creo, sin embargo, que un ángulo del velo, un pequeñito ángulo, fue levantado para mí en un momento de confidencia. Aquí podría decir muchas cosas sobre las intenciones del Padre, lo que explicaría su confianza y su apertura, pero es demasiado personal, y por otra parte no interesa demasiado. Me permito aludir a ello para dar a entender la razón de una conversación de la que voy a dar algunos fragmentos.

Era durante las vacaciones de 1862, por lo tanto, poco tiempo después del discurso citado al inicio de esta narración. Estábamos sentados una noche, el Padre y yo, en el banco de piedra que estaba adosado al lado del patio

grande, contra la pared que servía de base a la reja verde que separaba entonces el gimnasio del patio de los mayores. En el lugar en que estaba el banco es donde ahora, me parece, se eleva la estatua del Padre d'Alzon.

La conversación fue larga, animada, interesante. El Padre me hablaba de Oriente con entusiasmo. Abría ante mis ojos vastos horizontes. La historia de Rusia, la del Bajo Imperio y la del imperio Otomano desfilaban por su palabra animada, con una lucidez tal que se podía ver el pasado cobrando vida y moverse como un drama viviente ante los ojos de espectadores maravillados.

¡Qué memoria! ¡Qué asombrosa capacidad de síntesis! ¡Qué inteligencia!: "viva, rápida, a la vez especulativa y práctica, siempre vuelta hacia las ideas generales, pero hábil para distinguirlas de las aplicaciones particulares...". Decía el Padre:

"Dios había enviado a los cruzados a Oriente para establecer allí, no el reinado de ellos sino el Reino suyo; el Papa se lo había advertido. A la larga corrompieron sus caminos y olvidaron su misión. Hay que recomenzar de un modo nuevo; necesitamos cruzadas de celo, de oraciones, de sacrificios. Es lo que está pidiendo Pío IX.

¿Crearás que el cardenal Barnabo, prefecto de la Propaganda, se ha opuesto al principio a mi misión en Bulgaria y en Oriente? Me declaró que estaba resuelto a combatir este proyecto, en términos tan convencidos que creí deber informar al Papa. El Santo Padre me respondió inmediatamente: "¿Ah, Barnabo no quiere? *Ma se io dico che lo voglio?* ¿Pero si digo que yo lo quiero?".

Le pregunto si me estaba permitido informar al cardenal de las palabras del Santo Padre. El permiso me fue dado con toda bondad; me presenté ante el Prefecto de la Propaganda. En cuanto escuchó la palabra del Papa: "Oh, me dijo, mi norma es la siguiente: estudio concienzudamente la cuestión, luego presento mi observación al Papa, diciéndole mi modo de pensar. Pero en cuanto el Jefe de la Iglesia ha tomado su decisión, me alineo inmediatamente a su parecer y su punto de vista se torna el mío, sin la menor vacilación por mi parte".

A estas palabras del Padre añadiré yo esta reflexión: la conducta del cardenal Barnabo muestra el admirable talante de los auténticos servidores de la Iglesia y del Soberano Pontífice. ¿Acaso no hemos encontrado este talante en el cardenal Ledochowski, prefecto de la Propaganda en 1895, y en todos los prelados romanos que han tenido que ocuparse de la cuestión de Oriente con el Padre Picard?

Terminemos con esta frase del Padre Emmanuel (Bailly): "¿Cómo hubiera disfrutado el Padre d'Alzon si hubiera escuchado a los cardenales decir al Padre Picard que el *Papa cuenta mucho con la Asunción para la unión de las Iglesias!*...".

¡El Padre d'Alzon ni se hubiera extrañado; lo sabía, ya que Pedro le había hablado, y Pedro es fiel a su palabra, ya hable por Pío IX, ya sea por León XIII, ya sea por cualquier otro Papa!¹

Una casulla con dibujos "leguminosos"

Un antiguo párroco de Lunel había recibido como regalo un antiguo vestido de seda, de estilo y arte rococó. El dibujo era extra llamativo: grandes flores amarillas sobre un fondo morado. Le vino la idea de hacerse confeccionar una casulla. Una sobrina, recientemente salida del convento, emprendió la tarea y lo logró... bastante mal; pero en fin, si el corte no era un éxito, la costura al menos era sólida.

El buen cura, orgulloso de su ornamento, no dejaba de usarlo cuando las rúbricas lo permitían; cuentan incluso que de Septuagésima a Pascua y en Adviento se reservaba cantar la misa vestido con aquella abigarrada casulla, mientras los coadjutores asistentes llevaban dalmáticas sencillas, de un morado raso.

El Padre d'Alzon vino a pasar por allí y hubo de asistir a la exhibición de esta obra de arte e incluso de la sobrina que la había confeccionado.

- ¿Qué le parece?, le dijo el cura. Quiero ser enterrado con este ornamento cuando llegue el momento.

- Mi querido párroco, respondió el Padre riendo, no espere a morir, entierre cuanto antes este ornamento.

- ¡Cómo!

- Es la más atroz amalgama de berenjenas sin pelar y de rodajas de calabaza que un artista de mal gusto haya podido soñar nunca. Si os entierran con eso, el cementerio se volverá una huerta.

¿Saben quién me ha contado la anécdota? El bueno y digno párroco en persona, cuando era canónigo titular de la catedral de la que yo era coadjutor. Y añadía:

- El señor d'Alzon es un erudito, pero todo el mundo sabe que carece de gusto.

¹ Esta *Anécdota* es una de las pocas que están fechadas. Se cierra con esta nota: "Jerusalén, en la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo, 1895".

¡Y pensar que he visto a este buen canónigo, en su ataúd, revestido con la dichosa casulla! Los versículos de mi *De profundis*, lo confieso, formaban en aquel momento una amalgama de oraciones y de visiones de berenjenas y calabazas. Era involuntario, eso espero, ¡pero inevitable!

El calificativo de "leguminoso" del que me he servido, era una de las expresiones preferidas del Padre cuando deseaba caracterizar ciertas puntillas y bordados modernos introducidos en la Iglesia. Ciertamente, tenía el instinto de lo artístico; su gusto era seguro y fino.

Transiciones y transformaciones

El título de esta *Anécdota* se irá clarificando para los lectores y para el propio autor -eso espero al menos- a medida que la narración se vaya desarrollando. Tomo la pluma sin haberme trazado ningún plan, con la cabeza llena de recuerdos que aún no están clasificados, pero que progresivamente se irán colocando en orden cronológico.

Mi meta es mostrar mediante qué transiciones y transformaciones fue avanzando el Padre d'Alzon, sin retroceder nunca un solo paso, hasta el estado de religioso, perfeccionándose por las vías de la santidad. Al mismo tiempo hablaré del origen y de los progresos de su Congregación, porque el Padre y su familia religiosa son inseparables en lo que yo llamo: sus evoluciones.

Si no me equivoco, vi por primera vez al Padre d'Alzon, entonces señor abate d'Alzon, en 1842. Predicaba el Adviento en la iglesia de los Carmelitas, San Baudilio, en Nimes. Entre semana, por la tarde, reunía a solo hombres; y con varios de mis pequeños camaradas se nos ocurrió la idea de ir a escucharle. Se hablaba mucho de él, de sus sermones, de su éxito en los Carmelitas. Los hombres llenaban la iglesia, ya ocupada mucho rato antes de la hora de la predicación. Ya no había sitio cuando entré con mis amigos; pero los niños siempre encuentran el modo de colarse. Junto con los demás me deslicé en una capilla frente al púlpito; allí estábamos muy bien situados.

Por fin apareció en el púlpito y nuestras miradas se concentraron en él. Llevaba la esclavina de canónigo y en la mano izquierda el bonete plegado. ¡Estaba magnífico! Tenía treinta y dos años; su cabeza la coronaban hermosos cabellos negros, largos y ligeramente ondulados, y se erguía gallardamente sobre sus anchas espaldas; parecía muy alto y muy majestuoso.

Hizo una solemne señal de la cruz y comenzó su sermón con una voz penetrante. No tengo el discurso, era yo demasiado niño para recordarlo. Por lo demás, yo no había ido a escuchar el sermón, sino a ver a aquel abate d'Alzon de quien se hablaba tanto. Recuerdo, sin embargo, que habló sobre el respeto humano con fuerza y con finura y humor. No he olvidado que tras haber contado a su modo la entrevista de Nicodemo con el divino Maestro, pareció habérselas con algunos de su auditorio a quienes interpeló de este modo:

- ¡Oh, amigos míos!, ¿tenéis miedo de presentaros como cristianos y católicos, en plena luz del día? ¿Sabéis lo que sois? ¡Unos Nicodemos! ¡Unos grandes Nicodemos! Seguid, pues, al Nicodemo del Evangelio en su conversión y en su valentía; sin eso, al veros pasar, los muchachos dirán, mostrándoos con el dedo: "¡Ése, es un gran Nicodemo!".

El predicador popular, el hombre de las buenas obras, el confesor lleno de celo de sirvientes y obreros, el brillante Vicario general, llevado por su ardor de apóstol, dio pronto un paso de gigante y le encontramos, a partir de finales de 1844, instalado como director en el colegio de la Asunción, sin haber abandonado ni uno solo de sus varios ministerios.

Allí, se transforma en Maestro vigilante, cuya firmeza se ve templada por un corazón de padre. Ama a sus niños, que le adoran; su solicitud vela sobre ellos día y noche. ¿Cuántas veces no le vimos, en plena noche, recorriendo los dormitorios, con una pequeña linterna en la mano, vestido con una túnica de lana blanca? Bendecía a los alumnos dormidos, murmuraba una palabra a los que estaban despiertos. Durante aquellas visitas nocturnas podíamos hablarle en voz baja. Habíamos tomado la costumbre de colocarnos en la frente un trozo de papel, sujeto por el gorro de dormir, con estas palabras: "Padre, despiérteme", cuando deseábamos decirle algo. Aceptaba nuestros deseos expresados de esa manera. Nos escuchaba con bondad y luego, tras decirnos una palabrita que llegaba al corazón, trazaba con el pulgar un signo de cruz sobre nuestra frente. ¡Aquella señal de la cruz! ¡Cuántos alumnos se hacían despertar sólo por aquella señal de la cruz!

A partir del momento en que entró en el colegio, el Padre d'Alzon empezó a practicar cada vez más las costumbres del religioso. Por entonces tomó como habitación la pobre celda que ya he descrito.

Su regularidad y su puntualidad eran proverbiales. Así, participaba en los oficios de la catedral y volvía siempre a tiempo para celebrar él mismo en la capilla del colegio. La noche de Navidad, por ejemplo, asistía a Maitines y Laudes en San Cástor y a medianoche comenzaba la misa en la Asunción.

Ahora necesito que mis lectores me permitan hablar con toda franqueza y sin dejarme frenar por el escrúpulo de que me dejo ver demasiado, ya que estoy contando mis impresiones personales y mis recuerdos.

¡Pues bien!, desde el momento de mi entrada en el colegio, ignoro realmente por qué, el Padre me cobró un afecto particular que me permitió seguirle de cerca y observarle con minuciosa atención. Confieso que no veía a nadie como él; era a mi ver, el ideal de la perfección; yo centraba en él mi estudio especial. Diré la palabra: ¡soñaba con él!

Noté que estaba haciendo una colección de libros de Regla y de Constituciones de todas las Órdenes religiosas. Pero los libros más a menudo leídos por él eran las Constituciones de los Benedictinos, de los Dominicos y de los Agustinos.

Supe más tarde que "no quería establecer reglas nuevas sino injertar su Congregación en un viejo tronco vigoroso, como una nueva rama, que con la ayuda de una savia fecunda diera flores y frutos de nueva especie". Cito sus propias palabras. Sabemos que el tronco elegido fue el de san Agustín. Basta abrir los ojos para quedar maravillado por los esplendores de la joven rama injertada. Una vez hecha la elección, elección que fue fruto de largas oraciones y de sangrientas mortificaciones, el Padre buscó discípulos.

El primer paso en esta dirección fue el siguiente: en 1846, reunió en su despacho a algunos profesores escogidos. Les expuso sencillamente su idea de fundar una Congregación para la enseñanza, declarando que los planes estaban aún incompletos y las Constituciones en estudio. Deseaba saber si, en caso de establecer una Congregación, se sentirían dispuestos a ayudarlo en su proyecto.

Estaban presentes con el abate d'Alzon, los sacerdotes Tissot, Henri, Surel, y los abates Fournéry y Blanchet, simples tonsurados. Al escuchar su respuesta afirmativa, el Padre se levantó y fue a arrodillarse ante cada uno para besarles los pies.

He ahí, pues, a mi entender, el primer paso adelante de la Congregación de los Agustinos de la Asunción. Era un ensayo; los abates Henri y Surel murieron como sacerdotes; al abate Fournéry poco después se lo llevó un aneurisma durante la noche, en nuestro dormitorio; el abate Blanchet, viejo tonsurado de treinta y cinco años, terminó dejándose ordenar y marchó a las misiones entre los iroqueses, donde murió.

Por esa misma época el Padre formaba una Sociedad religiosa de profesores laicos, con Jules Monnier, Víctor Cardenne y dos o tres más.

Al mismo tiempo se fijaba de cara al futuro en dos alumnos muy diferentes uno de otro: A. de C. y H.-D. G... Inútil nombrarlos¹.

No inmediatamente, pero sí poco después, los eclesiásticos se reunían para recitar el Oficio, durante la noche, en las vísperas de fiestas de la Santísima Virgen. Habían adoptado el Oficio propio de Roma.

Los laicos recitaban, también en la capilla, el Oficio parvo de "Las Grandezas de Jesús". Víctor Cardenne se unió pronto a los eclesiásticos para el Oficio canónico.

Los niños seguían una regla particular. Así, por ejemplo, cuando había permiso general de salida, debían solicitar un segundo permiso del Padre, en tanto que su director espiritual.

Cada miembro de ambas Sociedades había recibido del Padre un magnífico pequeño crucifijo de hierro esmaltado en negro. Más tarde fueron suprimidos porque el hierro no podía ganar indulgencias; fueron remplazados por otros.

Poco a poco el número de discípulos aumentó, y henos aquí llegados a la época en que el Padre recibió en el colegio a quienes la Providencia destinaba a ser sus fieles colaboradores y auténticos fundadores de la Congregación de los Agustinos de la Asunción, quiero decir: Hippolyte Saugrain, el abate Henri Brun y Esteban Pernet. ¡Los estoy viendo llegar! Yo estaba allí cuando entraron en el colegio, en distintas épocas.

Hippolyte pasó de una sola zancada desde la puerta de entrada hasta la mitad del patio. Sus zancadas eran gigantescas; sus movimientos daban a entender que sus miembros eran de acero y que su sangre contenía una mezcla de

¹ Tanto más inútil cuanto que todo el mundo lee bajo estas iniciales: Anatole de Cabrières y Henri-Dieudonné Galeran.

plata viva. Su tez era sonrosada, sus ojos pícaros. Llevaba un sombrero de copa de fieltro negro, una levita de color oscuro, un pantalón a rayas negras verticales sobre fondo marrón. Tengo todo esto por escrito.

¿Cómo he conservado estos detalles? Los tengo copiados en mi Diario. ¿Por qué los anoté entonces? ¿Qué sé yo? ¿Acaso te molesta, querido hermano Agustino de la Asunción, para quien escribo? ¿No te permite esto conocer al venerado Padre Hippolyte en el inicio de sus transformaciones? Era el encargado de la vigilancia.

El abate Henri Brun, de Langogne, nos llegaba de Mende. Tímido, envarado, plegado en una sotana con bordados de astrakán, cabellos rubios y lisos que le caían como agujas, voz un tanto temblorosa. En fin, un exterior que no indicaba el tesoro escondido en aquel pecho de digno sacerdote que llegó a ser un religioso tan santo. Fue nombrado prefecto de disciplina en sustitución del abate Henri.

He aquí a Esteban Pernet: un auténtico hijo del Francocondado, suave, simpático y bastante tímido. Llevaba barba y tomaba tabaco; su larga levita era de un marrón muy intenso. Le encargaron la vigilancia de la primera sección; mi querido y muy amado vigilante, y también de François Picard y de Paul de Pèlerin.

¿Qué transformación en estos tres hombres, que llegaron a ser los Padres Brun, Hippolyte y Pernet! He aquí, junto con Víctor Cardenne, a los primeros fundadores de la Congregación. He aquí a hombres de élite que firmaron y depositaron entre las manos del Padre d'Alzon, en 1850, una promesa formal de seguirle y adoptar las reglas, cuando fueran aprobadas por Roma. El Padre Brun, en tanto que sacerdote, firmó el primero; luego Víctor Cardenne, Hippolyte y Pernet estamparon sus nombres.

Esta fórmula de promesa ha sido publicada en los *Souvenirs*. Contiene, en realidad, los primeros votos de la Asunción. Los votos públicos, como es sabido, no fueron emitidos sino en la noche de Navidad de 1851.

No hablaré aquí de mi querido y muy amado Padre Laurent, porque tengo la intención de dedicar una *Anécdota* especial a la fisonomía de los cuatro asistentes. Diré sin embargo, para no olvidarlo más tarde, que cuando el abate Charles Laurent entró en la Congregación, los sacerdotes de la diócesis de Nimes decían:

- Si el abate Laurent se une al Padre d'Alzon, esa Congregación debe ser algo serio.

En 1851, la Congregación de los Agustinos de la Asunción quedaba definitivamente fundada. Las transiciones sucesivas y las transformaciones completas en el fundador y en los discípulos habían desembocado, pues, en este magnífico resultado.

Volviendo, en el pensamiento, a los años transcurridos, me doy cuenta de la fuerza del carácter del Padre, de su perseverancia pese a tanta oposición, de su perfeccionamiento admirable, y bendigo a Dios por haberme permitido asistir de cerca a tan maravilloso desarrollo.

He seguido al Padre de 1842 a 1880; pero sobre todo y de modo más íntimo de 1844 a 1850. Luego, de 1850 a 1880, mediante relaciones continuas o mediante correspondencia ininterrumpida; nunca he dejado de disfrutar del espectáculo de tan grande alma, que tanto bien me ha reportado.

He asistido a las transiciones, soy un viejo testigo de las primeras transiciones, y mis ojos maravillados contemplan hoy, injertado en el tronco de san Agustín, esta soberbia rama que transforma la antigua savia en ramitas vigorosas, en flores espléndidas y en frutos abundantes de santidad¹.

El Padre atraca a un viajero

Una mañana de septiembre de 1859, con los primeros rayos del sol, vi la diligencia de Montagnac pararse ante mi puerta, en Montpellier. De ella saltó ligero y fresco un viajero: era el Padre d'Alzon. Llegaba de Lavagnac y deseaba celebrar misa antes de tomar el tren para Nimes. Mientras desayunábamos juntos me dijo:

- ¿Podrías venir conmigo hasta Nimes?
- Sí, siempre que pueda volver esta misma tarde. ¿Por qué desea que le acompañe?
- Necesito un cómplice.
- ¡Un cómplice! ¿Y para qué malvada acción?
- Para saquear a un viajero en algún vagón del tren expreso.

Comprendí que se trataba de alguna broma.

- Padre, le dije, ¿va usted a dar un golpe?
- Sí, yo; y tú me vas a ayudar si es preciso.

¹ Los *Souvenirs* subrayan esta *Anécdota* con la nota siguiente que es una fecha: "Es una auténtica alegría para la redacción poder ofrecer esta *Anécdota* en el décimoquinto aniversario de la muerte del Padre d'Alzon". Hay que señalar, sin embargo, que la fecha de esta publicación es necesariamente posterior a la del envío desde Jerusalén.

- Pero ¿de qué va usted a despojar a ese viajero? ¿Cómo? ¿Por qué?

- De su dinero, por supuesto, si no de todo al menos de una buena parte; y empleando medios legítimos pero expeditivos con un fin completamente honrado. Deseo no perder el tren de las nueve; démonos prisa. ¿Estás decidido?

- Lo estoy, ¡vamos!

Mientras íbamos a la estación, el Padre me expuso su plan:

- Me he encontrado en Pézenas, dijo, con uno de mis antiguos compañeros del colegio Stanislas, de V..., hoy riquísimo propietario del Hérault. Me ha dicho que hoy estaría en Montpellier, de donde partiría a las nueve para Marsella, tras haber recogido dinero en casa de su banquero. La ocasión es única; se trata de saltarle a nuestro hombre al cuello.

Tuvimos la fortuna de encontrarnos solos, los tres juntos, en el mismo compartimento, es decir el señor de V..., el Padre d'Alzon y yo. Hasta Lunel se habló de la cosecha, del comercio, del gobierno, de todo un poco.

Después de Lunel me di cuenta de que el Padre iba a comenzar la maniobra en serio y atacar a su hombre. Dicho y hecho; se volvió vivamente hacia la víctima designada:

- Dime, mi querido de V..., ¿has tenido una espléndida cosecha, no?

- Sí, a Dios gracias.

- ¿La has vendido a buen precio?

- He vendido el vino en la cuba a un precio más que aceptable, dentro de lo posible.

- Habrás sacado del banco una suma bastante considerable.

- Algunos miles de francos.

- ¿Y vas a gastarlos a Marsella?

- No, los he tomado porque volveré de Marsella pasado mañana sin detenerme en Montpellier.

- ¿Y no tienes miedo a los ladrones?

- No.

- ¿No te importaría prestarme una parte de esa suma para colocarla al ciento por uno, es decir produciendo el céntuplo?

- ¡Ah! eso sí que sería una operación lucrativa; pero ya sabes, mi querido Manuel, que en materia de finanzas tú estás dotado sólo a medias. Gastar se te da muy bien, pero para los ingresos eres más bien nulo. ¡Tu operación es imposible!

- ¡Imposible! Dame mil francos para tu anciano Padre, el Papa.

- ¡Ah, bueno! eso es otra cosa. Aquí tienes.

Y un billete de mil francos pasó a manos del Padre d'Alzon, quien dio las gracias en estos términos:

- Dios te lo pague, mi viejo amigo; y reconoce que si sé gastar muy bien, también sé a veces ingresar, ¿verdad?

Nos reímos un buen rato. Los tres viajeros estaban satisfechos.

Al llegar al colegio de la Asunción, el Padre se dirigió derecho a la capilla. Depositó el billete sobre el altar y dio gracias a Dios. Su cara, radiante, expresaba al mismo tiempo agradecimiento por el donativo y alegría por haberlo logrado tan pronto y tan bien. ¡Cuántos rasgos parecidos en aquella hermosa vida! Para el bien, tenía audaces recursos muy difíciles de resistir. ¡Era maestro en el arte de ganarse a la gente, con sus modales siempre tan nobles y tan francos!

Lo que pudo ser - Lo que prefirió¹

Jules Simon, siendo ministro, dijo un día:

- El abate d'Alzon es mi enemigo, ya que siempre ha combatido contra la Universidad; pero admiro su gran carácter; voy a hacer de él un obispo.

Las intenciones del ministro le fueron reportadas al Padre, que exclamó:

- ¿Yo obispo? No, jamás; tengo hecho voto de no aceptar el episcopado.

¹ El señor Galeran colocó la nota siguiente para introducir la presente *Anécdota*:

El proyecto de publicar una serie de *Anécdotas* para formar como una vida del Padre d'Alzon en cuadros vivos, fue aprobado por el Padre Picard. Para animarme, me escribió estas palabras, de su puño y letra, el 27 de mayo de 1893.

Decía: "*Su proyecto de escribir una vida del Padre me sonríe altamente...; denos esta vida lo antes posible..., una vida original, en la que usted no ahorrará los rasgos, las anécdotas, las citas... Todos hemos amado al Padre con sus salidas, que los mediocres llamaban sus grandes defectos, y que hacían resaltar su gran carácter. Una vida que fuera como el tesoro íntimo de la familia tendría un enorme atractivo. Hágalo, nos dará a todos una enorme alegría...*".

El autor se ha, pues, propuesto escribir cuanto sabe y cuanto se puede decir sobre el Padre d'Alzon, sin exagerar nada, pero sin callar aquellas salidas a las que el Padre Picard hace alusión.

Y ahora, retomemos el hilo.

H.-D. G.

He ahí descrita toda la vida del Padre d'Alzon. Los hombres han querido elevarle; él sólo ha buscado hacerse humilde y oscuro. El Estado y la Iglesia han rivalizado en rendirle honores y dignidades; ha resistido para vivir y morir como sencillo sacerdote, bajo el capuchón del monje.

¿Hasta dónde no hubiera subido con solo consentir a inclinarse ante Luis-Napoleón? Por un instante tuvo entre sus manos el cetro universitario, en el Consejo Superior de la Instrucción Pública. No dudó en sacrificar esta alta posición, que conducía hacia él "a los propios cardenales, sin ropaje alguno", según la expresión del cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, antes que aceptar la cruz de la Legión de Honor de manos del Príncipe-Presidente.

Varios Gobiernos intentaron ganárselo decorando su frente con la mitra de oro; cinco veces al menos tuvo la oportunidad de "tener su trono en una iglesia ilustre"; siempre rechazó las propuestas de los hombres en el poder.

Monseñor Besson nos informa de que Pío IX "apreciaba su rectitud ingenua, su sencillez, su valentía, su magnífico desinterés". Se decía incluso que el Pontífice había pensado "llamarle a Roma y hacerle miembro del Sacro Colegio". A propósito de esto, contaré que, durante mi estancia en Roma, en 1861, las cuestiones que me habían llevado ante el Soberano Pontífice me pusieron en relación con varias Eminencias y preladados, entre otros el cardenal Antonelli y el cardenal Villecourt, Monseñor Franchi, por entonces arzobispo de Tesalónica y Monseñor de Mérode, ministro de los ejércitos. De varias conversaciones con estos tres últimos señores, saqué la conclusión de que el Papa hubiera deseado ver al Padre d'Alzon cardenal y viviendo en Roma.

De regreso a Francia, traté de sondear al Padre y sonsacarle del fondo de su alma lo que deseaba saber sobre el tema. El único éxito que coronó mis tentativas, el que no buscaba, fue una severa reprimenda por parte del Padre, una de las más severas con que me haya gratificado, él que nunca desperdició ninguna de las numerosas ocasiones que le he brindado para castigarme, con amor, pero también con nervio y vigor.

Estoy convencido de que el Padre fue lo suficientemente hábil para rechazar la púrpura durante cierta audiencia íntima, más o menos como san Felipe Neri había hecho antaño con los Papas Gregorio XIII y Clemente VIII. Nunca sabremos las cosas hasta el fondo: el secreto está perdido.

¿Cuál hubiera sido el destino de Manuel d'Alzon si hubiera seguido en el mundo como buen cristiano, pero como laico? ¿Es acaso difícil hacerse una idea de ese porvenir, que no podía ser sino brillante?

Poseía dones naturales excepcionales, que es difícil encontrar reunidos en un mismo individuo. Inteligente, cordial, apuesto en su ademán, noble en su presentación; amable en la conversación, lo que hacía atractiva su instrucción sólida y variada, llamaba la atención y se granjeaba la viva simpatía de cuantos se le acercaban. Añadid a estas cualidades una audacia invencible que supo orientar hacia el objeto de su ambición: el Reino de Jesucristo. Su gran aire aristocrático, la belleza de su persona, su ademán digno, que no excluía una agradable familiaridad, su generosidad y su tacto exquisito le ganaban todos los corazones. ¡Oh! ¡cómo castigó a aquel cuerpo que había guardado intacto en los severos caminos de la virtud!

Añadid a estas ventajas una ilustre cuna -ya que pertenecía a la prosapia de los Montcalm y de los de Assas- y una fortuna que le hacía propietario de más de seis millones, sin contar los inmensos bienes raíces y el castillo de Lavagnac.

Dentro del estado eclesiástico, si el Padre hubiera permanecido sacerdote diocesano, con su nombre, su fortuna y sus maravillosas cualidades personales, ¡qué influencia hubiera ejercido! Para darse cuenta de ello basta estudiar los años transcurridos desde su ordenación, el 26 de diciembre de 1834, hasta 1850. A partir de 1835 Monseñor de Chaffoy, obispo de Nimes, le ofreció ser canónigo titular; al rechazarlo le nombra Vicario general honorario.

Así, a los veinticinco años, tras un año de sacerdocio, el abate d'Alzon era Vicario general. Muy pronto fue nombrado canónigo honorario, no sólo de Nimes, sino también de Montpellier, de Lyon y de varias otras diócesis. Y aunque al principio tales honores hayan suscitado cierta extrañeza entre el clero, la opinión pública comprendió muy pronto que el abate d'Alzon, orador distinguido y sacerdote eminente, aunque joven, era un hombre superior, hecho para las mayores dignidades.

A sus veintisiete años, el abate Maurice de Bonald, pariente de Manuel, había sido elevado a la sede del Puy. Ciertamente su padre era ministro del rey. Pero el vizconde d'Alzon era poderoso en París, no sólo bajo Carlos X, sino también bajo Luis-Felipe. He leído cartas que prueban que a la influencia del vizconde d'Alzon se debe el que el abate Coustou, Vicario general de Montpellier, fuese promovido al obispado de Grenoble, rechazado, es cierto, por este digno sacerdote.

También se debe en gran parte al señor d'Alzon la nominación de Monseñor Thibault para el obispado de Montpellier. Fue ayudado por la señora Elisabeth, hermana del rey Luis-Felipe, porque tanto la princesa como el vizconde deseaban apartar al abate Lecourtier, quien pese a todo, más tarde bajo el Imperio, sucedió a Monseñor

Thibault. El rey había decidido elegir a uno de estos dos candidatos; se trataba pues de hacer recaer la preferencia sobre quien ofreciera mayores garantías de hacer bien en Montpellier después de Monseñor Fournier.

El señor vizconde d'Alzon, con la ayuda de sus poderosos amigos y su influyente parentela, ¿no iba a poder conseguir una sede episcopal para su hijo?

Y este mismo hijo, que hizo avanzar hacia el episcopado a tantos sacerdotes distinguidos, mientras cerraba el acceso a otros a quienes juzgaba incapaces, ¿no hubiera podido elegirse una catedral? ¿Acaso no poseía en grado eminente las cualidades y las virtudes que hacen a un obispo, a un gran obispo?

¿Acaso no atraía la atención de todos durante la consagración de su alumno, Monseñor de Cabrières, cuando le asistía en calidad de Capellán, con tanta dignidad, con tanto respeto, él que para entonces ya había rechazado más de una vez la mitra y el báculo que le suplicaban aceptara?

¿Y qué eligió, pues, nuestro Padre? ¿Qué prefirió a tantos honores legítimos que tan digno era de llevar?

Se hizo monje. En vez de la mitra se puso el capuchón; prefirió el hábito sombrío del religioso a la púrpura de los grandes dignatarios.

Lejos de buscar los aplausos de los hombres, se dejó tratar de original, de extravagante, de loco. Él que había gobernado una diócesis bajo tres obispos, se vio rechazado durante la sede vacante y privado de toda autoridad en la administración. Entró en la vida privada con la majestad serena del sol que desciende para volver a ascender. ¿No habían impuesto a un obispo de Nimes, antes de su consagración, la condición de despedir al abate d'Alzon del Consejo episcopal? Condición que el prelado, hombre inteligente y sensato, se felicitó de no haber aceptado. ¿Quién había dado tal consejo? Un primado, pariente del abate d'Alzon, asustado por el ardor emprendedor del gran Vicario de Nimes.

¿Acaso no obstaculizaron al Padre en todas sus empresas? ¿No profetizaron que sus obras no se sostenían sino gracias a su nombre y a su fortuna, y que, muerto él, todo se hundiría? Lo veía todo, lo escuchaba todo, sin jamás desviarse. ¿Acaso no intentaron sembrar la división entre sus primeros discípulos, religiosos y religiosas? Más aún, ¿acaso no alentaron, alimentaron y desarrollaron en algunos corazones de mujeres, antiguas colaboradoras del Padre, sentimientos de ingratitud que desembocaron en tales rupturas que abreviaron los días de este santo sacerdote? Pese a su gallardía natural, su amor al sacrificio y al desprendimiento, nuestro Padre llevaba en su pecho un corazón extremadamente sensible. En lo externo, poco dejaba trasparentar los sufrimientos y amarguras de su alma. En lo íntimo, a menudo estaba agobiado bajo el peso de sus padecimientos; estaba triste de aquella tristeza que había traspasado el alma del Salvador en Getsemaní.

¡Ah! si la celda de la Cartuja de Valbonne tan a menudo ocupada por nuestro Padre hablara, veríamos las lágrimas y la sangre rezumar de sus paredes, testigos de largas y dolorosas agonías.

Sé de qué hablo, pues más de una vez el Padre me escribió desde su retiro, y la última carta que me dirigió, poco antes de su muerte, está fechada en Valbonne: tiene huellas de lágrimas.

He dicho a qué hubiera podido aspirar nuestro maestro y lo que eligió voluntariamente. No he trazado sino un rápido boceto; me contento con esbozar, porque no soy el historiador del Padre d'Alzon y no pretendo escribir su vida. Mi objetivo es revelarlo a sus hijos más jóvenes que no le conocieron, ya que me fue dado observarlo de muy cerca en una época que llamo de transformación, es decir, en el paso de una vida de sacerdote secular a la de religioso.

En 1846 es cuando pude leer en su alma por primera vez; no era yo más que un niño; sin embargo, habiéndole escuchado predicar en la profesión de una religiosa, quedé tan encantado de su sermón, del que no entendía todo, que con la ayuda de un condiscípulo muy inteligente que estaba presente, escribí las hermosas palabras que acababa de escuchar. Quizá escriba algún día una *Anécdota*.

Francoamente, ¿no es mejor seguir al Padre d'Alzon en eso que él prefirió? Es la hermosa herencia de los Agustinos de la Asunción; y es envidiable.

Audaz, pero franco

Se ha dicho a menudo que el Padre se servía a veces, sea en conversaciones e incluso en sus predicaciones, de palabras audaces, crudas, de una franqueza demasiado fuerte. Es cierto; Monseñor Besson lo constata en términos muy atenuados cuando escribe en su Oración fúnebre del Padre, bajo la forma de una Carta pastoral: "Era a veces demasiado familiar, pero siempre capaz de remontar el vuelo de un solo golpe ...". Este golpe de ala, digámoslo con total franqueza, no siempre era inmediato y rápido. Pero al Padre d'Alzon se le perdonaba mucho; no perdía nada de su

prestigio allí donde cien otros se hubieran hundido. Su estilo podía causar asombro, pero no llegaba a chocar a sus oyentes, que conocían la nobleza de su alma y la pureza de su corazón.

¿Digo yo mi impresión? Cuando tenía que hablar de cosas delicadas, me causaba la impresión de un hombre que encuentra de repente a su paso un reptil venenoso, sibilante y levantando su horrorosa cabeza. En vez de huir para evitarlo, lo toma valientemente por la cola, lo hace dar vueltas en el aire y luego lo lanza impetuosamente por encima de los espectadores estupefactos. Habrán seguido los movimientos de este hombre con inquietud, pero al fin nadie ha sido picado por el aguijón peligroso, ni el hombre audaz ni los que le observaban. El Padre d'Alzon llamaba a ciertas cosas por su nombre para liberarse de ellas lo antes posible.

Retrato de un fundador

He aquí un extracto de un sermón del Padre, predicado en 1847 y anotado en aquella época. Encuentro este mismo pasaje en otro cuaderno, de 1857; pero esta vez con un texto de santo Tomás, que posiblemente no había sabido retener en mi memoria en 1847. Hablaba de san Norberto de Magdeburgo.

"¿Qué es un fundador? Cuando Dios quiere un fundador, toma a un hombre, lo pule, lo trabaja como a los patriarcas. Le prepara de lejos, le llena de su espíritu; le comunica la intuición clara de su voluntad y de la misión que deberá cumplir.

Para ello, le inflama el corazón, fortifica su voluntad dirigiéndola hacia una meta confusa al principio, pero iluminándola poco a poco con claridades sobrenaturales.

Dios añade sabiduría, santidad y paternidad. Sabiduría, para la elección de los medios, la redacción de las normas y de los reglamentos disciplinarios; santidad, para ser un buen ejemplo, *forma gregis (modelo del rebaño)*; paternidad o fecundidad para que vengan muchos hijos a cooperar en la obra y la perpetúen.

Hacer y perpetuarse, es el sello de una misión superior; es el auténtico carácter de un fundador. El divino Maestro decía a sus apóstoles: *Qui credit in me opera quae ego facio, et ipse faciet, et maiora horum faciet (el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún)* (Juan 14, 12).

Por eso santo Tomás establece este principio: *Non est minoris potestatis, sed maioris, facere aliquid per alios, quam per seipsum (no se necesita menor poder, sino mayor, para hacer las cosas por medio de otros que para hacerlas por sí mismo)* (P. III, q. 42, art. 1, ad 2m).

Dios salvó al mundo por medio de su Hijo, añadiéndole la cooperación de la Virgen Inmaculada. El Hijo perpetúa su obra mediante los apóstoles y sus sucesores en la Iglesia. Las misiones especiales y extraordinarias confiadas a los fundadores de Órdenes son continuadas por sus discípulos, también en la Iglesia, siempre bajo la autoridad del Pastor supremo...".

Réplica pronta y acerada

Al Padre d'Alzon no le gustaba que le llevaran la contraria. Era naturalmente vivo, impaciente; y en sus finos labios siempre estaba pronta a partir la palabra que se clavaba como un dardo. El brillo repentino de sus ojos precedía la salida del golpe; era como el relámpago que sigue siempre a la descarga del rayo. ¡La de victorias heroicas que ha debido de conseguir sobre su fogoso temperamento, antes de llegar a ser un modelo de paciencia en los sufrimientos!

Asistía yo, allá por 1860, a una reunión de sacerdotes en el colegio de la Asunción presidida por el Padre d'Alzon, en aquella sala que después se transformó en círculo de los soldados. Habló largo tiempo, pero -cosa rara en él- no le salió bien; le faltaba empuje, método y claridad; no llegaba al meollo de la cuestión, bordeaba sin poder enfilear la entrada del puerto. Cediendo para mi desgracia a una vieja y mala costumbre, que me había merecido tan severas reprimendas, me permití interrumpir al Padre, diciendo:

- Sería conveniente, sin embargo, ser un poco más preciso.

Se volvió vivamente, fijando en mí una mirada llameante:

- ¿Quieres que precise? dijo enderezándose en su silla. Con toda precisión te declaro descortés, importuno y pretencioso al osar interrumpirme, tú, el más joven de la asamblea, cuando otros mayores que tú, y de más valía, guardan silencio.

¡Qué triunfo jugó! Sé que entré en mí mismo avergonzado y plegado como *uter in pruina (como odre expuesto a la helada: Salmo 119, 83)*; sólo que fue bajo la acción del fuego y no de la helada. Pese a todo, la interrupción dio su fruto: puse de nuevo al orador sobre sus rieles y a pleno vapor. El Padre retomó su discurso, enfocó la cuestión en la buena dirección y concluyó con lucidez. Me lo confesaba más tarde él mismo, riendo con su risa tan franca y encantadora; pero sin el menor arrepentimiento de haberme aplastado en plena sesión.

Discurso de circunstancia

Una notable originalidad del Padre fue la de subir al púlpito, después del Evangelio, con motivo del servicio fúnebre por los caídos en la batalla de Castelfidardo, revestido de casulla y todos los ornamentos sacerdotales. Era en la catedral de Nimes.

He aquí algunas de sus palabras, recogidas por alguien que estaba presente:

"Estaréis seguramente extrañados de verme subir al púlpito revestido de ornamentos de misa. En un servicio tan excepcional como el que estamos celebrando por las víctimas de la más culpable de las traiciones, me he creído autorizado a derogar los usos litúrgicos. Los ornamentos que llevo son simbólicos, y este simbolismo da a los acontecimientos una solemne actualidad.

Los enemigos del Papado han matado a sus heroicos defensores. El Vicario de Jesucristo ha sido entregado a lo que hay de más vil y más bajo en el mundo entre los hombres. Las dolorosas escenas de la Pasión se reproducen: las burlas, los insultos, las espinas, el manto de púrpura, la venda, las cuerdas para atarle las manos, todo reaparece, de un modo u otro, en los vergonzosos malos tratos infligidos al Soberano Pontífice.

¡Quieren terminar con el catolicismo! No terminarán ni con el Papa, ni con la Iglesia, como tampoco pudieron terminar con Nuestro Señor, pese a todo. ¿Y sabéis por qué? ¡Mirad ese inmenso ejército que cubre el mundo entero, y cuyo jefe es el Papa! ¡Mirad el sacerdocio católico, desde el Pontífice de Roma, hasta el último sacerdote revistiendo cada día, al subir al altar, esta poderosa armadura, símbolo de una invencible fuerza moral!

El amito, es el casco cuyo brillo debe paralizar los esfuerzos diabólicos; al alba, cuya blancura viene de la sangre del Cordero, sangre que lava las conciencias, da la pureza y fortifica la voluntad; el cingulo, esos lazos misteriosos que ciñen los riñones y significan la fuerza moral que mana de la castidad y de la victoria sobre las pasiones; el manípulo de las lágrimas y de la penitencia, que asegura el triunfo de quienes saben rezar y sufrir; la estola, símbolo de la inmortalidad, porque quienes combaten por Dios, tras los sufrimientos, quedarán llenos de alegría; la casulla o yugo del Señor, yugo suave y tanto más ligero cuanto más a gusto se lleva; yugo honorable que atrae hacia nosotros la abundancia de la gracia, es decir, de una ayuda sobrenatural que produce héroes y vencedores.

La Iglesia, ya veis, está bien armada, nadie puede quitarle sus armas. ¡Matan, asesinan a sus hijos... le quedan muchos más! Pero mirad a lo alto, ¿no veis alrededor del trono del Cordero, a esos héroes cubiertos de heridas gloriosas? ¡Oh, helos ahí, vivos con una vida que ya no pueden perder y revestidos con un poder protector contra el que no prevalecerán jamás los impíos, ni los apóstatas, ni los hipócritas, ni los asesinos!..."

No estaba yo presente; cito las palabras del orador tal como las he recibido.

Lamennais, Ventura, d'Alzon

He aquí a un grupo de tres hombres notables, que en nada se parecen; sus caracteres difieren y su género de vida está lejos de haber sido el mismo. Sin embargo, se han encontrado, se han relacionado frecuente e íntimamente; se han estimado y querido mutuamente, aunque han debido separarse en varios puntos de opinión y de conducta.

D'Alzon es quien ocupa mi pensamiento, él es quien ha de ser puesto a plena luz para hacer resaltar la hermosura de su fisonomía. Por eso pongo junto a él a Lamennais y a Ventura, como en un cuadro el artista dispone alrededor del tema principal aquellos objetos que contribuyen a ponerle de vivo relieve. Los nombres de estos tres personajes son colocados en orden cronológico, según la fecha de su muerte: 1954, 1861, 1880.

El primero, tras haber proyectado sobre el mundo ese brillo que León XII llamaba "la luz del último Padre de la Iglesia", llevado de un orgullo indomable, se precipitó de caída en caída y vio cómo los fulgores de su gloria se apagaban en las tinieblas de una obstinada rebelión.

El segundo, cegado un instante por su popularidad, tuvo el desacierto de oponerse abiertamente a la política de su rey, Pío IX. Hubo de abandonar Roma y salir incluso de los Estados Pontificios. Sin embargo, el ilustre teatino no erró nunca en la fe. Si, llevado por el ardor de su sangre siciliana, osó criticar el gobierno de su príncipe, siempre siguió fiel al Soberano Pontífice, jefe de la Iglesia. Su muerte, en Versalles, fue la de un buen sacerdote. En el postrer momento, se incorporó para abrazar al obispo, de pie al lado de su cama, diciendo:

- ¡Monseñor, en usted abrazo a la Iglesia!

El tercero de estos hombres, nuestro venerado Padre, inmovible en su fe, seguro en su doctrina, firme en su entrega, no vaciló nunca ni un solo instante en servir al Soberano Pontífice en todo, sin preguntarse hasta dónde podía ir su celo.

Su obediencia era la del niño que nunca pone en tela de juicio las órdenes de la autoridad y no busca interpretarlas a su antojo. Por el contrario, incluso en cosas que no atañen directamente a la fe, el Padre d'Alzon se aplicó con constancia a captar las intenciones del Papa y a assimilarlas para hacer de ellas su propia regla de conducta.

¿Acaso no son admirables las palabras que pronunció cuando, tras poner de lado sus opiniones, su manera de ver y sus ideas independientes, firmó, de rodillas, una declaración que deseaba el Papa?

- No he dudado, dijo, he obedecido. Un Superior de Congregación no tiene otro papel cuando el Papa ha hablado. ¿Qué es un coronel que discute en el campo de batalla? Es un rebelde que merece ser fusilado.

Se trataba, es bien sabido, de un acto mediante el cual las Congregaciones religiosas se sometían a la autorización oficial del Gobierno.

En 1849 el Padre Ventura se retiró a Francia para establecerse en Montpellier. Pasó por Nimes y se alojó en el colegio de la Asunción. No encontró allí al Padre d'Alzon, que se había retirado al castillo de Lavagnac para no tener que recibir personalmente a un sacerdote que había apenado el corazón de Pío IX. Pero antes de alejarse dio órdenes precisas para que el Padre Ventura recibiera una hospitalidad perfecta.

El religioso desterrado habitaba en Montpellier, cerca de la iglesia de Santa Eulalia. Vivía allí, solo, en un modesto apartamento, con un Hermano lego que le servía. Durante las vacaciones veía yo a menudo al Padre Ventura a quien el Padre d'Alzon había tenido a bien presentarme por carta. Hablábamos a menudo de Roma, y así es como supe muchos detalles interesantes de la permanencia allí de nuestro Padre.

El Padre Ventura hablaba de él con ternura; profesaba la mayor admiración por la nobleza de su carácter. Me decía:

"La conducta del abate d'Alzon en Roma le había granjeado la estima de todos, en todos los estratos de la sociedad. Me gustó desde nuestro primer encuentro. Era el preferido del cardenal Micara, del doctor Wiseman y del Padre Marchi. Sé que el Papa Gregorio XVI le había distinguido y tenía de él una idea muy alta.

Su brillante inteligencia, su porte aristocrático, su franqueza, la distinción de su persona, de un exterior tan digno y tan simpático, habían causado la más feliz impresión en la sociedad romana. Sólo hubiera dependido de él entrar en la prelatura; pero era modesto, y sus costumbres eran las de un religioso.

Se sabía que Lamennais le había amado como a un hijo. Por eso le hicieron firmar, antes de su ordenación, una declaración en la que condenaba los errores de su antiguo maestro...".

Estas últimas palabras están confirmadas en una carta del abate d'Alzon a su amigo y director, el abate Vernières. Yo tenía esa carta, la envié con otras a Monseñor Besson, obispo de Nimes. Estos documentos parecen perdidos. Felizmente tomé la precaución de guardar copias y he aquí lo que el Padre escribía por la época de su ordenación, en diciembre de 1834: "Es probable que me vayan a pedir, de parte del Papa, un acta de sumisión a los diversos decretos que condenan a Lamennais. Esté seguro de que no vacilaré ni un minuto en firmar...".

Ya que estoy hablando de Lamennais, añado algunas reflexiones del Padre Ventura con ocasión de un paseo por el bosque de la Valette, en los alrededores de Montpellier: "Algunos miembros del Sacro Colegio, dijo, fueron demasiado severos al principio del asunto Lamennais. Lo sé bien; expresé abiertamente mi pensamiento a ciertos prelados, que tenían demasiada prisa en terminar con el asunto. Ya en tiempos de León XII, había entre los cardenales y el alto clero quienes criticaban al Papa, por entonces admirador del ilustre sacerdote. Es sabido que León XII había decidido elevar a Lamennais a la púrpura sagrada; le tenía reservado *in petto*...". El cardenal Wiseman en su libro titulado *Los cuatro últimos Papas*, declara también que León XII había guardado a Lamennais *in petto* y no al historiador Lingard, como muchos, sobre todo los ingleses, pensaban. El Padre Ventura me contaba además: "León XII decía a propósito de Lamennais que hay dos maneras de tomar a los hombres y de conducirlos: con una mano encerrada en un corazón, o con un corazón escondido en una mano. Es decir: con suavidad dejando sentir la fuerza, o con energía dejando adivinar la bondad...". El Padre d'Alzon comprendía muy bien esta manera de conducir a los hombres. Todos sus antiguos discípulos pueden atestiguarlo.

Los primeros asuncionistas en el juego de petanca

La petanca es un juego muy popular en el Sur de Francia; lo es sobre todo en Nimes. Quien quiera hacer un estudio de las costumbres y conocer el espíritu del pueblo nimeño, sólo tiene que dirigirse al "viaducto" y observar a los jugadores y a la galería de los espectadores.

El juego interesa naturalmente a los jugadores, pero apasiona también a los espectadores que forman una galería en dos filas. Éstos conocen el nombre de cada jugador y su habilidad como *tirador* o como *apuntador*. En los casos dudosos es la galería quien decide en un arbitraje sin apelación. Un golpe bien dado, una bola bien *apuntada* provocan

aplausos; pero los torpes, sobre todo cuando son novatos, recién venidos, provocan burlas, ocurrencias mordaces, como sólo saben dispararlas las lenguas de los meridionales.

La galería es soberana; se permite ser ruidosa cuando le parece; a veces se vuelve insolente, suscita reyertas, provoca un intercambio de puñetazos; luego se vuelve otra vez sensata, tranquila, se restablece la paz y el juego retoma su alegre desarrollo.

Es muy curioso ver, cuando la bola de un buen apuntador es lanzada, cómo los espectadores la siguen con la mirada, en silencio, el corazón palpitante, imitando con los movimientos del cuerpo, los de la bola que rueda, se desvía a izquierda, a derecha, y finalmente llega a su meta. Cuando se detiene, todos los cuerpos se enderezan y entonces las lenguas se ponen en movimiento para vociferar aprobaciones si el éxito ha sido pleno o burlas si el golpe ha fallado.

La Asunción es de origen nimeño; la Asunción tenía, pues, su cancha de petanca. Antaño, cuando los religiosos eran poco numerosos, se celebraban partidas de petanca en el espacio cerrado donde hoy se encuentra la piscina, del otro lado del viaducto.

Después del almuerzo, al salir del *Miserere*, el Padre d'Alzon, seguido de su pequeña banda, se dirigía al campo de combate. Caminaban rápido, como Asuncionistas, se apoderaban de las bolas y el juego comenzaba.

No nombraré a todos los presentes; los hay que tras haber triunfado en la petanca han desfallecido en las cosas más serias de la vida religiosa, han *apuntado* mal y han terminado rodando fuera de la arena. La galería les ha perdido de vista.

El Padre d'Alzon era *tirador*, pero tirador capaz de partir en dos la bola sobre la que caía la suya. Tenía una ventaja, según los expertos: era zurdo para jugar.

El Padre Hippolyte era un terrible tirador. ¿Quién no lo hubiera adivinado? ¿Podía ser de otro modo?

Víctor Cardenne, con sus ojillos de garduña de un azul intenso, cuyo ángulo visual parecía estar dirigido por una nariz semejante a la proa de un navío, era el primer *apuntador*. Quien iba con él estaba seguro de ganar. Pero sólo estuvo al principio del torneo: la enfermedad y luego la muerte temprana se lo arrebataron a sus hermanos.

El Padre Tissot apuntaba. Se había formado un sistema propio (era lyonés y no nimeño); apuntaba científicamente, según ciertas reglas que había meditado, por eso fallaba siempre.

El Padre Brun era un valiente; cuando levantaba la bola en el aire antes de apuntar, hubierais dicho que estaba seguro de lo que hacía. Así lo creía él también, y en tal medida que cuando fallaba, según su invariable costumbre, no podía comprender por qué. O bien había llovido, o el suelo estaba demasiado seco, o la cancha se había estropeado desde la última vez; pero nunca era por culpa propia. Era un apuntador de esperanza y de porvenir, ya que varios de sus antiguos alumnistas me han asegurado que llegó a ser muy buen jugador.

Danza, esgrima, borrachera

¡Vaya un título tratándose del Padre d'Alzon! ¿Qué querrá decir? Os lo diré, queridos lectores, si os avenís a seguirme paso a paso, sin adelantar juicios.

En heráldica, cuando un blasón está formado en contra de las reglas, poniendo por ejemplo, metal sobre metal, o esmalte sobre esmalte, hay que *investigar* la razón histórica de tal desviación de las leyes. Por eso se llama a tales escudos: *armas de inquirir*. ¡Pues bien! el título que lleva esta *Anécdota* es *un título a inquirir*. He aquí la explicación:

El hijo del vizconde d'Alzon, heredero de un nombre ilustre y de una considerable fortuna, debía -se comprende- recibir una educación lo más completa posible, para brillar en la alta sociedad. Se le procuró, mientras seguía el curso de sus estudios, los maestros más nombrados para la enseñanza de las artes de sociedad compatibles con sus gustos y sus aptitudes.

El Padre me contaba un día, en un momento de confidencias, cómo en París, mientras estudiaba derecho: 1º había recibido lecciones de baile; 2º había aprendido esgrima; 3º se había emborrachado una vez en compañía de los señores de Tessan y de la Bouillerie.

Para satisfacción de impacientes lectores, y para mejor comprensión del título, voy a tomar las cosas al revés y comenzar por el final.

Se trata de artes de sociedad; pero la borrachera no es precisamente un arte de sociedad. Si, pues, hablo de ello en esta *Anécdota*, es porque me resultaría engorroso contarlos en otro lado.

Repito, pues, la palabra: borracho. Y eso, con dos amigos de los que uno llegó a ser canónigo y Vicario general y el otro obispo de Carcasona en primer lugar y luego arzobispo y coadjutor de Burdeos. Se emborracharon pues..., pero con un garrafón de agua helada. He aquí cómo:

Los tres jóvenes estudiantes habían realizado una salida a pie hasta Versalles, un día de verano. De vuelta, fatigados, chorreando de sudor y devorados por la sed, se detuvieron a la puerta de un café de los bulevares. Cometieron la imprudencia de hacerse servir tres helados de vainilla y una jarra de agua "frapéé". Como insensatos sin experiencia, se precipitaron sobre la jarra y se bebieron sendos vasos grandes de agua helada. El efecto fue fulminante; sorprendidos por el hielo cayeron en un estado de auténtica ebriedad, no pudiendo aguantarse ni en pie ni sentados y divagando a cual más. Rápidamente llamaron a un médico. Vino, vio la jarra vacía y adivinó sin dificultad la causa del incidente. Con los cuidados adecuados hizo volver en sí a los jóvenes.

- ¿Querrás creer, decía el Padre contando la aventura, que vueltos a nuestros cabales lo primero que buscaron nuestros ojos y nuestra lengua... fueron los helados de vainilla? El prudente doctor los había hecho retirar. En su lugar nos hizo servir un vasito de *fino champagne* y nos llevó él mismo a nuestros respectivos domicilios.

Nada hay en este accidente sorpresivo que pudiera escandalizar ni a un novicio. Sí contiene una buena lección que hay que aprovechar y que recordaré al terminar el relato.

La enseñanza de la esgrima tenía como finalidad, no la de aprender a batirse sino, como la gimnasia, desarrollar los músculos dándoles vigor y elasticidad.

La danza debía dar al joven Manuel gracia en el porte, elasticidad en el ademán, dignidad y soltura en todos sus movimientos. Durante los primeros ejercicios el maestro hacía calzar a sus alumnos unos zapatos cuyas suelas eran de plomo. Así, según él, cuando tras los ejercicios iniciales uno se ponía los zapatos ligeros de baile, tenía la sensación de saltar como una pelota de goma.

La danza no tuvo mayor influencia sobre el joven Manuel; él hubiera preferido los ejercicios del soldado bajo la guía de un viejo sargento. Su porte, su ademán, su manera de caminar tenían algo de original, exclusivo de él. Sin embargo, algo debió aprovechar las lecciones recibidas, pues le encontramos un día en el castillo de Lavagnac abriendo un inocente baile con los empleados. Escribía así a un amigo: "Puedes estar seguro que el más hermoso baile de la Ópera o de alguna otra parte no se puede comparar con el que ha tenido lugar aquí esta tarde, lunes de carnaval, en el comedor del personal de servicio. Como músicos, sólo teníamos a un montañés con su flautín, pero teníamos nuestras piernas para bailar y las hemos empleado del mejor modo".

En cuanto a la esgrima, el manejo de las armas concordaba muy bien con su temperamento combativo; y el día en que por última vez colgó de un gancho en la sala de ejercicios florete, guantes, peto y máscara, su valiente mano asió otra espada que ya nunca abandonó. Ha sido toda su vida un hombre de armas, guerrero intrépido, batallador sin tregua ni reposo para extender el Reino de Jesucristo.

Cuando los obispos mueren, se coloca sobre el catafalco, junto a su cuerpo, el báculo pastoral. Me hubiera gustado ver al Padre, después de su muerte, con la mano izquierda apretando el crucifijo contra su corazón y con la derecha puesta sobre la empuñadura de una espada desnuda. Después de los funerales, hubiera puesto esta espada en manos de su sucesor, como el símbolo más expresivo de su investidura.

La espada de la Asunción, manejada unas veces por la mano del General y otras por la de un monje, no cesa de lanzar destellos. No tiene vaina; no la necesita, porque está sin cesar en combate contra los enemigos de Dios, de la Iglesia y de la patria. No es una daga pequeñita de fina hoja parecida al aguijón de una avispa, sino la grande y pesada espada que se maneja a dos manos, de doble filo, la de los antiguos cruzados. Arma noble y poderosa, cuya empuñadura está formada por una cruz y cuyo acero atraviesa *ad divisionem animae et spiritus (hasta la coyuntura entre el alma y el espíritu)*. Tizona terrible que los bravos hijos de d'Alzon manejan tan bien al grito de guerra temido por el infierno: ¡*Adveniat Regnum Tuum!*

Conclusión de cuanto precede:

1º Evitar beber agua fría, demasiado helada, cuando se está bañado en sudor. Saber esperar, con espíritu de mortificación, el momento de desalterarse sin ansia y sin peligro. En la paciencia se preserva el alma y la salud.

2º Si no se han recibido lecciones de baile, resignarse a renunciar a ellas, sabiendo que quien se estudia y se vigila logra darse una compostura digna e incluso distinguida, sin afectación. Las Órdenes religiosas tienen para eso normas que valen más que las lecciones de baile y más que la disciplina militar. Se las llama reglas de modestia.

3º ¡Imitemos a nuestro Padre en la bravura y la audacia; demos a nuestras almas el temple de su espíritu caballeresco; seamos, como él, sin miedo y sin reproche, y seremos estimados dignos de combatir los combates del Señor!

El confesor

Monseñor de Cabrières ha hablado así del Padre d'Alzon como confesor:

"El Padre d'Alzon ganaba nuestro corazón y nos llevaba a reformarnos y a gobernarnos a nosotros mismos, mediante su acción paternal, al mismo tiempo dulce y firme, vigorosa y suave, tierna y sin blanduras". ¡Felices confesiones las de aquellos años ya lejanos!, ¿las habremos olvidado? Nada de palabras inútiles, nada de largas explicaciones, una palabra corta y penetrante, que estimulaba el arrepentimiento, se adelantaba al desaliento, elevaba la conciencia y le devolvía la serenidad...".

En el colegio de la Asunción casi todos los alumnos se confesaban con él. Había varios sacerdotes y por lo tanto amplia posibilidad de elección, con la más absoluta libertad de dirigirse a quien se quisiera. Pese a todo, al Padre d'Alzon es a quien la mayoría de los alumnos, sobre todo los mayores, se dirigían para confesarse.

No sólo ejercía este ministerio en el colegio. Tenía un confesonario en la catedral y era confesor de varias comunidades. Y jamás hubo confesor más puntual para estar en su santo tribunal, ni más paciente para permanecer en él y escuchar a quien quisiera hablarle.

Dirigía así las conciencias de una gran variedad de personas, desde los pecadores de largos años, hasta las almas privilegiadas ascendidas a grados diversos de vida perfecta.

En todos los casos el Padre era un director perfecto. Era maestro experimentado en la ciencia de los santos y las vías de perfección le eran familiares.

Además del estudio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, se había alimentado con la doctrina de los grandes místicos. San Juan de la Cruz, santa Teresa, san Francisco de Sales eran sus autores predilectos.

Confesaba a los alumnos preferentemente los sábados, durante el estudio de la tarde, después del canto de las Letanías de la Santísima Virgen y tras la instrucción que tenía costumbre de impartir.

Había instalado su confesonario en la tribuna del órgano, en la capilla nueva, es decir, revestido de una sobrepelliz de grandes mangas, sentado en una silla, en un rincón, nos escuchaba arrodillados a su lado, tras envolvernos en los pliegues de aquella manga.

Su moraleja corta, precisa, iba directamente al grano. Imposible olvidar lo que había dicho; era como una sentencia lacónica, pero clara y completa, que se grababa en el espíritu y se tornaba una norma de conducta.

Muchos jóvenes le escribían, en vacaciones, para que les dirigiera en sus problemas de conciencia. Respondía sin tardar, mediante notas encantadoras, que releíamos a menudo y guardábamos religiosamente.

Aquellas notas eran pequeñas obras maestras de ciencia espiritual. Contenían citas de la Escritura, de los Padres, de los escritos de los santos, lo que prueba la amplitud considerable de la ciencia de nuestro Padre, porque las notas que nos enviaba salían de su pluma de una vez, no las trabajaba como un sermón de estilo.

Tenía, pues, en su mente, dispuestos para el uso en cuanto los necesitaba, numerosos pasajes de los Padres y de los místicos.

Se ha dicho mucho, en memorables discursos, del Padre d'Alzon como confesor y director, pero nunca se han dado detalles de su ministerio entre sus alumnos; eso justifica la publicación de estas notas.

El predicador

El título de esta *Anécdota* no indica la pretensión de trazar un retrato acabado del Padre d'Alzon como predicador. Lo que el autor pretende presentar aquí es un simple florilegio de reminiscencias y de apreciaciones personales.

Para entrar en materia, permítasenos citar algunos extractos de obras de jueces competentes que han estudiado al Padre d'Alzon como orador, haciendo resaltar lo que le caracterizaba tanto en cuanto al fondo como a la forma.

Monseñor Besson ha dicho: "La palabra del Padre d'Alzon revestía, de acuerdo con el tema, los colores más vivos. En sus sermones y discursos era sucesivamente firme y preciso, rico y abundante, osado y prudente, mezclando los sentimientos más nobles con las consideraciones más elevadas, era desigual y a veces demasiado familiar, pero siempre capaz de remontar el vuelo de un solo golpe y arrebatar a sus oyentes hasta lo más sublime...".

Monseñor de Cabrières habla en estos términos de los discursos dirigidos a sus alumnos del colegio de la Asunción: "Cuando llegaban las instrucciones de los sábados por la tarde o bien los momentos del orden del día en la sala de ejercicios, los domingos por la mañana, ¡qué interés excitante en sus discursos siempre improvisados, cuya gama subía o bajaba, desde los acentos más sublimes de la elocuencia hasta las osadías más familiares! Sacaba de ellas las enseñanzas más luminosas y eran como el choque inevitable de una chispa eléctrica que encendía nuestras voluntades".

Escuchemos al canónigo Ferry: "En las alocuciones semanales del sábado, abordaba con mayor espontaneidad las cuestiones que atañían a la situación moral de la casa. Las salpicaba de rasgos vivos y picantes que penetraban

profundamente en el alma de sus oyentes. A estos servicios regulares añadía a veces, según las circunstancias, instrucciones seguidas sobre temas que le parecían oportunos de tratar. Así es como nos hizo durante varias semanas, una serie de comentarios sobre las epístolas de san Pablo..."

Al final de un retiro pastoral, el cardenal Pie decía a sus sacerdotes, hablando del predicador, el Padre d'Alzon: "Hasta aquí había oído la elocuencia caballeresca del gentilhomme, la elocuencia ardiente del tribuno, la elocuencia llena de unción del orador sagrado, la elocuencia sobria del apóstol, la elocuencia magistral del obispo; en estos días las he escuchado todas a la vez y han brillado una tras otra y a porfía en la palabra de quien os ha predicado y que las reúne todas".

He aquí algunos trazos de la ágil pluma del Padre Edmond, agrupados en ramillete: "El Padre d'Alzon, hombre de acción, tenía el genio latino, firme y vigoroso... Su estilo era como él mismo: firme, enérgico, impetuoso, a veces familiar, y a menudo sublime... Mientras Lacordaire "exponía la religión en sus relaciones con la necesidad de los hombres y de las sociedades, dibujándola por decirlo así desde el exterior y mediante sus aristas externas" (De Broglie, *Elogio de Lacordaire*), el Padre d'Alzon por el contrario, entraba de lleno en el dominio de la fe, abordaba el dogma de frente y mostraba a su auditorio, unas veces las oscuridades adorables y otras los esplendores íntimos del misterio".

El Padre d'Alzon tenía ideas elevadas y justas sobre el ministerio de la predicación. Él mismo escribe en su *Reglamento de vida*:

"Apóstol, debo dar a conocer la verdad, debo estudiarla... Apóstol, amaré la verdad, cuyo principio es Jesucristo, Palabra eterna de Dios, Dios mismo... Apóstol, recordaré siempre el respeto que debo tener a la Palabra de Dios...

Predicaré a Jesucristo; pero ya que Jesucristo ha sido niño, hombre adulto, pobre, rey, pontífice, doctor, en una palabra ha pasado por todas las etapas de vida, al darle a conocer lo presentaré en la faceta que le permita ser aceptado más fácilmente. Esto implica para mí la obligación más absoluta de estudiarlo, tanto como sea capaz... El apóstol no es nada sino por quien le envía..."

El tema de estudio favorito del Padre d'Alzon, como base doctrinal de sus sermones, era, junto con la Sagrada Escritura, santo Tomás, san Agustín, san Juan Crisóstomo, Bossuet y la Historia de la Iglesia.

Mantén un hermoso ademán en el púlpito: noble, con gran naturalidad, y con gracia en sus movimientos. No podría compararlo mejor que con el célebre Mac-Carthy. Éste, ¡cosa curiosa!, debía su porte majestuoso, en el púlpito, a una ligera desviación de la espina dorsal, que le obligaba a mantenerse un poco echado hacia atrás y ladeado de manera perceptible, pero no sin gracia, hacia el lado izquierdo. Presentaba así un pecho bien abierto y una cabeza que dominaba con gallardía, sin rigidez. El Padre d'Alzon no tenía ningún defecto corporal: su talla, su porte señorial, su ancho pecho, su cabeza hermosa, en una palabra, el conjunto de su persona daba a su ademán un carácter de majestuosa dignidad.

El gesto era sobrio, amplio, expresivo, sin precipitación. Era natural; el Padre nunca fue amigo de las poses ni un actor dramático apuntando al efecto calculado. En sus grandes sermones, a medida que su pensamiento se elevaba a alturas sublimes, tenía un modo de abrir los brazos poco a poco, balanceándolos con gracia, como las alas de un ave que se levanta del suelo para volar hacia las regiones de la luz.

Algunas veces, cuando iba a lanzarse, llevado por el fuego de su alma, elevaba la mano a la altura de la boca y la ondulaba ligeramente como si planeara sobre el auditorio. Gradualmente, moviéndose como para seguir las ondulaciones de la frase, la mano se alejaba, el brazo se alargaba y le salía aquel magnífico gran gesto bastante fielmente reproducido en las estatuas que hay del Padre en Livry y en la Casa Madre de París.

Los gestos precedían frecuentemente al verbo. El pueblo de Nimes decía: "Cuando predica el Padre d'Alzon, su gesto te hace adivinar lo que va a decir".

Tenía costumbre de mirar hacia arriba, por encima de su audiencia, como si una mano misteriosa sostuviera abierto ante él el libro en el que iba leyendo los pensamientos que su elocuente boca desarrollaba. Sin embargo, cuando era conveniente, sus ojos se clavaban en sus oyentes. En cuanto aparecía en el púlpito, paseaba su mirada sobre la asamblea para darse cuenta cabal del modo como estaba compuesta. Aquella mirada era la del águila, veía el conjunto, pero las individualidades tampoco se le escapaban. Así se daba cuenta ante quienes iba a hablar, "con quienes iba a lidiar", de acuerdo con una de sus expresiones.

Fui testigo una vez de un espléndido movimiento oratorio en la catedral de Nimes. El Padre había predicado sobre la presencia de Dios. Tras hablar de la grandeza y el poder de Dios, con una elocuencia que había conmovido al auditorio, se detuvo de repente, luego incorporándose, con los brazos cruzados sobre el pecho, el ojo centelleante, en un ademán que le daba cierto aire sobrehumano, se dirigió al incrédulo... "¿Y tú, hombre sin fe, hijo de un día, átomo

inteligente, osas desafiar la majestad de este Dios que puede, con un soplo, reducirte a ceniza? ¿Qué eres tú, canijo pigmeo, al lado de una tal inmensidad? Y sin embargo, Dios es tan grande, tan poderoso, que respeta tu vida en su gran misericordia, cuando su justicia hubiera debido partirte por medio, para darte el tiempo de abrir tus ojos a esta luz que te inunda...".

La voz del Padre, sin ser armoniosa y justa en sus tonos, se tornaba vibrante con la animación del discurso. Su dicción era pura, las palabras descendían claras hacia al auditorio. Se hacía escuchar, se le seguía sin esfuerzo. Aunque no tenía un buen oído, sé por él que, desde el exordio, encontraba el punto hacia el que debía orientar su voz en una iglesia en que no tuviera costumbre de predicar.

He ahí una cosa en la que muchos predicadores debieran ejercitarse; es cosa importante tanto para el predicador como para la audiencia.

La manera de hablar del Padre d'Alzon distaba de ser monótona. Desde el comienzo se ponía en sintonía con sus oyentes. No sólo predicaba *delante* de ellos, sino que se dirigía *a ellos*. Entraba pronto en materia; la corriente pasaba rápidamente de su alma a las de quienes le escuchaban.

El pueblo decía en su lenguaje pintoresco: "Diríais que el señor d'Alzon, cuando predica, tiene el ovillo, mientras cada uno de nosotros tiene una bobina". Nadie, en efecto, perdía el hilo de su discurso, y cautivado, interesado, parecía enrollar el hilo de oro y de seda alrededor de su corazón.

Se elevaba a lo sublime. Descendía con gracia hasta el tono de la conversación. Después de las elevadas consideraciones generales, que su asombrosa capacidad de síntesis hacía admirables, sabía entrar en detalles, siempre interesantes, llenos de enseñanzas prácticas.

Tenía arranques soberbios, cuando al hilo del discurso se elevaba mediante una brillante prosopopeya y se colocaba frente a la divina faz del Redentor, de la dulce figura de la Santísima Virgen, o bien ante la majestad de la santa Iglesia Católica. Es sabido que el amor a la Iglesia era su pasión dominante.

En tales momentos es cuando todo su ser parecía transfigurarse; los tonos de su voz, el ademán de su persona, que parecía crecer un palmo, el fuego de sus ojos, la perceptible agitación de su pecho, como si el corazón quisiera escapársele, todo daba la impresión que, llevado de su amor y su fe, estuviera enteramente arrebatado en éxtasis.

Ya no sé qué poeta había enviado a un periódico del Mediodía algunos versos llenos de entusiasmo por el Padre d'Alzon. Se podían leer allí estas palabras:

“Y a veces tememos que tu fuerte pecho
se rompa bajo el efecto del manantial divino
impaciente por brotar”.

Tras tales sermones, el Padre bajaba del púlpito exhausto, con el cuerpo roto. Le echaban un manto sobre los hombros y, si estaba en Nîmes, se daba prisa en volver a su habitación, donde se tendía en la cama para un descanso de varias horas.

Durante sus conferencias de Cuaresma o de Adviento, invitaba a los hombres a plantearle, por escrito, preguntas u objeciones; respondía a unas y refutaba las otras desde el púlpito, antes del sermón del día siguiente o de los días sucesivos.

¿Puedo comunicar una observación que he tenido a menudo ocasión de hacer? He constatado que casi todos los alumnos del Padre d'Alzon que han llegado a ser sacerdotes, tienen algo que recuerda a su maestro en la manera de predicar, tanto en cuanto al fondo como a la forma. Es normal; ¿cómo iba a ser de otro modo, cuando se sabe la influencia de este Padre, a quien sus hijos admiraban como a un modelo de perfección? Su prestigio era irresistible. Quisiera citar, entre tantos otros, dos nombres: el del señor obispo de Montpellier y el del Padre Emmanuel Bailly. Sus ademanes en el púlpito, sus gestos, su manera de manejar la voz, su forma original de enfocar un tema y de presentarlo, un montón de rasgos, en fin, me hacen encontrar en estos dos oradores las grandes líneas de la fisonomía del Padre. Su alta talla, su ancho pecho, es cierto, eran cosas que no se pueden comunicar y es imposible apropiárselas.

El Padre d'Alzon quería ante todo que el predicador fuera un hombre de gran fe; es precisamente lo que él era. A propósito de esto, me contaba un rasgo que cae bien aquí: "El célebre actor inglés Kemble, me decía, fue preguntado un día por un obispo anglicano en estos términos:

- ¿Cómo es, señor Kemble, que usted, un actor que sólo representa la ficción, atraiga tanto? ¿De dónde viene que sus inmensos auditorios, que saben que sus representaciones son de ficción, se vean impresionados a menudo hasta las

lágrimas, mientras que nosotros, predicadores de la verdad, producimos tan escaso efecto ante Congregaciones que tanto nos cuesta juntar?

- Milord, respondió el actor, nosotros, los comediantes, representamos la ficción como si fuese la verdad; y ustedes, predicadores, muy a menudo predicáis la verdad sin alma y sin fe, como si sólo fuera ficción".

El Padre había recibido esta historia de Donalson, dramaturgo, discípulo de Kemble. Como no se encuentra en la vida de Kemble, la tengo por inédita y creo hacer bien trayéndola aquí. Kemble y Donalson eran católicos.

La letra del Padre

No tomo una sola vez la pluma sin experimentar cierto remordimiento. Me siento muy osado al atreverme a evocar recuerdos que me atañen tan de cerca y que a mi parecer no pueden interesar a nadie.

Un pensamiento me da ánimos: Recojo *nova et vetera* a granel; o mejor aún: tomo una cesta y voy metiendo en ella lo que recojo, a derecha e izquierda, en el jardín de mis recuerdos. Una vez llena la cesta, la paso tal cual, dejando a otros el cuidado de formar un ramillete tras haber echado a la basura las hierbas salvajes, las flores mustias, los tallos espinosos.

Dicho esto, voy a hablar de la letra del Padre. ¿Por qué? Por el gusto de garrapatear una nueva *Anécdota*, llevado por el humor del movimiento.

La escritura del Padre es muy conocida. No es siempre fácil de leer; las letras están mal formadas; las líneas tienen, entre ellas, un espaciado bastante regular, pero aspiran a subir. No sólo aspiran, sino que llevan una marcha ascendente y rápida, de izquierda a derecha. Es la carrera de un caballo fogoso, devorando el camino escarpado, agujoneados los hijares por la espuela de un jinete audaz.

La firma del Padre, aquel querido "E.d'Alzon", se parecía bastante, sobre todo en sus últimos años, a una oruga anillada, terminada en una cola larga y descendente. Sin embargo, digamos lo que digamos, esta escritura tiene su carácter: no carece de elegancia y distinción; tiene cierta desenvoltura, es viva, clara, regular dentro de su irregularidad. Está trazada por una mano rápida, ligera; es aristocrática.

Encontrándome una vez en el British Museum, tenía sobre mi mesa dos manuscritos preciosos: el sermón para la profesión de La Vallière, de mano de Bossuet, y el ejemplar de la *Relation sur le quiétisme*, del obispo de Meaux, cuyos amplios márgenes están llenos de notas de la pluma de Fenelon. Además, tenía ante mis ojos un escrito del Padre d'Alzon que me había mandado el año mismo de su muerte. Como distracción, tras varias horas de trabajo, me puse a estudiar y a comparar las tres escrituras.

Bossuet se preocupa poco de la regularidad, de la distinción de las palabras entre ellas, incluso de la ortografía. Forma remolinos, es un huracán que se precipita; cuando ha tachado una palabra o una frase se diría que las ha surcado un rayo.

Fenelon pareciera que escribía con una pluma metálica muy fina. Su pequeña letra es clara, límpida, ligera, como si la mano de una gran dama hubiera trazado los caracteres. Para tachar sólo pasa un trazo muy ligero. La regularidad, la ecuanimidad -si puedo decir así de esta escritura- es notable. En efecto, el gran arzobispo, que se deja arrastrar a veces en sus notas, que son la primera expresión de su pensamiento, a movimientos de elocuente indignación contra Bossuet, parece siempre dueño de sí mismo; su escritura es entonces tan serena como cuando dice cosas indiferentes.

La escritura del Padre d'Alzon es una mezcla de ambas: posee la energía, la impaciencia, ciertas negligencias de Bossuet; pero también encontramos en ella el talante aristocrático, la regularidad y, si no la calma de Fenelon, al menos la prueba de que dominaba a su corcel.

La grafología es una ciencia -si lo es en realidad- muy caprichosa. No me cuento entre sus adeptos y me guardaré de creer en mi habilidad tratando de explicar a fondo el carácter de una persona mediante su escritura. Por otra parte, conozco al Padre tan bien, que con toda probabilidad le haría decir a su escritura lo que en realidad saldría de mi memoria, de mi imaginación o de mi corazón. Prefiero sencillamente contar mis recuerdos y mis impresiones.

Un día, el Padre acababa de firmarme un *celebret*¹. Aquello no era una firma, era como un trozo de "*papillote*"², con las espirales deformadas, con dos rayas por encima, parecidas a esos trazos que en los grabados representan pájaros volando.

- Padre, le dije ¿quién va poder leer esto? ¿Qué quiere decir esto?

¹ Documento, emitido por la autoridad eclesiástica, con el que un sacerdote acredita que es tal y puede *celebrar* misa (nota del traductor).

² Trozo de papel rizado que sirve para envolver caramelos (nota del traductor).

- Esto quiere decir: Emmanuel d'Alzon.
 - ¿Y esos pajaritos o esos insectos volando?
 - Eso quiere decir: Vicario general. Así es como firmo siempre. Eres muy difícil de contentar.
 Luego, tomando la pluma para darle una mejor forma a sus letras, se echó a reír diciendo:
 - Has de saber que en París, durante bastante tiempo, recibí clases de caligrafía de un famoso profesor, a quince francos cada una.
 - ¿Y dio quince francos por cada una para llegar a este resultado?
 - Sí. Y no sé, amigo mío, cuánto has pagado tú por las lecciones de impertinencia que al parecer has recibido. Constató que las has aprovechado bastante bien. En cuanto a mí, para darte gusto, voy a retocar mi escritura. Mi ejemplo quizá te lleve a corregir tu lengua.
 La lección era buena, bien aplicada; siguió un buen rato de sincera hilaridad entre nosotros.
 El Padre tenía una réplica pronta, ingeniosa, el golpe acerado y casi siempre exacto. Lo experimenté personalmente a menudo, doy fe de ello.

La primera carta del Padre

Vivo con el pensamiento -quizá ilusorio- de que estas *Anécdotas* no salen del círculo familiar. Por eso lanzo mi pluma, la dejo ir, correr, a tontas y a locas, con tal de que trace aunque no sea más que una línea de aquella fisonomía amada. ¿Debo aventurarme a contar impresiones exclusivamente personales, recuerdos de infancia?

¡Oh! ¡cómo me acuerdo de la primera carta que me escribió el Padre! Era una sencilla hoja no sellada, dentro de una carta al señor Tissot. Era en 1845; el Padre había debido ir a los baños termales de Eaux-Bonnes por razones de salud. No hablaré del contenido de esa nota; era una auténtica letanía de mis defectos y todavía no me siento dispuesto a una confesión pública. Sospecho fuertemente que el señor Tissot la leyó, probablemente con permiso del Padre, pero sin el mío, que por cierto tampoco solicitó.

¡Esa primera carta! Todavía la tengo; o mejor dicho, tengo fragmentos. Cuando me llegó me puse loco de contento. La leía y la releía sin cesar; no me separaba de ella. Y sin embargo, les aseguro que no era nada halagadora; los cinco dedos de una mano bastarían ampliamente para contar las alabanzas que el Padre d'Alzon me haya dirigido en un período de treinta y seis años. Me quejaba de ello un día en plan jocosos, y coseché esta respuesta:

- ¡Oh! te conozco, ya te encargas tú de hacerlo.

Volvamos a la carta. En un principio la encuadré entre dos cristales; luego, como no podía llevar el cuadro en el bolsillo, la retiré para pegarla, doblada, en mi libro de oraciones. Poco satisfecho del arreglo, compré una billetera, una bolsita, para conservar mi tesoro. Finalmente, no sé cómo -quizá por exceso de mimos- terminé por extraviarla, por no saber ya dónde la había puesto. Así quedó enterrada por largos años durante los que mi correspondencia con el Padre fue frecuente.

Un día, urgando en un montón de papeles, reapareció, con gran alegría por mi parte. Era yo misionero en aquel entonces en el oeste de las Cornouailles inglesas. Me puse tan contento, que pese a mi aislamiento profundo, me reencontré con mi jovialidad de niño. Iba a pasearme a grandes zancadas a los acantilados que bordean el océano Atlántico; me reía de gusto, lloraba acordándome de los tiempos pasados y de la felicidad que mi maestro venerado había vertido en mi alma, cuando siendo niño la Providencia me había colocado bajo su cuidado. Aquí termino. El Padre C..., mi censor, tirará quizá esta *Anécdota* a la papelera. Si no lo hace, que me permita añadir una palabra. Me estoy dejando llevar a confianzas. Corro el riesgo de parecer ridículo. Me someto a todas las críticas si logro hacer comprender el encanto que el Padre d'Alzon ejercía sobre sus discípulos. Ese encanto no se ha roto; le tengo delante de mí mientras trazo con rapidez sus rasgos venerados, posa con afectuosa condescendencia.

Sólo escribo para hermanos. Dirán que tenía auténtico culto por el Padre. Sí, lo confieso, tenía ese culto por mi maestro en vida; se ha vuelto más acentuado desde que murió. ¿Quién se atreve a reprochármelo?

Extraña lógica característica

Un predicador de palabra fácil, estilo acicalado y gesto efectista, pero de fondo muy pobre y dialéctica muy floja, había predicado en Nimes un sermón de controversia. El Padre lo había escuchado; le pidieron su parecer. Respondió:

- Antaño en la feria de Gignac había un charlatán que vendía cierta pomada para curar no sé qué. Con grandes gritos y muchas gesticulaciones alababa su mercancía. "Todo el mundo debe tener en casa un pomo de esto, gritaba,

porque, o mi pomada es buena o no es buena. Si es buena, hay que llevarla; y si no es buena...¡pero es buena, es buena!". Ese es el estilo del predicador y su poderosa argumentación.

Escenario y bastidor

Se podría escribir un libro, picante, de gran interés, de éxito asegurado si fuera posible publicarlo, lo que parece difícil. El título de tal libro sería: *Las pequeñeces de los grandes hombres*, o bien *Los grandes hombres entre bastidores*.

¡Cuántos comediantes se agitan en la escena del mundo, admirados, aplaudidos, colmados de honores, abrumados de elogios pomposos, como si fueran actores geniales, mientras son en realidad bufones ridículos, despreciables peleles.

Los santos son por dentro lo que parecen por fuera. Mejor aún, cuanto más se los observa y más a fondo se los estudia, más se descubre en ellos incomparables riquezas.

Los santos poseen lo que se suele llamar virtudes macizas. Nada hay de falso en ellos; nada de apariencias. Libres de honores, de dignidades, de reputación, de poder, de todo, su vida resiste el análisis más minucioso, y la luz proyectada sobre sus palabras y sobre sus acciones hace resaltar la belleza y la grandeza que hay en ellos.

Así fue el Padre d'Alzon. Muchos son los que pueden atestiguarlo. Por mi parte, tras haberle conocido durante treintaiséis años, tras mil ocasiones para observarle de cerca, en su vida pública como en su vida privada, afirmo que no descubrí nunca en él nada de pequeño, de poco franco, de subrepticio o de falso en el más mínimo grado. Todo en él era de buena ley: sus virtudes eran sólidas, más grandes en realidad de lo que parecían en lo externo; en la escena o sorprendido entre bastidores, le encontrabas siempre auténtico gentilhomme, santo sacerdote y perfecto religioso.

"La venturosa silueta de su rico pensamiento" (Dicho del señor Germer-Durand)

El Padre Edmond, excelente juez donde los haya, ha escrito sobre su Padre: "Su imaginación era rica sin ser exuberante, su sensibilidad exquisita y delicada...".

Recorriendo los escritos del Padre d'Alzon encontramos páginas llenas de poesía, de metáforas magníficas, de comparaciones exquisitas. He sentido un auténtico gozo al recoger estas flores dispersas para formar una deliciosa colección. ¿Qué pensar, por ejemplo, de esta bella comparación que abre las *Memoires d'un Ancien*? El espíritu de la Asunción ... "ha oscilado a veces; pero, como los abetos sacudidos por el vendaval, tras haber inclinado la cabeza en distintas direcciones, se dan prisa en fijar su cima apuntando hacia el cielo, así quisiera yo que nuestro viejo y tan buen espíritu de antaño, *tempora mea*, como diría Cicerón, tras los distintos avatares, volviera a su primitiva dirección...".

En 1846, el Padre predicó el mes de María en la iglesia de Santa Perpetua, en Nimes. Era por la tarde a las ocho. El predicador hablaba al pie del altar en la capilla de la Santísima Virgen. Los decorados eran magníficos: arbolitos verdes extendían graciosamente sus ramitas alrededor del altar; las flores desplegaban la opulencia de sus colores bajo la luz titilante de las numerosas velas; aromas variados que subían de sus cálices dilatados por el suave calor se mezclaban, se confundían, perfumando el aire con una suavidad celestial. Sobre este fondo gracioso destacaba la noble silueta del predicador.

Había tomado como tema de su predicación las letanías de la Santísima Virgen y cada tarde explicaba una de las advocaciones.

Nunca, creo, el Padre d'Alzon pareció más hermoso; nunca su estilo brilló tanto por su riqueza, esplendor y armonía. De principio a fin, una serie ininterrumpida de imágenes poéticas, de pensamientos valiosos, de aplicaciones delicadas; era, en una palabra, como una guirnalda artísticamente tejida, compuesta por flores elegidas, perfumada con los olores más suaves, que salía de los labios del orador y envolvía a los oyentes en sus volutas llenas de encanto.

Siempre recordaré su discurso sobre la *Rosa Mystica*. Mirad al Padre, con sólo treintaiséis años, en todo el esplendor de su hermosa persona y de su magnífico talento, con su gesto expresivo y su cara iluminada. Habla de la augusta Virgen y de la Rosa Mística. Se diría que tiene en su mano aquella flor que describe y analiza. Escuchadle:

"Así como la reina de las flores destaca por su esplendor sobre el fondo verde del arbusto que la sostiene, así la Reina Madre y Virgen brilla sobre cuanto la rodea, sobre los hombres y sobre los ángeles. De la rosa se extrae una esencia concentrada que supera al nardo más precioso; de la Virgen brota el perfume de las virtudes cuya suave pureza supera las perfecciones de los ángeles y de los santos.

¡Cuán bella, majestuosa y regia, sobre su tallo, la rosa que entreabre su corola! ¡Qué flor de santidad se puede comparar con la que es toda bella y sin defecto: *Tota pulchra es, et macula non est in te!* (*¡toda hermosa eres, en ti no hay tacha!*: Cantar de los Cantares 4, 7).

¿Y sabéis por qué la rosa ha recibido su dignidad, su esplendor, su perfume? ¿Por qué sus pétalos están dispuestos en círculo y parecen formar otros tantos espejitos reflectores que recogen los rayos de luz y de calor? ¿Por qué? Por el centro, a causa de ese cáliz misterioso que contiene la semilla y la fecundidad de la flor. *Et benedictus fructus ventris tui Jesus!* (*¡y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús!*).

Así, todo en María, la Inmaculada Concepción, la abundancia eminente de las gracias, la acumulación de todas las virtudes y perfecciones; la unión en ella de aquellas dos purezas que no pueden existir juntas en ningún otro lugar: virginidad y maternidad; todo en la Rosa Mística se concentra en aquel seno virginal que es el tabernáculo misterioso del Verbo encarnado..."

No sigo. He dicho suficiente para poner de relieve la rica imaginación del Padre. Sin embargo, no me privaré del gusto de añadir un rasgo:

Había yo pedido a un inglés distinguido, un protestante, que me diera su opinión sobre el talento oratorio del Padre d'Alzon, a quien había escuchado en Santo Tomás de Aquino, en París. Me respondió con una carta encantadora, llena de interesantes apreciaciones. Rescato esta frase, tan justa y tan linda, con el pesar de no poder conservar en la traducción el lacónico y enérgico lenguaje del original: *He had the actor's face with his power of illuminating the spoken word*: Tenía la figura de un gran actor, con el poder de iluminar la palabra que salía de sus labios".

El Padre d'Alzon en casa de la sabihonda

Nos paseábamos un día. ¿Dónde? Poco importaría que se sepa; pero lo prudente es ocultarlo, pese a que la heroína ya no es de este mundo.

Pasa un carruaje.

- Mira, dice el Padre, ahí va Monseñor Mermillod.

El prelado nos divisó, hizo detener el coche, abrió la portezuela y nos dijo:

- Estoy solo. Me vais a demostrar vuestra amistad subiendo y viniendo conmigo a donde voy. No es lejos, voy a devolver a la señora de N... la visita que tuvo a bien hacerme hace algunos días.

El Padre no parecía muy dispuesto a aceptar la propuesta, porque conocía a la dama, aunque nunca habían conversado. Sin embargo, para darle gusto a un obispo, amigo suyo, subió al carruaje y yo le seguí.

Llegados a la casa y avisada la señora, ésta descendió rápidamente hasta el pie de la escalinata, seguida de su marido, para recibir a Su Excelencia. Monseñor presentó al Padre:

- Me siento muy honrada, dijo la dama, de recibir en mi casa a un Vicario general tan distinguido.

El marido hizo eco repitiendo palabra por palabra el cumplido de su mujer. Sólo introdujo una modificación. En vez de decir "Nos sentimos muy honrados", dijo:

- La señora se siente muy honrada...

Sólo esto, decía el Padre d'Alzon, describía muy bien la situación. Llegado mi turno, fui introducido, pero no merecí más que una ligera inclinación de cabeza por parte de la señora y una mirada oblicua por parte del señor. Realmente yo era poca cosa ante sus ojos.

Todo ello al pie de la escalinata. Subimos hacia el salón. La señora y Monseñor van delante. El marido les sigue de cerca, para vigilar la cola del vestido de la dueña y soberana de la casa y para impedir, sin duda, que se la pisáramos. El Padre d'Alzon me miraba sin soltar palabra; aquella mirada me decía más que un discurso. Si no hubiéramos dejado de mirarnos, yo habría estallado; la risa me estaba ahogando. Pero henos ya en el salón. La señora ofrece un sillón a Monseñor, nos muestra un sofá al Padre d'Alzon y a mí, señala con el dedo una silla a su tímido marido; luego va a sentarse al lado de Su Excelencia. Se acomoda como una reina. Es una mujer alta, flaca, seca; su figura es alargada, sus ojos azules tirando a verdes. Sus cabellos, demasiado negros, están llenos de flores y de hojas: un auténtico vergel. Al sentarse ejecutó con destreza pero sin gracia una pirueta que hizo crujir la seda de su amplio vestido color tabaco, dándole el aspecto de un globo a medio inflar. Se cree majestuosa, sólo es ridícula. ¡Qué pena no poder decírselo!

Me hubiera gustado hacer el retrato del Padre d'Alzon. ¡Pensad en aquel auténtico gran señor, tan digno y tan distinguido, que nunca fue amigo de poses, sentado en aquel sofá y formando con aquella gran mujer un contraste tan llamativo!

Como estábamos bastante separados, él y yo conversábamos en voz baja, mientras que más allá, *ella* le contaba al prelado el éxito de su última obra, la impresión causada por su artículo más reciente y el efecto maravilloso de cierta pieza poética. Obra, artículo y poesía de las que nunca habíamos oído hablar. Captábamos la conversación sin tomar parte en ella; cada palabra se dirigía exclusivamente al obispo.

El Padre me dijo, inclinándose hacia mí:

- Querido amigo, hemos caído en una encerrona. Estamos perdidos; verás qué pronto nos lee alguna de sus producciones... ¿Cómo escapar?... ¡Estamos ante una cultalatiniparla! ¡Pon a su lado a nuestra pobre Marie Chauvelly, por ejemplo! La muchacha nunca ha escrito un verso y su prosa no es de las que corona la Academia; pero su alma está llena de poesía celestial; su lenguaje tiene una pureza, una fuerza de persuasión que una sabihonda nunca encontrará, a menos que deje de ser una sabihonda y vaya a la escuela de una Marie Chauvelly... Y mira a ese pobre hombrecillo de marido...

En este momento, Monseñor se levanta al fin para despedirse. Nos levantamos con prontitud; se vuelve a formar la procesión para descender en el orden que tomó para subir; intercambiamos, a la puerta, los cumplidos habituales de cortesía y saltamos rápido al carruaje que nos lleva a la residencia de Monseñor en el palacio episcopal del obispo que no nombraré, por supuesto. Camino de regreso ni una palabra sobre la visita; se habló de cualquier otra cosa. Monseñor Mermillod tenía un gusto demasiado delicado para no pensar como el Padre d'Alzon a propósito de la sesión a la que acabábamos de asistir.

¿Quién era Marie Chauvelly? Monseñor de Cabrières lo dijo en su discurso con motivo del cincuentenario de la Asunción: "Marie Chauvelly, encanecida en el amor a la religión, auténtica heroína de piedad cuyo nombre es digno de recuerdo junto al del Padre d'Alzon, a quien siempre rodeó con un respeto tan profundo y abnegado...". Todos los antiguos alumnos de la Asunción recuerdan a esta humilde muchacha, vestida de negro, caminando siempre con paso rápido, y con una gran cesta, colgada del brazo, llena de pan para los pobres y rosarios, libros, medallas, estampas que distribuía, a su costa, a los obreros en las obras, a los niños a la puerta de las escuelas, a cuantos el Padre d'Alzon le indicaba.

Cuando Marie Chauvelly murió, su modesta herencia pasó por voluntad propia a manos de Monseñor Plantier, obispo de Nimes. Aquel poco dinero sirvió para iniciar las obras de una nueva parroquia en Nimes, en el barrio populoso del *Chemin de Montpellier*. Es verdad decir que Marie Chauvelly ha sido la fundadora de la iglesia de San Francisco de Sales, cuyo primer párroco fue el abate Barnouin. ¡Distancia inconmensurable entre la sabihonda y Marie Chauvelly!, pese a que la sabihonda de que hemos hablado, mujer honrada y virtuosa, era en el fondo una buena cristiana; pero era, por desgracia, ¡una cultalatiniparla!

Sabios consejos de un Padre

Una espantosa tormenta acababa de desencadenarse sobre la cabeza de un joven sacerdote, antiguo alumno de la Asunción. Éste escribió al Padre d'Alzon una larga carta para rendirle cuenta exacta del asunto. Terminaba con estas palabras, escritas en el calor de la juventud:

"No se preocupe por mí, Padre. Ya había previsto lo que está pasando; estoy dispuesto a luchar y me siento fuerte para ello. No me arrepiento de lo que hice, porque creo servir a la causa de la Iglesia".

A vuelta de correo recibió la siguiente paternal reprimenda:

"¿Qué estás diciendo, amigo mío? ¿Que te sientes fuerte para luchar? ¿Cómo has podido escribir una frase semejante? El apasionamiento de la juventud puede excusarte hasta cierto punto; pero, te conjuro, no te hagas el valiente. Reza, humíllate, sé prudente, sobre todo cuando hablas o escribes. ¡Oh!, amigo mío, qué palabra más insensata: "¡Me siento fuerte!". ¿Y qué podemos sin la gracia de Dios? De ahí, y de ahí solamente, viene la fuerza. Al contar con nuestros pobres recursos, arruinamos las mejores causas. Si quieres tener la bendición de Dios en tus problemas presentes, te lo repito: humíllate, deja de lado cualquier sentimiento de amor propio, retírate a la soledad, lejos de tantos falsos amigos; trata en todo de cumplir la voluntad de Dios, pero no aspire a conseguir ningún triunfo. Hazte pequeño, huye de los aplausos y ponte sin reservas en las manos de Dios y de quienes él ha establecido para juzgar tu causa. No te apartes ni un instante del espíritu católico, que es el de la sumisión, del sacrificio y de la humildad. Dios sabrá compensarte por el olvido de ti mismo si se digna servirse de ti para algún fin bueno. Sabes muy bien cuán vivamente me intereso por cuanto te atañe, por lo tanto, te diré para terminar: No nos comprometamos.

Adiós, completamente tuyo en Nuestro Señor,

E. d'Alzon".

Recreos literarios

El Padre d'Alzon leía mucho. Nunca encontré a un hombre que leyera más rápidamente, con más atención y que retuviera mejor que él. A veces en la conversación citaba pasajes enteros de autores clásicos. Cuando daba cuenta de una obra que acababa de leer, su análisis era lo más completo posible. Tenía un talento único para captar las ideas clave del autor y exponerlas con claridad. Tenía una asombrosa capacidad de síntesis, pero su fuerte era el análisis. A menudo me causó la impresión del relojero que desmonta un reloj y coloca juntos resortes con resortes, tornillos con tornillos,

ruedas con ruedas. Luego, tras haber analizado cada pieza en detalle, explicado su uso, juzgado de su valor, recompone con orden el mecanismo que conoce a fondo. Así es como el Padre analizaba un libro.

Cuando estaba cansado, se distraía leyendo a los antiguos clásicos. Se ha dicho a menudo que poseía una hermosa colección elzeviriana¹ de estos autores célebres. De ello estaba orgulloso.

Sus autores preferidos eran: Cicerón, Salustio y Séneca el Viejo. De Cicerón leía sobre todo sus obras filosóficas.

A veces, si me encontraba por allí de vacaciones, me leía ciertos pasajes que le habían llamado la atención con explicaciones y comentarios.

- Admiro, me decía, la majestad del estilo de Cicerón, el laconismo y el nervio de Salustio, la claridad y la sencillez de Séneca. Me admiran los hermosos sentimientos que encuentro en sus escritos; pero ¡cómo palidece toda esta filosofía al lado de la revelación cristiana! Cuanto más leo a Séneca, más me convenzo de que debió conversar con cristianos. Durante su magistratura en Asia Menor, ¿no se habrá encontrado con san Pablo? ¿No habrá hablado con él? ¿Cómo explicar su manera de tomar, en sentido cristiano, palabras como *caro*, *spiritus*, *sanguis* y tantas otras? Mira, te voy a leer un pequeño tratado sobre el examen de conciencia escrito por Séneca. Vas a ver cómo nunca se acostaba sin haber examinado minuciosamente su jornada y sin haberse dado cuenta de sus pensamientos, de sus palabras, de sus acciones...

Después de los Latinos, el Padre admiraba a los Ingleses; no sólo a los teólogos como Newman, Manning, Faber y otros, sino también a los autores políticos, como lord Macaulay y a historiadores como Lingard. Dejaba de lado a los poetas, a quienes no comprendía lo bastante, decía él, para disfrutar de la belleza de sus pensamientos y del encanto de sus versos, aunque había retenido algunos pasajes de Shakespeare que expresan sentimientos más afines con el catolicismo.

Es muy cierta aquella palabra de Monseñor de Cabrières en un acto fúnebre por el Padre d'Alzon, que ya hemos citado en otro lugar: "Durante sus vidas nos codeamos con grandes hombres pero no los conocemos... No vimos más que la superficie de aquéllos de quienes fuimos incluso discípulos o compañeros" (discurso en el acto fúnebre por el Padre d'Alzon en 1895).

En efecto, desde que la muerte colocó por así decir al Padre d'Alzon a cierta distancia de nosotros, le contemplamos como un majestuoso monumento cuyas proporciones nos impresionan más que cuando estábamos cerca. Las líneas nos parecen más nítidas, más armoniosas; la grandeza de su carácter resalta en toda su belleza, y quedamos asombrados de haber sido los discípulos de un tal maestro, los compañeros de un hombre tan eminente y de tener derecho a llamarnos hijos de un tal Padre.

El ojo del piloto

Nos han hablado a menudo del poder de intuición y de la fuerza de penetración del Padre d'Alzon. Su mirada sondeaba el porvenir con tal seguridad que algunas de sus palabras escritas parecen profecías. ¿Sería temerario llamarlas profecías, ahora que los acontecimientos las han validado tan claramente? He aquí tres ejemplos escogidos, que es bueno recordar:

I.- En el Capítulo general de 1868 el Padre decía:

"El carácter distintivo de la Congregación puede también resultar de la participación que tenga en el movimiento social y en los acontecimientos políticos...

Se puede tomar parte en el movimiento social, sea como *iniciador* de un nuevo orden de cosas, o como *restaurador* de un pasado en ruinas, o como *defensor* de un presente que se ama con un amor exclusivo, o como *adorador* no menos parcial de no sé qué porvenir maravilloso que uno se complace en esperar o predecir...

...La restauración del pasado nunca es posible en todo aquello que lo constituía; hay ruinas que sin duda hay que lamentar y levantar; pero hay otras que lo mejor es dejarlas en el polvo...

En nuestros días, por ejemplo, el mundo camina entero hacia la democracia, y va hacia allá por la incredulidad. ¿No se podría participar en este movimiento como iniciador, en primer lugar vertiendo en los engranajes de la sociedad civil el espíritu católico que les va faltando cada vez más, en detrimento de la civilización? Y para conseguirlo con mayor seguridad, ¿no estaría permitido, aunque con todo respeto, decir adiós a ciertas instituciones antiguas, que no eran sino formales y cuya resurrección poco importa para los principios?

¿Habría peligro en perdonar al presente ciertos defectos secundarios que responden más a la necesidad del momento que a ideas anticristianas bien determinadas?..."

¹ Ver nota en pág. 80.

II.- En 1878, el Padre d'Alzon escribía a uno de sus antiguos alumnos:

"Estudio mucho a Rusia. Algo irresistible me impele a seguir de cerca los movimientos de este coloso que Dios parece empujar para llevarle allí donde no quiere ir. Cuando la Providencia quiso renovar la sangre viciada de Europa, puso en marcha a los innumerables batallones de bárbaros de los que la Iglesia se adueñó para bautizarlos y hacerlos suyos.

Algo me dice que Rusia tiene una misión respecto de la Iglesia y de la Santa Sede. Las razas latinas son infieles; sus gobiernos se han vuelto perseguidores. ¿Veremos venir la salvación de las estepas y de las llanuras heladas del gran Imperio? ¿Cuándo y cómo? Lo ignoro. El ojo cristiano y observador no puede apartarse de aquello que se anuncia como un fenómeno que no ha tomado aún una forma determinada y bien definida, pero que cobra cada día dimensiones asombrosas. Hay ahí una poderosa fermentación, para un gran mal o para un inmenso bien. Me inclino a esperar el bien".

III.- La carta siguiente no lleva fecha alguna, pero los hechos que menciona no dejan duda sobre la época en que fue escrita.

"Mi querido amigo, dile a Monseñor Manning que he creído mi deber presentar la dimisión como Vicario general; es lo que acabo de hacer. Me voy a consagrar enteramente a mi Congregación. Tendré que asumir, pienso, la defensa de las Congregaciones religiosas en Roma, frente a la tendencia de ciertos obispos que temen lo que ellos llaman invadir sus atribuciones y quisieran verlas suprimidas o fusionadas bajo una regla común.

Créeme que si Dios quiere la existencia de Congregaciones diversas, sabrá, mediante acontecimientos imprevistos y que sólo él conduce, llevar a los mismos obispos a defender valientemente, contra los enemigos futuros, a estas mismas Congregaciones de las que les gustaría quizá deshacerse. Quien conduce a la Iglesia es Dios...".

Basta comparar las fechas y recordar los acontecimientos ya pasados para comprender el alcance de los tres documentos precedentes.

¿No se diría que el Padre d'Alzon había conocido todas las Encíclicas de León XIII y adivinado la línea política que este gran Papa iba a trazar para la dirección cristiana de todos los partidos en Francia? ¿Acaso la carta sobre Rusia no nos da una idea clara del poder de esa mirada de águila que descubría en un lejano y aún oscuro porvenir acontecimientos que hoy nos impactan, porque se anuncian mediante signos ciertos o bien porque ya se han cumplido? En los artículos firmados: "Un amigo de Rusia", el Padre ha escrito cosas dignas de ser repetidas: "El campesino ruso... ciudadano, sabe obedecer; soldado, sabe sufrir; cristiano, sabe esperar...".

"Veremos en Rusia algo de lo que pasaba hace doscientos años en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Irlanda. Poco a poco la libertad religiosa recuperará sus derechos, y se verá a la Iglesia Católica esparcir su semilla divina en esas tierras donde la ignorancia y la superstición habían preparado la ruina de todo orden moral ...".

En la clausura del Capítulo general, el 18 de septiembre de 1875, el fundador de los Agustinos de la Asunción exclamaba en un impulso de celo apostólico: "Los discípulos, hechos apóstoles, realizaron la conquista del mundo. Ved, hermanos míos, si queréis conquistar Rusia y llevar su abundante cosecha a los graneros del Padre de familia. Tiemblo al hablaros así, y sin embargo, algo me dice que si la Asunción lo quiere, con la ayuda de Dios, la cosecha le pertenecerá...".

¿Se ha olvidado la valiente conducta de los obispos en el momento de la expulsión de los religiosos? ¿Acaso no nos alegramos hoy, en 1895, viendo el espectáculo del despertar del espíritu católico bajo la influencia del episcopado francés tan maravillosamente unido? El Padre d'Alzon había previsto y descrito estos acontecimientos. La fe iluminaba su hermosa inteligencia; su mirada era clara y penetrante, porque veía todas las cosas en Dios y para Dios.

En esta *Anécdota* se encuentran algunos documentos ya citados en otras *Anécdotas*. Me pareció bien reunirlos aquí junto con otras citas, porque este conjunto muestra en qué medida el ojo de nuestro Piloto era vivo y seguro.

Si yo fuera monje de los Agustinos de la Asunción, querría tener siempre sobre mi mesa de trabajo, al lado de mi santo Tomás, un libro con los escritos del Padre d'Alzon. Con eso tendría suficiente alimento para mi inteligencia y para mi corazón. Esos escritos de mi Padre serían para mí como esas célebres aguas de Toledo, en las que templan el acero. La hoja de las espadas sale endurecida, al mismo tiempo que adquiere una asombrosa flexibilidad y su filo resiste al desgaste. Templaría en ellos mi alma, que saldría enérgica y flexible.

Controversia familiar

El Padre había predicado en no sé qué localidad de los Cevenas. Su predicación había conmovido a la población protestante que era la mayoría. Cierta predicador metodista vino un día a verlo, para traerle, eso decía, argumentos contundentes. Le recibió con benevolencia; la conversación se inició con calma al principio. El Padre se mantuvo dueño de sí mismo en todo momento, mientras su adversario se irritaba bajo el cerco de una lógica tan cerrada, que el pobre disidente exclamó una vez:

- ¡Usted me ahoga, vayamos más despacio!

He aquí algunos fragmentos de la controversia:

Metodista: - Después de todo hay una cosa cierta, fuera de duda, y es que la Biblia es la Palabra de Dios.

El Padre: - Admito como usted que la Biblia es la Palabra de Dios, pero no es toda la Palabra de Dios.

M: - ¿Cómo? ¿hay otra Palabra de Dios fuera de la Biblia?

P: - Sí, la Biblia es la palabra escrita; existe además la palabra hablada, que es la tradición.

M: - ¡No necesito ninguna tradición! Con mi Biblia, que llevo siempre conmigo, tengo suficiente.

P: - No, no tiene usted suficiente, está usted engañado. ¿Quién le dice que la Biblia que usted tiene es la verdadera Biblia?

M: - La he recibido de mis antepasados.

P: - La ha *recibido*, dice usted, de sus antepasados, que a su vez la han recibido de otros que se remontan a la Iglesia Católica, de eso puede usted estar cierto. Pero finalmente, alguien le ha dicho, alguien de quien usted se fía: "He ahí la Biblia". Ahí tenemos, confiéselo, un trozo de tradición.

M: - Es cierto, pero no necesito ninguna tradición para leer en el libro.

P: - Se equivoca usted otra vez. Dígame, ¿no ha encontrado algunos pasajes oscuros que no entiende bien? ¿Qué ha hecho usted para encontrar luz?

M: - He leído a los comentaristas más autorizados.

P: - ¡He ahí otra vez la tradición! Más de una vez incluso habrá consultado usted a sus hermanos o a sus vecinos, ¿cierto? Entonces no fiándose de la libre interpretación individual, ha recurrido a la ciencia de los demás. Me parece que en eso hay al menos un cierto tinte de tradición. Déjeme continuar; usted dice que la Biblia es la Palabra de Dios, y es muy cierto. ¿Pero no ha notado usted que sin una tradición autorizada, en otras palabras sin una autoridad docente, la Palabra de Dios se puede transformar en mera palabra de hombre e incluso en palabra del diablo? Todo reposa sobre la interpretación: cuando es fiel, es Dios quien habla; cuando es falsa, es el hombre o el diablo quien habla. Ya sabe usted: "La letra mata, pero el Espíritu da vida" (2 Corintios 3, 6).

M: - Oh, no voy a romperme la cabeza con todas esas argucias. Yo leo mi Biblia, la predico a los demás y estoy seguro de ser salvado por mi fe en Jesucristo. Vosotros católicos no sois los verdaderos adoradores, tenéis ceremonias, flores, velas, confesonarios, vais contra la Palabra de Dios. ¿Acaso Jesucristo no ha dicho en Juan 4, 23 : "Llega la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán en espíritu y en verdad"?

P: - Nosotros, católicos, tenemos la costumbre de dar a cada uno los títulos que le pertenecen. A usted le llamo *señor*; no sé por qué iba a decir, como hace usted, *Juan* a secas. Digo, pues: *san Juan* ha dicho realmente las palabras que usted cita; pero se vuelven contra usted; admitamos que usted adora al Padre en *espíritu*, pero eso no basta. ¿Qué hace usted con el *en verdad*? ¿Acaso no quiere decir eso que hay que adorar a Dios como él exige *verdaderamente* ser adorado? La antigua Ley tenía sus ceremonias; la nueva ley tiene las suyas. ¿Por qué bautizáis y celebráis la Cena? Sed lógicos: hacedlo todo en espíritu y contentaos con la intención. Pero si admiten ustedes algunas ceremonias, están admitiendo de hecho el principio de que adorar en *espíritu* no basta; hay que adorar en *verdad*, conformándose a algunas prescripciones del culto, de una manera determinada que nos ha sido transmitida.

Llegados a este punto de la entrevista, el metodista estaba harto. Cambió de tono, de forma y de argumentos.

M: - Después de todo, yo soy feliz como soy. Lo sé, estoy salvado.

P: - ¿Qué? ¿está usted seguro, lo que se llama estar seguro, de estar salvado? ¿Y quién se lo ha dicho?

M: - Sí, estoy salvado. El Espíritu me lo dice con "gemidos inefables".

P: - ¡Oh!, entonces, le ruego se ponga de pie mientras doy tres vueltas alrededor de su afortunada persona ¿Me preguntará por qué? Para contemplar bajo todos sus aspectos el raro fenómeno de un hombre de carne y hueso, todavía vivo en la tierra, y que lleva en sí mismo la seguridad de estar salvado. Jamás exposición universal ha exhibido un prodigio semejante. Si fuera cierto, le envidiaría su suerte. Escuche: la Biblia es la Palabra de Dios, ¿no es cierto? ¿Ha leído usted a san Pablo?

M: - ¿Pablo?, él es nuestro gran hombre, nuestro apóstol por excelencia. Claro que lo he leído y releído.

P: - Pues vuestro gran hombre, vuestro apóstol por excelencia nunca osó decir que estuviera salvado; y usted, que pese a todas sus cualidades es, como yo, muy poca cosa al lado de san Pablo, usted, digo, ¿osa proclamar, tan atrevido, que está salvado? No que usted *espera* ser salvado, sino que actualmente está usted salvado. Escuche pues a san Pablo en Filipenses (2, 12): "Trabajad con temor y temblor por vuestra salvación". El Eclesiastés había dicho (9, 1): "Y sin embargo, el hombre ignora si es digno de amor o de odio". Y usted, mucho más feliz que los hombres inspirados, más que los apóstoles, más que todos los elegidos, ¿usted sabe desde ya que está salvado! Le felicito. Vamos, vamos, querido señor, seamos serios, porque el tiempo acucia y, al agradecerle la visita, déjeme decirle una palabra sacada también de la Biblia: "La noche está avanzada, el día se avecina. Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz". Esto está también en san Pablo (Romanos 13, 12), querido señor.

Los dos antagonistas se separaron como buenos amigos. Es todo lo que sé.

Esta entrevista me fue comunicada cuando yo era coadjutor en Montpellier por un eclesiástico que tuvo a bien dejarme copiarla de su manuscrito.

Salidas y gracias

Cupido con gafas - El buen abate B..., simple tonsurado, unas veces profesor, otras encargado de la vigilancia en la Asunción, era muy miope. Pero, por otra parte, tenía un corazón tierno, un tanto versátil, que se encariñaba con rapidez y luego se distanciaba, para volver a encariñarse. Las peregrinaciones afectivas de aquel corazón eran legendarias en la Asunción. En un orden del día, el Padre había ridiculizado las amistades particulares con aquella finura de la que era maestro consumado. Al terminar disparó esta flecha que los alumnos esperábamos de alguna manera desde hacía rato: "Los antiguos, dijo el Padre, se representaban al dios del amor terreno con los ojos vendados. Si Cupido era ciego, no hay que asombrarse de que el príncipe de los pensamientos tiernos sea miope".

Distracción perdonable - Había una misa solemne en el colegio. El Padre celebraba, el abate Barnouin oficiaba de diácono y el Padre Brun de subdiácono. Después del canto de la epístola, el subdiácono vino, como pide el ceremonial, a arrodillarse para recibir la bendición. El Padre le dijo:

Has cantado falso de principio a fin...; pese a todo, te bendigo.

Y trazó la señal de la cruz.

Flecha aterciopelada - El Padre se encuentra con un digno y tierno sacerdote; se detienen, se saludan, charlan. De repente el sacerdote dice:

- Perdóneme, tengo que salir corriendo para la iglesia, para dirigir mi coro de muchachas.

- No necesita correr, mi querido sacerdote, siempre lleva con usted su *corazón* de muchacha. Ese es el que hay que dirigir sobre todo¹.

El pesebre - Había reunión de hombres; no de obreros sino de *señores*; se trataba de entenderse y tomar las medidas oportunas para asegurar la elección de los candidatos católicos. Estábamos en tiempos del Imperio. Se habló mucho, sin avanzar gran cosa, porque gran parte de aquellos *señores* querían evitar comprometerse y temían perder ciertas posiciones oficiales. Había mucha valentía oratoria y mucha cobardía en la acción.

- ¡Vamos, señores, dijo el Padre riendo, ármense de pies a cabeza pero no pierdan de vista el pesebre!

Esta palabra hizo cambiar la corriente; un generoso impulso se sobrepuso a los intereses mezquinos; se pusieron de acuerdo, la lucha se organizó y la victoria quedó asegurada.

El corazón de un padre - Un prelado criticaba un día con aspereza la conducta de un joven sacerdote, antiguo alumno del Padre d'Alzon. Se dirigía al Padre, pero éste tomó inmediatamente la defensa de su alumno.

- Sin embargo, dijo el prelado, usted no siempre aprobó a este sacerdote, cuyo celo es a menudo imprudente y demasiado audaz.

- Monseñor, tengo para con mis hijos el corazón de un padre y las debilidades de una madre. Sé castigarlos cuando es necesario, pero les defenderé siempre. Cuando los atacan delante de mí, sobre todo si es con exceso, siento mi corazón saltar como el de una tigresa irritada.

¹ *Choeur* (coro), suena en francés igual que *coeur* (corazón). (Nota del traductor).

Cuervos y ranas - Pasábamos un día ante la puerta de una catedral.

- Entremos, dijo el Padre, a ofrecer nuestro homenaje a Nuestro Señor.

Los canónigos estaban en el coro; los cantores salmodiaban el Oficio de la tarde. ¡Pero de qué modo!

- ¿Has escuchado alguna vez, me dijo el Padre, una cacofonía semejante? ¿No te parecen cuervos que responden desde la orilla graznando a unas ranas que croan desde una charca fangosa? ¡Vaya una manera indigna y desvergonzada de hablar a Dios y de profanar las Sagradas Escrituras masacrándolas de este modo! ¡Oh!, si Dios me concede la gracia, quiero presentarle algún día coros de religiosos que articulen la oración con calma y que hablen a Nuestro Señor con el respeto que se le debe!

Simiente y cosecha - Había una ciudad dividida en varias parroquias. Tenía, pues, varios párrocos. Ahora bien, ciertas dificultades se habían interpuesto entre aquellos párrocos. ¿De qué clase eran esas dificultades? Para el interés del relato importa poco saberlo; por lo tanto no lo diré, pero sí declaro que yo me encontraba implicado en ellas, aunque no a título de párroco. Hablé de ello al Padre d'Alzon, diciéndole:

- ¿Ve a todos estos curas? ¡Pues no se aman!

- Querido amigo, respondió el Padre riendo, no *siembran* pero cosechan, puedes estar seguro. ¡A que esas dificultades no han hecho disminuir las colectas!¹.

Un padre orgulloso de sus hijos

Cierto canónigo de cierto Capítulo, canónigo a quien el Padre d'Alzon había más de una vez llamado al orden, a causa de sus opiniones galicanas que frisaban a veces el jansenismo y a causa de su mal gusto artístico en cuestiones de arte cristiano, tomaba su represalia diciendo:

- ¡Pretenden que el señor d'Alzon tiene un gran ademán aristocrático! Yo digo que lo que tiene es un aire de *¡me importa un bledo!*

Suavizo el disparo final para hacerlo menos vulgar, se comprenderá; hay que guardar ciertas formas, incluso cuando uno cita. Algo había de cierto en este dicho; el buen canónigo habría podido añadir, si se hubiera aventurado a citar en latín: *Experto crede Roberto* (*¡Cree a Roberto, que es experto!*).

El Padre d'Alzon no era amigo de polémicas; pero no tenía ningún miedo cuando se trataba de defender cualquier verdad. Aquella excelente solterona, Marie Chauvelly, tenía costumbre de decir, cuando le informaban sobre palabras ofensivas dichas contra el Padre d'Alzon:

- Bueno, eso le da igual, "sabe peinarse para atrás".

Poco le importaban los juicios de los hombres; sólo buscaba lo que agrada a Dios en todas las cosas.

Es completamente cierto; el Padre nunca agachaba la cabeza ante una tormenta de insultos. En el fondo, las aprovechaba para humillar su alma repitiendo aquella palabra del salmo que he encontrado en varias de sus cartas íntimas: *Bonum est mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas* (*un bien para mí ser humillado, para que aprenda tus preceptos*: Salmo 119, 71), y que una vez cita en inglés: *It is good for me that I have been afflicted*.

Tenía un corazón demasiado bien hecho, sentimientos demasiado delicados, para que le faltara sensibilidad. Se sacudía fácilmente los golpes que iban dirigidos sólo a él, pero se erguía prestamente cuando atacaban a los suyos. Les amó hasta el fin con un afecto puro y sin nubes.

Recordemos aquella última palabra dirigida a los testigos privilegiados de sus últimos momentos:

- Queridos hermanos, sabéis que después de Dios y la Santísima Virgen, ¡sois lo que más he amado en el mundo!

Se sentía orgulloso del éxito de sus discípulos en el mundo, pero ante todo de su comportamiento cristiano. Les seguía con la mirada, a los sacerdotes sobre todo; les animaba en las luchas, les sostenía en las dificultades y se deleitaba contando lo que llegaba a saber de sus victorias en la buena causa.

Era feliz cuando *sus antiguos* venían a verle para volver a impregnarse del brioso espíritu que les había comunicado.

Sin decir nada, sin ruido, les seguía en sus diferentes carreras y no les perdía nunca de vista en los momentos de sufrimientos, tan frecuentes en la vida de los hombres, sobre todo de aquellos que ejercen funciones públicas; en esos momentos penosos, en que uno se ve abandonado de repente de todo el mundo, hasta de los amigos miedosos, estabas seguro de encontrar, de pie a tu lado, a aquel padre entregado, tierno, nunca cansado de ayudarte, siempre en la brecha para defenderte.

¹ Las palabras *s'aiment* (se aman) y *sèment* (siembran) suenan igual en francés (nota del traductor).

Monseñor Besson hizo bien aplicándole aquella palabra de Bossuet: *La sombra del Padre d'Alzon aún podrá ganar batallas.*

¿Acaso no es esa sombra gloriosa la que dirige todavía la marcha de los Agustinos de la Asunción? ¿No es ella la que mantiene y empuja hasta el heroísmo, por el camino de la voluntad de Dios, a esos hijos numerosos, sacerdotes, religiosos, laicos, imbuidos por él de aquel espíritu al que "pertenece hoy el mundo, no el mundo de la fuerza, sino el mundo del respeto y del derecho...", de la entrega absoluta a la única causa digna de todos los esfuerzos: el Reino de Jesucristo? Este espíritu del Padre d'Alzon me ha llamado siempre la atención por su fuerza de resistencia en el alma de sus discípulos. Resiste a los sufrimientos, a los desfallecimientos, a las tentaciones; los que ha formado la mano de este maestro llevan en sí una huella que nada puede borrar.

Adioses a un misionero

¿Conviene publicar los consejos siguientes, siendo así que el lector se dará cuenta de que están dirigidos a una sola persona, para su uso personal? Es probable que esta audacia sea perdonada, ya que consejos tan sabios pueden ser útiles para otros y que, por otra parte, son una irradiación del espíritu amplio y práctico de un maestro ilustre.

Un hijo del Padre d'Alzon partía como misionero a Inglaterra. Tras haberle bendecido, el Padre le habló en estos términos¹:

"El Papa te envía a Inglaterra, querido hijo. Tu misión es la de trabajar para extender el Reino de Jesucristo salvando y santificando a las almas. Sé fiel a ese mandato; harás el bien y al mismo tiempo se te hará un gran bien. Tu temperamento fogoso se calmará con las brumas del Norte. Tu imaginación y tu espíritu aventurero se moderarán, en su justa medida, al contacto con una raza seria, práctica y paciente. Tu ardor bajará algunos grados bajo la influencia de la frialdad británica; pero no se destruirá, siempre te quedará bastante.

Aquí te consideran demasiado lleno de fuego. No me extrañaría nada que, tras algunos años de ministerio en Inglaterra, te volvieras frío como un bretón.

La opinión bastante generalizada, a mi alrededor, es que de todos mis hijos, eres el que parece menos adaptado a vivir con los ingleses. Yo pienso todo lo contrario; tengo una opinión hecha al respecto. Los apóstoles son enviados y no pertenecen, por lo general, a las razas que van a evangelizar. Se puede decir que se distinguen de ellas en el temperamento tanto como en la sangre.

He estudiado mucho a Inglaterra. Este gran pueblo no es un pueblo apóstata; ha sido engañado, le han robado su fe católica. Nunca ha rechazado esta fe; ha sido despojado de ella por la astucia de sus jefes. Esa es la opinión de los doctores Newman y Manning.

Pío IX es el primer Papa que ha popularizado realmente el papado. Antaño se profesaba, como ahora, que Nuestro Santo Padre el Papa era el jefe visible de la Iglesia; pero prácticamente el pueblo sólo conocía a su párroco, y quizá a su obispo.

El pueblo inglés oía hablar de las querellas entre Enrique VIII y el Papa, rezaba por que la paz se restableciera entre ellos; no iba más allá. Después de la ruptura del rey con Roma, las Iglesias seguían teniendo obispos y sacerdotes; las misas seguían celebrándose y los sacramentos administrándose; la Santísima Virgen seguía siendo honrada en el culto. Aparentemente no había ningún cambio; el pueblo no iba al fondo de las cosas. Veían pasar a los mártires camino de la muerte; los consideraban rebeldes a la autoridad real. Hubo, es cierto, algunas tentativas en el norte de Inglaterra, de defender la supremacía del Papa, pero la masa del pueblo seguía tranquila y continuaba creyéndose católica.

Bajo María Tudor, el cardenal Pole había reconciliado solemnemente a Inglaterra; Isabel consumó el cisma gradualmente y estableció el reino de la herejía.

Ahora, querido hijo, tendrás que predicar la fe católica a un pueblo que la ha perdido completamente de vista desde hace tres siglos.

El pueblo inglés permanece religioso en el fondo. Gusta de instruirse; no es indiferente y sobre todo no es sarcástico. El número de almas de buena fe es inmenso en Inglaterra. Creen en la inspiración de la Biblia; es una base sólida para la controversia. Estudia, pues, mucha exégesis. Bajo este aspecto, tendrás en Inglaterra poderosos medios de cultivarte, porque la Biblia es seriamente estudiada allí. Predicarás algún día en inglés. Tu ardor francés, moderado por la flemma inglesa, puede hacer de ti un predicador popular. No busques el efectismo; sé sencillo, claro y lógico. Huye de los aplausos: *Pro Christo legatione fungimur (somos embajadores de Cristo: 2 Corintios 5, 20).*

Predica sobre todo el dogma; cita con precisión la Sagrada Escritura; apóyate en los primeros Concilios y en los Padres de los cinco primeros siglos, ya que son aceptados por los anglicanos.

¹ No es difícil constatar que estos consejos iban dirigidos al señor Galeran. Pueden servir a otros.

Evita la controversia agresiva. Como los apóstoles, predica, expón la verdad y deja actuar a las conciencias bajo la acción de la gracia.

Un célebre inglés, el protestante lord Macaulay, ha escrito: "No se convierte a la gente a golpe de in-folios". San Ambrosio ¿acaso no ha dicho?: "¡No es mediante la dialéctica como Dios quiere salvar al mundo!". Sé apostólico en tu enseñanza. Estudia mucho; prepara tus predicaciones con esmero; en cuanto llegues a dominar el inglés ya no las escribas, si tienes la palabra fácil. Entra en relación directa con tu auditorio; no te contentes con predicar *delante* de él. El estilo de la conversación elevada, que no excluye raptos oratorios que surgen con naturalidad y a propósito, es, créeme, el auténtico estilo del predicador del Evangelio. Además es el auténtico estilo inglés.

El inglés gusta de la oratoria, pero según me decía el cardenal Wiseman, quiere ver al hombre dueño de sí mismo mediante un ardor contenido, un gesto sobrio, una pasión comprimida. El jinete que regula los movimientos de su corcel es más de admirar que el que deja flojas las riendas y se deja llevar.

Predica a menudo sobre la Iglesia, su constitución política, su gobierno, su justicia, su derecho a enseñar. Muestra a los ingleses que Jesucristo fundó la Iglesia, que es un reino gobernado por un monarca, su Vicario en la tierra.

Todos esos innumerables mártires ingleses, caídos en defensa de la supremacía pontificia, bendecirán tu ministerio. En Inglaterra, en Londres sobre todo, pisarás un suelo que ha bebido la sangre de los héroes de la fe católica. ¿Crees que tantos santos, coronados en el cielo, permanecen indiferentes a la conversión del pueblo inglés?

Ve, pues, hijo mío, a donde Dios te envía. Hazte un santo, un sacerdote desligado de todo, sin otro pensamiento que la gloria de Dios y la extensión del Reino de aquel Rey a quien tenemos el honor de servir.

Antaño llamaban a Inglaterra la isla de los santos y la dote de la Santísima Virgen. Vete a colaborar para que le sean devueltos estos títulos gloriosos. No nos perdamos de vista, querido hijo; escríbeme a menudo y tenme al corriente de tus trabajos. Mi corazón seguirá, ya lo sabes, junto al tuyo".

El misionero que recibió del Padre d'Alzon tales consejos en el momento de su partida afirmaba, tras treinta años de ministerio activo en Inglaterra, cuán sabios, prácticos y de alcance asombroso le habían resultado estos consejos, de parte de alguien que no habiendo visitado nunca el país lo conocía tan bien. Una correspondencia continua, sólo interrumpida por la muerte, prolongó estos consejos de un padre a su hijo. Estas cartas serán publicadas un día, así lo espero, para ilustración de los jóvenes Asuncionistas destinados a trabajar en medio de los pueblos, sobre todo entre los pueblos de lengua inglesa. Estas cartas, en efecto, con tales consejos formarían un manual del misionero apostólico.

Nadie se asombrará al saber que el misionero en cuestión se apresuró a poner por escrito los consejos paternos que le sirvieron de regla de conducta.

El Padre d'Alzon leía el inglés con fluidez. Un librero de Londres tenía el encargo de enviarle las obras importantes que sobre cuestiones religiosas iban apareciendo, escritos por escritores católicos o protestantes. Conocía bien la literatura inglesa; admiraba sobre todo el estilo de lord Macaulay, un protestante de quien le gustaba citar las elocuentes palabras sobre la grandeza del papado y de la Iglesia Católica.

Durante su vida de estudiante en París, el Padre había hecho amistad con jóvenes ingleses, algunos de los cuales le deben su conversión a la fe verdadera. Entre otros hay que destacar al Reverendo Allies, capellán del arzobispo de Cantorbery, célebre por sus hermosas obras sobre la Iglesia y la supremacía del Papa. Debe de existir una serie de cartas del Padre al Reverendo Allies. Éste hablaba a menudo de ellas, así como del agradecimiento que conservaba hacia el Padre d'Alzon. Ya ha muerto hace algunos años.

Escudo protector

Un antiguo alumno del Padre d'Alzon, párroco de una parroquia importante del Departameto del Hérault, estaba siendo perseguido por el Gobierno imperial y por serias medidas de la autoridad diocesana. Como sucede ordinariamente en casos semejantes, el miedo alejaba a los amigos del joven sacerdote y su desgracia provocaba los aplausos de los adoradores del César. Lo que había provocado esta persecución era la cuestión de la autoridad del Papa.

El Padre d'Alzon no dudó un momento en tomar la defensa de su alumno. Abandonó Nimes y vino a fijar su residencia en el castillo de Lavagnac, del que hizo la base de sus operaciones. Recorrió las parroquias circundantes, preguntó a los sacerdotes y a los laicos, recogió testimonios escritos sobre la buena conducta y el celo del sacerdote atacado, luego compiló un dossier al que añadió un largo informe de su puño y letra y lo envió a Roma, a la Congregación de los Asuntos eclesiásticos extraordinarios, designada por el Papa para examinar el caso. Monseñor Franchi, arzobispo de Tesalónica era el secretario.

El joven sacerdote estaba ya en Roma. ¡Cuál no fue su sorpresa al enterarse por boca de Monseñor Franchi de que un canonista distinguido se había encargado de instruir a la Congregación; se trataba del Padre d'Alzon que se había encargado de defender a su hijo!

Ambiciosos sin cabeza

"La alondra, decía el Padre d'Alzon, se deja cazar con espejo; el eclesiástico ambicioso se deja cazar con mitra. ¿Cuál de los dos es más atolondrado? La pobre alondra es desplumada, asada y comida; el otro, una vez cazado, no sirve para nada; si se le comiese, resultaría indigesto. Vive decepcionado, descontento, infeliz, aplastado por el peso de la carga. ¡Si, al menos, dejara a los demás tranquilos! Pero no, les ofende con su humor raro; los irrita con sus golpes de autoridad imprudentes; los sume en la confusión con medidas arbitrarias carentes de sabiduría. Cuando tuvieron que tomar la mano de san Anselmo y abrírsele a la fuerza para que empuñara el báculo pastoral, estaban seguros de tener un obispo y no una alondra aturdida. Es desastroso cuando los ambiciosos son peores que las alondras... Entonces sobre todo es cuando hay que alertar a las almas para que se guarden y se refugien en la roca de san Pedro".

Nuestro Padre según el espíritu

No estaríamos faltos de precisión doctrinal si dijéramos que somos hijos de los dolores, de las penitencias, de las tribulaciones, de la muerte del Padre d'Alzon. Debió beber el cáliz de la amargura antes de engendrarnos a aquel espíritu tan bien definido por nuestro hermano mayor, Monseñor de Cabrières, cuando exclamó ante la estatua de nuestro ilustre maestro: "¿A quién pertenece hoy el mundo, no el mundo de la fuerza, sino el mundo del respeto y del derecho? Sólo a las ideas, notadlo bien, que han formado, que forman todavía a la Asunción...".

La Asunción ha recogido y guarda religiosamente esta rica herencia, que es su razón de ser, su fuerza y su gloria. Ahora bien, la Asunción abarca a esta imponente multitud integrada por religiosos, religiosas, antiguos alumnos y el incalculable número de almas que han experimentado la influencia del Padre y recibido de su poderosa dirección un sello imborrable.

Y como este espíritu sigue vivo y se activa constantemente bajo el soplo de la gracia, se comunica mediante el celo de sus antiguos discípulos a las jóvenes generaciones que, a su vez, inflamarán a otras.

No sólo Francia, sino también Oriente y el Occidente lejano están impregnados hoy de la corriente eléctrica que enciende los corazones, ilumina las inteligencias y hace vibrar a las almas con el ardor de las grandes cosas, el amor al sacrificio y el celo impetuoso, irresistible, que fue el de los apóstoles.

Remontémonos a la fuente de donde han manado con fuerza estos impulsos generosos, es decir, al corazón del Padre d'Alzon, trabajado y moldeado por la gracia de Dios.

Nunca resistió a esta gracia; se dejó llevar por ella. Atento a las manifestaciones de la voluntad divina se sometía a ella enseguida sin calcular el número de sacrificios, a menudo angustiosos, que tendría que hacer.

En la marcha gloriosa que debía llevarle a las más altas dignidades, se detuvo para volverse y descender, según la opinión de los hombres, hasta transformarse en maestro de escuela, vivir en medio de los niños en la sociedad de los hombres de los que la gran mayoría le eran inferiores desde el punto de vista del rango y de la cuna.

Poseía una gran fortuna; la dilapidó sabiendo perfectamente que la perdía hasta la humillación, a los ojos del mundo, de encontrarse en serias dificultades pecuniarias. Salió de ellas pero para volver a caer nuevamente, porque su corazón de auténtico caballero, su alma generosa hasta el heroísmo, no sabían medir los recursos con parsimonia cuando de extender el Reino de Jesucristo se trataba. Encontró contradictores entre sus propios discípulos, hombres y mujeres. En algunos momentos de prueba suprema se encontró casi solo, aislado, ridiculizado; se mantuvo firme, fija su mirada en el cielo y sin jamás desviarse de la línea que Dios le había trazado.

Hasta el final de sus días le atormentó el sufrimiento; no es temerario afirmar que su muerte se vio acelerada por una amarga decepción que no le ahorraron personas a las que había dirigido por los senderos de la perfección y en las que tenía fundadas legítimas esperanzas.

Todos lo sabemos: si sufría en su corazón tan delicado y tan sensible, si fue engañado, él que no engañó a nadie, poseía en el fondo de su alma aquella paz que el mundo ni conoce, ni puede dar, ni puede arrebatarse. Decía a menudo con el apóstol: *gloriamur in tribulationibus (nos gloriamos hasta en las tribulaciones: Romanos 5, 3)*. ¿Acaso no ha salido victorioso? Tal es el espíritu legado a sus hijos por este Padre que nos ha realmente engendrado a la vida en la Asunción mediante una gracia inefable de Dios.

Aristocracia religiosa

Durante mi permanencia en Jerusalén, uno de mis más dulces descansos ha consistido en repasar la vida del Padre d'Alzon con ayuda de mis notas y mis recuerdos. He realizado una investigación especial de los documentos contenidos en *La Asunción y sus obras*, porque en este delicioso volumen -hablo del fondo y no de la forma del libro- he encontrado las huellas del Padre recorriendo un camino sobre el que sólo le he seguido de lejos.

Este hombre suscitado por Dios, a quien se ha osado tachar de inconstante, siguió siempre con constancia heroica una línea recta en la realización de sus planes y en la exposición de las ideas maestras de su doctrina como fundador. Sería un trabajo largo, pero yo podría trazar, volviendo a un lejano pasado, el desarrollo misterioso y progresivo de una semilla que llegó a ser, por la gracia de Dios, este hermoso árbol de la Asunción, cuyas ramas robustas, cubiertas con un auténtico follaje, siguen creciendo y dando ya frutos abundantes de salvación.

En el Capítulo general del 18 de septiembre de 1873, el Padre pronunció estas palabras:

"¿Habéis pensado conmigo que la meta principal del Capítulo era en primer lugar la constitución de una aristocracia de capacidad, de ciencia y de virtudes, colocada a la cabeza de nuestra familia religiosa? Es una osadía hablar así, cuando se tiene el honor de presidir un grupo semejante; pero no hablo de lo que es sino de lo que debe ser..."

En 1892, antes de la publicación de *La Asunción y sus obras*, en un discurso dirigido a la comunidad de Jerusalén, citaba yo una nota que reproduzco ahora. Me decía un día durante un paseo:

"La Iglesia está compuesta por monarquía, aristocracia y democracia admirablemente combinadas. En una Congregación religiosa, es bueno que haya una aristocracia que se renueve mediante la democracia. Es la única manera de mantener las tradiciones, de dar el tono suscitando una emulación que en nada dañe a la humildad. La regla ha de ser absolutamente la misma para todos; no debemos aceptar a ningún precio situación alguna que signifique privilegios, dispensas, mitigaciones para siempre; motivadas, no por razones de salud u otras, sino concedidas para recompensar un trabajo o algunos éxitos que sólo Dios debe recompensar algún día".

Estas palabras datan de 1846. Por lo tanto, en 1873, en su lenguaje oficial de legislador que se dirige a la Congregación, el Padre reproducía con precisión los pensamientos expresados ya en 1846. Se esforzó por dar a su Congregación un toque aristocrático.

Pero he aquí lo que entendía por aristocracia. Para él, consistía en la elevación del pensamiento, la grandeza del corazón, la distinción en los modales. He ahí, si no me equivoco, el espíritu de la Asunción.

Para ver las cosas desde arriba y bien, se colocaba lo más cerca que podía, por su veneración y obediencia, del Jefe de la Iglesia; desde la cima radiante de la roca de Pedro su mirada planeaba sobre los acontecimientos del mundo. Caminando sin reservas con el Papa, nunca se desvió, nunca tuvo que deplorar un paso en falso.

Su corazón generoso no tenía nada de seco ni de estrecho. Daba, prodigaba sus recursos y su entrega. Nunca conoció la falsa prudencia que calcula sus larguezas y la amplitud de sus sacrificios cuando se trataba de servir a la Iglesia. Tuvo en poco su popularidad; no dudó en comprometerse. Nunca se volvió hacia sí mismo para admirarse; no se había colocado a medias o con reservas al servicio del Rey Jesús que era la pasión de su alma.

Quería ver en sus discípulos un exterior modesto, pero con naturalidad. Hablaba a menudo de la modestia religiosa y recomendaba siempre un porte sencillo, natural, sin exageración alguna. Citaba a menudo un refrán inglés que dice: "Piedad y limpieza han de ir juntas": *Cleanliness is next to godliness*.

Le gustaba repetir que la cortesía del mundo, con mayor razón la del religioso, reposa sobre el principio siguiente: "Saber molestarse por los demás".

"La distinción en los modales, añadía, debe caracterizar al religioso que está sin cesar en contacto con la sociedad. No se trata de maneras afectadas, dulzonas, melindrosas, afeminadas. No, algo decidido y digno que atrae la simpatía y aleja la familiaridad".

Decía a un religioso que caminaba balanceando los brazos:

- ¿Te han encargado de sembrar perejil?

A otro:

- Cuando quieras sonarte en el coro con tanto ruido, por favor, avísanos y suspenderemos el Oficio para esperar el fin de la tempestad.

A quien comía demasiado inclinado sobre su plato:

- Necesitas mucho tiempo para contemplar tu comida; vamos, hombre, tómatelo con más sencillez.

El Padre no tendría que hacer comentarios así en la nueva Asunción.

Un postrer rasgo: Acompañaba yo al Padre atravesando la explanada de Nimes. Vio a un joven religioso que venía hacia nosotros.

- Vas a ver, me dijo, cómo se da un cabezazo contra ti o contra mí; a menos que nos separemos y le dejemos pasar entre medio. ¡Mírale! Mira al suelo, cabeza gacha, vuela en línea recta... Apartémonos un poco... pasará sin vernos.

En efecto, el buen Hermano se nos vino encima de proa, hasta que el Padre lo detuvo llamándole. Levantó la vista y miró con grandes ojos de sorpresa. Recibió enseguida lo que no buscaba:

- Amigo mío, le dijo el Padre, las normas de la modestia están dadas para hacernos dueños de nuestros sentidos y no para darnos el aspecto y el ademán del bruto. Huyamos de la exageración en todo.

Observaba a un joven religioso que recitaba el Oficio. Notó que sus labios no hacían ningún movimiento perceptible. Fue donde él y le dijo:

- Homero define al hombre como animal con voz articulada. La articulación la dan los labios que son distintivo del hombre. Articula, pues, tu oración empleando los labios que Dios te ha dado para cantar y pronunciar su Verbo.

El Padre d'Alzon, tan amplio en su manera de ver las cosas, no despreciaba, sin embargo, detalle alguno. Se le ha tachado de exagerado, de inconstante; le han aplicado a menudo el refrán de los antiguos: *De minimis non curat Praetor* (el pretor no se ocupa de las cosas insignificantes). Quienes así lo han juzgado no han visto más que la cáscara de este hermoso carácter.

Su hijo mayor, Monseñor de Cabrières, dijo de su Padre, el día del decimoquinto aniversario de su muerte:

“Durante sus vidas nos codeamos con grandes hombres pero no los conocemos... y hemos de confesarnos a nosotros mismos, leyendo sus vidas, repasando en la propia memoria los recuerdos del pasado, que no vimos más que la superficie de aquéllos de quienes fuimos incluso discípulos o compañeros”.

El obispo de Montpellier tiene razón; todos los hijos del Padre d'Alzon comparten esta misma convicción, aunque no la expresen tan bien como el sabio prelado.

El señor Louis Allemand ha escrito algo que cae bien aquí: "Las pretendidas exageraciones del Padre d'Alzon consistían en prever sabiamente la víspera lo que había que hacer al día siguiente. Los hechos han probado que el talante caballeresco con el que se honra (a la Asunción) y a su fundador no es un espíritu de imprudencia y temeridad en busca de aventuras, como en la obra de Cervantes".

Florilegio de apreciaciones sobre el P. d'Alzon

He aquí un pequeño cofrecito de perlas, de formas y matices variados, recogidas con cariño, para disfrute íntimo del coleccionista. Las ofrezco a la contemplación de los Asuncionistas.

Estas perlas no están engarzadas en oro; tampoco están dispuestas en orden simétrico ni cronológico. Recogidas de aquí y de allá, a medida que las iba encontrando, formaron poco a poco una colección preciosa que cautivaba los ojos y el corazón durante las largas veladas de los severos inviernos del Norte, sobre los acantilados del Océano, en las soledades de las Cornouailles inglesas, mientras en el exterior la tempestad rugía y el oleaje que levantaba hacía rodar y bramar a las olas formidables.

Entrego este pequeño tesoro tal cual, con el añadido de nuevos y más recientes descubrimientos; tras haber expurgado sin embargo algunos rasgos conocidos por todo el mundo, para no decir sino lo que muy probablemente sólo sabe quien las ha coleccionado.

El cardenal Manning tuvo la bondad de escribirme para anunciarme en primicia la noticia de la elevación al episcopado de mi viejo amigo, el abate Anatole de Cabrières. Decía: "Comprenderá usted lo mucho que me alegro del nombramiento de un sacerdote que conozco y cuyas virtudes y cualidades aprecio. Me alegro sobre todo porque el abate de Cabrières es un alumno del célebre Padre d'Alzon. Estamos seguros, pues, de tener un obispo católico con toda la fuerza de la expresión".

Monseñor Guillermo Vaughan, obispo de Plymouth, con motivo de una visita, me dijo estas palabras: "Conozco mucho al Padre d'Alzon. Me ha parecido siempre el tipo perfecto del sacerdote y del gentilhombre. Mi tío, el cardenal Weld, le había apreciado mucho en Roma; hablaba de él como de un joven eclesiástico destinado a desempeñar un papel importante en la Iglesia. Nos agradaba ver su figura inteligente y distinguida en las conferencias que el doctor Wiseman pronunciaba en el salón del cardenal Weld.

Recuerdo que también el cardenal Wiseman me habló de él, en Clifton, en estos términos: El abate d'Alzon era, entre los jóvenes eclesiásticos de Roma, el más notable por su piedad, su distinción y su inteligencia. Tenía la pasión por instruirse; no era un gusto platónico por la ciencia, sino un deseo de saber para servir a Jesucristo en la Iglesia".

El digno obispo añadía:

- "El abate d'Alzon valoraba mucho a los ingleses; conocía al detalle nuestra historia religiosa y política".

El obispo de Clifton, Monseñor G. Clifford, hijo de lord Clifford y nieto del cardenal Weld, que había estado casado antes de abrazar el estado eclesiástico, viéndome por primera vez en Bristol, me dijo:

- "¿Es usted antiguo alumno del Padre d'Alzon? Eso vale por todas las recomendaciones. Quédese aquí en mi diócesis".

Hube de declinar la oferta de una parroquia, habiendo decidido ya ir a ejercer el ministerio en una zona alejada de toda ciudad populosa. Ignoraba yo entonces que más tarde mi destino sería vivir en Londres.

En Londres me relacionaba mucho con el señor Allies, antiguo protestante y capellán del arzobispo anglicano de Cantorbery. Una vez convertido, el señor Allies dedicó su vida y su asombrosa ciencia al servicio de la Iglesia. Es autor de notables libros sobre la supremacía del Papa.

- Después de Dios, me decía un día, al Padre d'Alzon le debo mi conversión a la Iglesia Católica. Le había conocido en París antes de ser sacerdote. Sus conversaciones de entonces eran para mí destellos de luz (*flashes of light*). Nos hicimos íntimos; y durante mucho tiempo hemos mantenido una correspondencia que ha guiado mis pasos como la luz de un faro.

El Padre Charles Faure, marista, fundador de la obra de Notre-Dame de France en Londres, me contó:

- Cuando hacía colectas en Francia para mi obra, yendo de diócesis en diócesis, vi al Padre d'Alzon por primera vez en Nimes. Es la figura más imponente que me haya sido dado encontrar, sin exceptuar a los obispos. Cuando supo de mi proyecto, me acogió con entusiasmo; esa es la palabra. Me animó vivamente, me procuró ayudas pecuniarias y me recomendó llamar a mi futura iglesia, en el centro de la inmensa City, *Notre-Dame de France*.

El doctor Forbes, obispo anglicano de Brechin, en Escocia, llamado por la prensa inglesa el único teólogo de la Iglesia de Inglaterra, decía mientras comíamos en casa de un amigo:

- El abate d'Alzon tiene el celo emprendedor de Manning y el espíritu sintético de Newman. Si fuera inglés estaría a la cabeza del movimiento hacia Roma".

Este digno doctor Forbes, que era imposible no amarlo, tenía tendencias católicas. Basta leer sus sabios trabajos para convencerse de ello. Afirmaba que el Papa no había perdido nada de su jurisdicción en Inglaterra, al menos en cuanto Patriarca de Occidente. Es de temer que Doellinger haya llevado consigo a la tumba la terrible responsabilidad de haber retenido en el anglicanismo a un prelado cuyo retorno a la antigua fe sólo era cuestión de tiempo, según muchos de sus numerosos amigos. Murió estimado y admirado por todos; pero murió en el cisma. No sería exacto, cuando se le ha conocido de cerca, decir que murió en la herejía.

El abate Argelliès, párroco de Frontignan, teólogo y delegado al Concilio provincial de Aviñón, decía:

- La fisonomía más impactante del Concilio era la del Padre d'Alzon. Canonista y teólogo, ejercía una gran influencia, sin olvidar nunca la discreción que le imponía la inferioridad de su rango jerárquico en presencia de los obispos. No sólo los sacerdotes sino los mismos padres del Concilio le consultaban. Cuando hablaba él, con su empuje y su franqueza, se hacía escuchar y se ganaba la admiración incluso de algunos que le eran contrarios. Reconocían en él a un valiente defensor de las ideas romanas; a él se deben los *non placet* que relegaron a la sombra y al olvido ciertos decretos propuestos por lo que quedaba del espíritu galicano.

El abate Martín d'Agde, párroco de Saint-Denis, en Montpellier, autor de una documentada vida de san Juan Crisóstomo:

- Cada vez que el Padre d'Alzon me honra con una visita, mi casa queda perfumada como por el paso de un santo.

El abate Cresseil, párroco arcipreste de Cette, antiguo párroco de Montagnac, cuando llegué para ser uno de sus coadjutores:

- Con alegría recibo como coadjutor a un sacerdote que ha sido formado por el Padre d'Alzon. Saliendo de una escuela semejante y siguiendo fielmente los consejos de un tal maestro, no podrás sino hacer un gran bien, aquí y en todas partes. Añadía:

- Tenía yo aquí en mi parroquia, a un joven alumno de la Asunción que venía todos los años de Nimes a tomar baños de mar. Comulgaba, asistía a todos los oficios, llevando el uniforme del colegio; era un ejemplo para todos mis feligreses. Cuando yo era párroco de Montagnac visitaba a menudo el castillo de Lavagnac, para que veas si conozco a los d'Alzon.

El joven alumno del que hablaba el señor Cresseil era Anatole de Cabrières, que el venerado arcipreste, antes de morir, tuvo la alegría de ver obispo de Montpellier.

Al final de un almuerzo de mucha etiqueta, el señor Pégat, presidente de la Cámara de Montpellier, se levantó de su sitio y vino hacia mí con un vaso de champán en cada mano:

- Como yo, dijo, usted es un amigo y admirador del Padre d'Alzon. Tome este vaso que he llenado para que usted y yo bebamos a la salud del Padre d'Alzon y por el éxito de todas sus obras.

Los vasos fueron vaciados al instante.

Monseñor de Mérode, a la sazón ministro de las Armas de Pío IX:

- No le extrañará si le digo que profeso una gran admiración por el Padre d'Alzon. El Papa me habla a menudo de él con un tierno afecto. Me gusta su aire decidido, franco, su entrega sin límites a la causa de la Santa Sede. Es el auténtico caballero Bayard de la Iglesia. Dice crudamente lo que piensa; uno siempre sabe a qué atenerse con él. Le felicito de poder honrarse con su amistad. Déjese guiar por él y no tropezará.

Pío IX, en Castel-Gandolfo, en una audiencia privada y en medio de la conversación, habiendo dicho yo que era antiguo alumno del Padre d'Alzon:

- ¡Oh!, me dijo el Papa alzando las manos, ¡d'Alzon!... ¡d'Alzon!... ¿cómo está? ¿Siempre de pie en la brecha?

El Padre Ventura me escribía: "Tienes cerca de ti al guía seguro y lúcido para dirigirte en los asuntos importantes de que me has hablado. Ponte en manos del Padre d'Alzon y no temas caminar bajo su dirección; no darás nunca un mal paso con él, lo sabes bien, y desde hace mucho...".

El abate Combalot, en su estilo original y a su manera desenvuelta: "Cierra los ojos, mete las manos en los bolsillos, adelanta el pie izquierdo y déjate empujar por el Padre d'Alzon. ¡Animo!, que no te dejará en el lodazal; por lo demás, si caes en él por tu culpa, te sacaré pronto, te lo garantizo, es uno de los más hábiles pescadores de hombres que conozco...".

En 1891, en el cementerio de San Baudile, en Nimes, andaba yo buscando la tumba del Padre d'Alzon, cuando una buena señora me la indicó diciendo:

- No necesita usted rezar por él..., encomiéndese a él, porque es un santo. Me obtiene cuanto deseo.

Un viejo portero del obispado de Nimes, antiguo gendarme:

- ¡Ah, el Padre d'Alzon!... cuando pasa me cuadro para saludarlo, como hacía antaño con mi coronel... Veo siempre sobre sus hombros las charreteras de hojas de espinacas...¿Usted no se las ve? ¡Yo sí!

Al sacristán de la sacristía de la catedral de Nimes se le oyó decir a su subalterno, un domingo por la mañana:

- Hoy canta la misa el Padre d'Alzon, mira a ver si las velas están bien derechas, el mantel del altar limpio y sobre todo ni rastros de cera en la alfombra, porque sus pies los encuentran siempre, no falla; de lo contrario, corre a esconderte antes del final de la misa y que el Padre d'Alzon no te encuentre.

El señor Prophète, dentista de la Asunción:

- Acabo de extraer una muela al Padre d'Alzon. La operación era una de las más dolorosas, y se lo advertí antes de comenzar.

- No tenga miedo, querido amigo, me dijo, tengo un ungüento que transforma el sufrimiento en alegría.

- ¿Qué ungüento?

- ¡Oh! ese crucifijo que está clavado ahí en la pared ante mis ojos... ¡Vamos! ¡Adelante!

A un joven desolado por las tentaciones:

- Tienes que distraerte; practica un poco de música.

- Yo no soy músico.

- ¡Oh! eso no importa; hay un instrumento pequeñito pero lleno de armonía, aunque los sonidos son un tanto monocordes; pero aunque no encanta al cuerpo arrebató al espíritu.

- ¿?!

- Se llama *pentacordio*, en términos menos científicos, disciplina. Te daré algunas lecciones iniciales, luego continúas solo; no tiene ni sostenidos ni bemoles; las pausas son facultativas y dependen de la inspiración del momento.

Monseñor Patherson, obispo titular de Emmaús:

- ¡Hombre distinguido el Padre d'Alzon! Sus conocimientos eran vastos; su espíritu planeaba sobre el mundo entero. Me quedé asombrado oyéndole hablar de nuestra Inglaterra como un observador que la hubiera habitado durante largos años. Parecía como si hubiera penetrado en todas las clases de la sociedad inglesa, desde la aristocracia hasta las filas más humildes del pueblo; cosa muy rara en un extranjero y poco común entre mis compatriotas. Y sin embargo, nunca estuvo en Inglaterra, pero había aprovechado bien sus amistades con algunos ingleses, en París y sobre todo en Roma. Leía constantemente las publicaciones de nuestros hombres más notables en todos los géneros serios.

El obispo hablaba también con admiración del abate de Cabrières, auténtico discípulo, decía, del Padre d'Alzon. Estos elogios, dirigidos a mi Padre y a mi viejo amigo, me llegaban al corazón: eran néctar perfumado.

Primera piedra de la capilla

La antigua capilla del colegio de la Asunción estaba situada a la derecha, entrando en el patio grande, al lado del estudio del Padre d'Alzon. La entrada principal daba al principio a la calle de Serbia, cuya puerta, ahora tapiada y que ostenta una cruz, todavía existe.

El único altar se encontraba, pues, del lado de la "Taberna del Prado de los Clérigos", frente a la puerta de entrada. La sacristía sólo era el rincón bajo la escalera entre la capilla y la sala de biblioteca de los profesores, hoy sala de periódicos.

El abate Surel era el capellán.

Allí se celebró un funeral por el Papa Gregorio XVI. El señor Cusse había fabricado una tiara de papel blanco, con coronas y banderolas doradas. La bolita que servía de pie a la cruz, era sencillamente una patata forrada de papel dorado. No habían encontrado nada mejor. Sólo tres conocíamos el secreto; hoy se divulga probablemente por primera vez.

También en esta capilla es donde estuvo el cadáver del abate Fournéry, encargado de la vigilancia de la primera sección. Murió fulminado por un aneurisma. Es el primer fallecido del colegio y el primer enterrado en el panteón que contiene, junto con muchos otros, los ataúdes del señor Germer-Durand y del Padre Galabert, tras haber guardado durante varios años los restos venerados del Padre d'Alzon.

Más tarde la capilla sufrió una transformación. El altar fue trasladado al otro extremo, contra la antigua puerta tapiada. El Padre d'Alzon cedió la mitad de su estudio, de la que salió una pequeña sacristía.

Los primeros retiros, los del abate Gabriel, que luego fue párroco de Saint-Merry, en París, del Padre Corail y del Padre Milenta, fueron predicados en esta capilla. Allá aparecieron, en distintas fechas, el abate Cazalès, Monseñor Miaullaud, arzobispo de Toulouse, Monseñor Croizier, obispo de Rodez, y tantos otros preladados y hombres notables, entre ellos Monseñor Mazenod, obispo de Marsella, fundador de los Oblatos de María y Monseñor Guibert, de Viviers, más tarde arzobispo de París y cardenal.

En 1849, se puso la primera piedra de la capilla actual: era el primer día del mes de María.

Se ha dicho a menudo cómo los alumnos mismos habían cavado los cimientos, tras haber arrancado de raíz los laureles que formaban una valla entre el gimnasio y el patio. La capilla se levanta, en efecto, en el lugar del antiguo patio de los semipensionistas, como la sacristía está sobre el antiguo patio de los externos. En este último patio jugó el Padre Picard al principio de su vida de alumno de la Asunción. Allí tuvo como vigilantes al abate Léon d'Everlange, muerto párroco de Anduze, y al señor Durozoir, muerto sacerdote en Grenoble.

El 1 de mayo de 1849, fiesta de los santos apóstoles Felipe y Santiago, una procesión formada por profesores y alumnos del colegio de la Asunción salió de la antigua capilla. El Padre d'Alzon, revestido de capa, presidía. La primera piedra fue llevada en andas y a hombros de los cuatro alumnos más distinguidos de la sección de los mayores, condecorados con palmas de honor. Eran Anatole de Cabrières, François Picard, Henri Roqueplane y Paul de Pèlerin. Los nombres dicen por sí solos el valor de estos alumnos.

La piedra fue enterrada profundamente, tras haber encerrado en ella una caja de plomo que contenía el protocolo de la ceremonia, redactado por el señor Germer-Durand y firmado por Emmanuel-Marie-Joseph-Maurice Daudé d'Alzon, por los profesores y por los alumnos de primera fila por su conducta y su trabajo.

Esta piedra quedó colocada directamente bajo el altar mayor. Más tarde la capilla fue ampliada, el altar echado más atrás y el lugar del altar primitivo transformado en panteón.

Allí reposa el cuerpo del Padre d'Alzon.

Se encuentra, pues, acostado sobre la primera piedra que él mismo colocó. Allí es donde debía estar; porque ¿acaso no es él nuestro Padre, la piedra fundamental de todas esas obras que descansan sobre él y forman, por la gracia de Dios, un edificio tan majestuoso?

He ahí la auténtica cuna de la Congregación de los Agustinos de la Asunción. En esta capilla es donde el Padre tanto rezó y meditó la fundación de su Orden. Aquí es donde fueron pronunciados los primeros votos.

Hacia este santuario se dirigen los pensamientos de los hijos de este sacerdote ilustre y santo.

De estos huesos sagrados que recubre el mármol sale, como antaño de los huesos del profeta Elías, una fuerza sobrenatural que da la vida, inflama el celo, llena el corazón de amor a Dios y a la Iglesia.

Se podrían grabar sobre la lápida que cubre el ataúd aquellas palabras que nuestros Libros Sagrados atribuyen al gran profeta: *In diebus suis non pertimuit principem, et potentia nemo vicit illum. Nec superavit illum verbum aliquod,*

et mortuum prophetavit corpus eius (En sus días no temió a príncipe alguno y no pudo dominarle nadie. Nada era imposible para él, y hasta después de la muerte profetizó su cuerpo) (Eclesiástico 48, 12-13).

NOTA

Cierro aquí mi cofre, o para hablar sin metáforas, el cuaderno de mis notas, pues me doy cuenta de que lo que falta llenaría varios números de *Souvenirs*. Lo volveré a abrir más tarde para seguir sacando de él y acabar de publicarlo todo, a puñados o a trozos. Hago bosquejos, mejor o peor, pero nunca cuadros terminados.

Con esta *Anécdota* termino la segunda serie. La primera comprendía sesenta; la proporción queda a salvo, ya que las *Anécdotas* de la segunda serie han exigido mayor desarrollo. La tercera serie seguirá cualquier día, pero tampoco agotará lo que falta por escribir.

H.-D. G.